COLECCIÓN UNIVERSAL

N.os 76 y 77

L. STERNE

Viaje sentimental



Precio, 0,60 ptas.

MADRID-BARCELONA
MCMXIX

COLECCION UNIVERSAL

L. Sterne

VIAJE SENTIMENTAL POR FRANCIA E ITALIA

MCMXIX

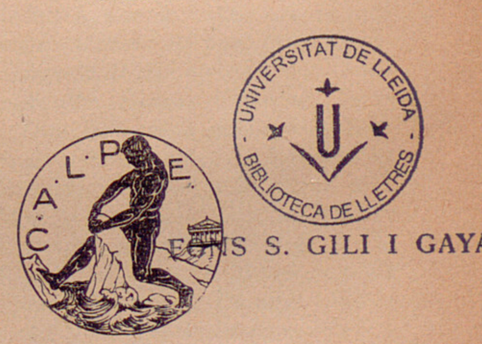
Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

L. STERNE

Viaje sentimental por Francia e Italia

NOVELA



MADRID-BARCELONA
MCMXIX

«Tipográfica Renovación» (C. A.), Larra, 8.—MADRID

Laurence Sterne (1713-1768) nació en Clonmel, Sur de Irlanda. Era hijo de un oficial, y había en su familia personas clericales. Destinado a la carrera eclesiástica, comenzó a estudiar en Cambridge. En 1738 fué nombrado vicario de Sutton, y, poco después, prebendado de York, donde había sido arzobispo su bisabuelo. En 1741 se casó con Elisa Lumley, con quien no supo mantener relaciones cordiales; poco antes de su muerte, vivía separado de ella. En su hija, Lidia (más tarde Mme. Medalle), parece haber concentrado todos sus afectos domésticos. Se pasó la vida enamorado. En la historia de sus amores, más o menos sentimentales, Mr. Draper ocupa un lugar preferente. En 1760 comenzó a publicar el Tristam Shandy, *su obra fundamental* (1), *cuya publicación continuó hasta su muerte. El mismo año, lord Falcoubridge lo hizo cura de Coxwold. En 1762, su salud, siempre delicada, le obligó a viajar por Francia e Italia, y así vivió, con un corto intervalo de reposo, hasta 1766. De aquí salió el* Viaje sentimental *(1768). Murió en marzo de este mismo año. Había vivido siempre con cierta volubilidad graciosa de pájaro. El mismo explica su*

---

(1) Escribió, además de esta obra y la que aquí se publica, sermones, cartas, una *Novela política* (opúsculo satírico en defensa del Deán de York), un *Fragmento a la manera de Rabelais* y unas *Memorias sobre la vida y familia del difunto y Rdo. P. Mr. Laurence Sterne,* para su hija.

historia como una serie de casualidades. La trayectoria de su vida está llena de saltos, idas y venidas imprevistas, como la línea de su pensamiento sinuoso, libérrimo y lleno de sorpresas.

Lleno de sorpresas. Un día quiso publicar sus sermones; pero ¿qué hace? Ponerlos bajo el nombre de Yorick, el bufón del Hamlet. *Otro día escribe novelas, pero novelas que apenas lo parecen: verdaderos ensayos abiertos sobre la vida, tramados con un tenue hilo de narración; monólogos donde los recuerdos reales ocupan muchas veces el lugar de los sucesos imaginados. Donde la prosa inglesa adquiere las agilidades del verso. Donde la risa está siempre a punto de estallar y de pronto se resuelve en lágrimas.*

De 1760 a 1780, la novela inglesa tiende a dar mayor importancia al sentimiento, a la individualidad de los caracteres, sin retroceder ante los rasgos contradictorios de que está tejida el alma humana. Tres corrientes principales se notan en la novela de la época: primero, las obras de "sentimiento y reflexión": Sterne a la cabeza (recuérdese, como nota atenuada, a Fanny Burney); segundo, novelitas de la vida doméstica, herederos de Richardson, y tercero, los románticos prerrománticos, las novelas de asunto medioeval, de terror y misterio, a la manera de Clara Reeve y Harace Walpole; obras importantes, sobre todo, como anuncios de un género que más tarde alcanzaría su apogeo (Walter Scott).

Sterne aborda la novela con un ánimo franca-

mente revolucionario y romántico. Crea la novela-ensayo. Y sin establecer una fórmula precisa, de hecho inventa, en el Tristam Shandy, un modo de novelar que hace ya presentir el Oliver Tivist, el Wilhelm Meister, Los miserables. Además, bajo un tenue velo, aborda, antes que Rousseau, el género de las confesiones. El mismo es el Yorick de sus libros. Bajo el nombre de Elisa, disimula las alusiones a Mr. Draper. Eugenio, el amigo del alma, es su compañero Hall-Stevenson, a quien conoció en los estudios de Cambridge. Su "Smelfurgus" es Smollett, el escritor. Sus escenas son autobiográficas, son apuntes sobre sucesos propios, trazados con gusto elegante de miniaturista. Está lleno de recuerdos de Swift, de Fielding, de Burton, de Cervantes, de Rabelais, de Montaigne. Y escribe en una prosa nueva, que parece plegarse a las vibraciones instantáneas de su temperamento nervioso. Se adivina en Sterne el romanticismo; lo caprichoso, lo voluble, entran con él en la literatura de aquel siglo, algo ceremonioso y monótono.

No era fácil imitarle. Admirarle, sí, para el público y para los espíritus superiores, no para el vulgo literario y sofisticado. Voltaire lo comparaba unas veces a Rembrandt, otras a Calot, otras a esos sátiros de la antigüedad que encierran esencias preciosas. Goethe lo recordaba con agrado en sus conversaciones. Diderot se inspiraba en él para su Jacques le Fataliste. El viajero sentimental, produjo en Francia una larga descen-

dencia, que llega a Xavier de Maistre y a Charles Nodier.

El lector del Viaje sentimental *advierte, a las pocas líneas, que Sterne es más humorista que sentimental, o que es sentimental más bien en aquel sentido de la palabra que implica la no sujeción a doctrinas, la lealtad al impulso. Y el impulso, el resorte fundamental de Sterne, es la necesidad—la necesidad nerviosa, sedienta—de causar sorpresas, de abrir a la meditación ventanas imprevistas.*

Está Sterne muy cerca de nosotros por su visión inmediata de las cosas. No escribe tratados sobre Francia, sino que cuenta, como Azorín *en su* París bombardeado, *sus diminutas experiencias de cada día. Hoy todos somos muy inclinados a escribir viajes sentimentales, y difícilmente concebimos la energía revolucionaria o la virginidad mental que hacía falta para crear el género.*

Edmund Gosse ha llamado a Sterne—no sin cariño—"idealista de mala fe". Tiene Sterne algo de mirlo burlón, algo de ruiseñor melancólico. Y también, como el ave extraña de Juan Pablo, se complace, a veces, en contemplar el mundo al revés.

ALFONSO REYES.

VIAJE SENTIMENTAL POR FRANCIA E ITALIA

—Eso se arregla mucho mejor en Francia—dije yo.

—¿De modo que usted ha estado en Francia?—preguntó mi hombre, volviéndose rápidamente, con una cortés expresión de triunfo.

"Cosa extraña—dije entre mí—que una simple navegación de veintiuna millas—pues no hay una sola más de Dover a Calais—pueda dar a un hombre estos derechos."

Me decido a verlo por mí mismo, y, cortando aquí la disputa, me voy a casa, preparo media docena de camisas y unos pantalones de seda negra ("porque la casaca que llevo puede pasar", me digo examinando las mangas), y tomo un asiento en el paradero de Dover. Llego. El paquebote salía al día siguiente, a las nueve de la mañana; y a las tres me encontraba yo sentado ante un *fricassé* de pollo, tan seguro de estar en Francia que, si aquella noche me hubiera muerto de una indigestión, el mundo entero no hubiera sido capaz de suspender los efectos de los *Droits d'au-*

baine (1), y mis camisas, mis pantalones de seda negra, mi maleta y lo demás habrían ido a dar a manos del rey de Francia. Y aun ese retratito que llevo desde hace tanto tiempo y que tantas veces te he jurado, Elisa, que ha de ir conmigo hasta el sepulcro, me lo hubieran arrancado del cuello. No es muy generoso que digamos esto de apropiarse los despojos del incauto extranjero, a quien vuestros súbditos han inducido a pisar vuestras playas. ¡Oh, Sire, por los cielos! Eso no está bien. Y mucho me apena tener que alegar razones ante el monarca de un pueblo tan civilizado y cortés y tan renombrado por sus sentimientos y su finura.

Pero he aquí que apenas he puesto la planta en vuestros dominios.

CALAIS

Cuando hube acabado de comer y beber a la salud del rey de Francia, para convencerme de que no le guardaba el menor rencor, y de que, muy por el contrario, lo honraba mucho por la afabilidad de su trato, me levanté, sintiéndome una pulgada más alto por este esfuerzo de adaptación.

—No—me dije—, no; la raza de los Borbones no es una raza cruel; podrán, como todo el mundo,

(1) Todos los objetos de los extranjeros que mueren en Francia (con excepción de los de los suizos y escoceses) son asidos por el Estado en virtud de esta ley, aun cuando estuviere presente algún heredero. Los provechos una vez arrendados, no hay rectificación posible.—N. del A.

equivocarse; pero tienen en la sangre el ser dulces.

Y al reconocerlo así, me parecía sentir derramarse por mis mejillas un efluvio más suave, más cálido, más amoroso que el que pudiera producir el Borgoña recién apurado, de al menos dos libras la botella.

—¡Santo Dios!—exclamé, dando un puntapié a la maleta—. ¿Qué hay, pues, en los bienes de este mundo que así puede agitar el ánimo, causando tan crueles disensiones como suelen verse entre los hombres, nuestros bondadosos hermanos?

Cuando el hombre está en paz con el hombre, ¡cuánto más ligero que la pluma es en sus manos aun el más pesado de los metales! Abre confiadamente su bolsa y mira en derredor, como buscando con quién compartirla. Y yo, a todo esto, sentía que se me dilataban las sienes, las arterias latían con un alegre concierto, y todas las potencias de la vida funcionaban dentro de mí con tan poca fricción, que aun la más física de las *precieuses* de Francia se habría quedado confusa y, a pesar de todo su materialismo, no hubiera osado decir que yo era una máquina.

—Sí—me dije—, estoy seguro de que yo trastornaría su credo.

Y esta idea pareció exaltar mi naturaleza a un grado increíble. Ya desde antes me sentía yo en paz con todo el mundo, y ahora me pareció que acababa de firmar la paz conmigo mismo.

—Si ahora mismo fuera yo el rey de Francia—

exclamé—, ¡vaya una oportunidad para que un huérfano implorara de mí la restitución de la maleta paterna!

EL MONJE

CALAIS

Apenas había formulado estas palabras cuando un pobre monje de la Orden de San Francisco entró en mi cuarto pidiéndome algo para el convento. A nadie le gusta que sus virtudes sean juguete de la casualidad; o dígase que un hombre puede ser generoso en la medida en que otro es potente, *sed non quo ad hanc*, o como fuere. Porque no se puede razonar regularmente sobre el flujo y reflujo de nuestros humores: tal vez, a lo que alcanzo, dependen de las mismas influencias que las mareas, y el admitirlo así no resultaría en descrédito nuestro. De mí al menos sé decir que, en más de una ocasión, preferiría que la gente dijera: "He tenido una dificultad con la luna, donde no cabe imputar vergüenza ni pecado", que el oír que se me achacaran directamente el acto o el hecho en cuestión.

Sea como fuere, desde el instante en que vi al monje me hice el propósito de no darle ni un miserable *sou*. Y, en efecto, me guardé la bolsa, me abroché, rectifiqué un poco la postura del cuerpo y me adelanté con gravedad: he de haber tenido un aire muy importante. En este momento me parece ver la cara del pobre monje, y realmente creo que era digno de mejor acogida.

El monje, a juzgar por la calvicie que invadía la tonsura, y los escasos cabellos blancos de las sienes, que era todo lo que le quedaba, podría tener hasta setenta años. Pero, a juzgar por los ojos y el fuego de la mirada, que parecía más templado por la urbanidad que por la vejez, no tendría más de sesenta. Acaso la verdad estaba en el medio: sí, seguramente tenía unos sesenta y cinco. Y su aspecto general, a pesar de ciertas arrugas prematuras, así parecía confirmarlo.

Era una de esas caras que Guido gustaba de pintar: suave, pálida, penetrante, ajena a las vulgaridades de la gorda y presuntuosa ignorancia que deja caer sus miradas sobre el mundo pesadamente, antes parecía volar más allá y buscar algo fuera del mundo. Cómo semejante cabeza vino a parar sobre los hombros de un monje de esta Orden, sólo Dios, que la plantó allí, puede saberlo: mejor le acomodaría a un brahamán, y yo, encontrándola en las indostánicas llanuras, la hubiera reverenciado.

El resto de aquella silueta queda descrito en dos o tres toques, y cualquiera la podría dibujar: de por sí, ni era elegante ni dejaba de serlo, salvo el matiz que le comunicaban la expresión y el carácter. Era una figura frágil, escasa, algo menor que la ordinaria, y no sé si le quitaba elegancia cierta inclinación hacia adelante—actitud propia del que implora—. Tal como ahora me la represento, creo que con esa actitud más bien ganaba.

Dió unos tres pasos, se detuvo, y, llevando la mano izquierda al pecho, mientras con la otra empuñaba un ligero bordoncito blanco, empezó—al ver que me le acercaba—la eterna historia de las necesidades de su convento y la pobreza de su Orden. Todo esto con una sencillez tan agradable y con tal aire de conjuro en la cara y en la persona que, ni embrujado, hubiera podido yo resistirlo.

Pero yo tenía mejores razones: el propósito de no dar ni un miserable *sou.*

EL MONJE

CALAIS

—Es muy cierto—dije para responder a una mirada beatífica con que terminó su discurso—. Es muy cierto, y plegue al cielo ser el amparo de los que sólo cuentan con la caridad pública, cuyos almacenes temo yo que no sean bastantes para las *muchas y continuas demandas* que se le presentan.

Al oír esto de las *muchas demandas,* echó una mirada de soslayo a las mangas de su túnica, y yo comprendí toda la elocuencia de este lenguaje.

—Confieso—dije—que un grosero hábito, y esto para cada tres años, y con una dieta rigurosa, no es mucho pedir; y lo que precisamente da compasión es que, costando todo eso tan poco, vuestra Orden tenga que procurárselo acudiendo a un

fondo que, en rigor, pertenece a los lisiados, a los ciegos, los ancianos, los enfermos... También el cautivo, que languidece contando una y otra vez las horas de su aflicción, reclama su parte de ese fondo. Y si usted fuera de la Orden de la Merced, como lo es de la de San Francisco, yo, aunque pobre—y señalé mi maleta—, la franquearía con todo gusto para contribuir al rescate de los desdichados...

El monje hizo una reverencia.

—... Pero—continué yo—entre todos los desdichados, el primer lugar corresponde, sin duda, a los de nuestro propio país; y ahora he dejado yo en nuestras playas millares de ellos...

El monje movió afablemente la cabeza, como para decir: "No cabe duda; hasta en el último rincón del mundo hay miseria, lo mismo que en nuestro convento."

—Pero nosotros sabemos distinguir—le dije, tocándole la manga del hábito, como para responder a su insinuación—; sabemos distinguir, padre mío, entre los que sólo pretenden comer el pan de su trabajo, y los que comen el del trabajo ajeno, y no tienen en la vida más ideal que el pasársela entregados al ocio y a la ignorancia "por amor de Dios".

El pobre franciscano no respondió una palabra. Por sus mejillas pasó un ligero sonrojo; pero no tardó en disiparse: parecía que la naturaleza hubiera agotado en él los fondos del resentimiento. Al menos, no demostró ninguno. Y, dejando

caer el bastón entre sus brazos, juntó con resignación las manos sobre el pecho, y se marchó.

EL MONJE

CALAIS

Apenas había cerrado la puerta, el corazón me dió un vuelco.

—¡Bah!—exclamé tres veces, afectando un aire indiferente—. Pero fué inútil: todas y cada una de las sílabas desagradables que acababa yo de pronunciar reaparecieron, agolpándose en mi imaginación. Después de todo, reflexioné; yo no tenía más derecho sobre aquel pobre franciscano que el de la negativa, y sólo eso ya era bastante pena, sin la añadidura de unas palabras ásperas.

Consideraba yo sus cabellos grises, y me parecía verlo otra vez, y oír que me preguntaba, con aquella su fisonomía tan cortés, qué mal me había hecho, y por qué lo maltrataba yo así. Hubiera yo dado entonces veinte libras por tener a mano un intercesor.

—¡Qué mal, qué mal me he portado!—me decía yo—. Pero, en fin, apenas he empezado mis viajes, y ya aprenderé más allá a tener mejores modos.

LA "DESOBLIGEANTE"

CALAIS

Cuando un hombre está disgustado de sí mismo, tiene, por lo menos, una ventaja, y es el encon-

trarse en excelente disposición para hacer una buena compra. Ahora bien; como no es posible viajar por Francia e Italia sin un coche, y la naturaleza nos acerca generalmente a lo que nos conviene, salí al patio para comprar o arrendar alguno de los que por allí había. Al primer vistazo, me llamó la atención una vieja *Désobligeante* (1), que estaba arrinconada en el patio. Instaléme en ella, y, encontrándola en una tolerable armonía con mi estado de ánimo, dije al criado que llamara a monsieur Dessein, el hostelero. Pero monsieur Dessein se había ido a las vísperas, y yo, por evitar la mirada del franciscano que estaba al otro lado del patio en conferencia con una dama recién llegada, bajé la cortinilla de tafetán y, dispuesto a redactar mi diario de viaje, saqué pluma y tinta, y escribí dentro de la *Désobligeante* este prefacio.

PREFACIO

EN LA "DESOBLIGEANTE"

Más de un filósofo peripatético podrá haber advertido que la naturaleza establece, de su propia e indiscutible autoridad, ciertos límites y vallados para circunscribir el disgusto humano, y ha ejecutado su plan de la manera más sencilla, imponiendo al hombre la obligación, casi insuperable, de procurarse el sustento y de aguantar los reve-

(1) Coche así llamado en Francia porque sólo tiene asiento para una persona.—N. del A.

ses de la fortuna dentro de su patria. Sólo allí proporciona la naturaleza al hombre aquellos objetos acomodados a compartir su felicidad o a ayudarle con el peso de esa desgracia que, en todos los tiempos y lugares, ha parecido excesiva para un par de brazos. Verdad es que también estamos dotados de cierta facultad restringida que nos permite expandir nuestra felicidad más allá de sus límites. Pero el desconocimiento de las lenguas, la falta de relaciones y dependencias, la diversidad de la educación, hábitos y costumbres, a tal punto nos impiden comunicar nuestras sensaciones fuera de nuestro mundo habitual, que a veces aquel don queda reducido a la más completa impotencia.

De aquí que, invariablemente, la balanza del comercio sentimental sea contraria al aventurero expatriado: tiene éste que comprar lo que no le hace mucha falta al precio que le imponen; pocas veces se aceptará su conversación a cambio de la de los demás, sin un descuento considerable; lo cual, obligándole a buscar siempre corredores más equitativos para la pobre conversación de que dispone—ya se comprenderá, sin ser adivino, las molestias que le procura.

Esto me lleva a mi asunto principal, y me invita naturalmente a escribir (si es que el balanceo de la *Désobligeante* me lo permite) sobre las causas eficientes y las causas finales del viajar.

Toda esa gente ociosa que abandona su país natal por el extranjero, tiene su razón o razones,

las cuales derivan de una de estas causas generales:

Enfermedad del cuerpo,
Imbecilidad de la mente, o
Necesidad inevitable.

Las dos primeras clases comprenden a todos los que viajan por mar y tierra, sea por orgullo, curiosidad, vanidad o melancolía, subdivididos y combinados *in infinitum.*

La tercera clase comprende al numeroso ejército de los mártires peregrinos, y más especialmente a los que viajan prevalidos de su condición clerical; a los delincuentes, que viajan bajo la dirección de las autoridades, por exhorto del magistrado, y a los jóvenes trasladados por la crueldad de sus padres o tutores, que viajan bajo la dirección de algún ayo recomendado por las Universidades de Oxford, Aberdeen o Glasgow.

Todavía hay una cuarta clase, pero es tan corta que apenas merecería mención aparte, si la naturaleza de esta obra no exigiera la mayor exactitud y la mayor claridad para evitar toda confusión entre los diversos caracteres. Me refiero a los que cruzan el mar y se establecen en tierra extraña, con el fin de ahorrar dinero, por varias razones y bajo pretextos cualesquiera. Pero como podrían ahorrarse y ahorrar a los demás muchas molestias inútiles ahorrando su dinero sin salir de casa, y como sus razones para viajar son menos complejas que las de las otras es-

pecies de emigrantes, a éstos les designaré con este nombre:

Simples viajeros.

De modo que el ciclo completo queda reducido a estas secciones:

Viajeros ociosos,
Viajeros curiosos,
Viajeros embusteros,
Viajeros vanidosos,
Viajeros melancólicos.

A continuación vienen los viajeros de necesidad:

Viajeros felones y delincuentes,
Viajeros inocentes e infortunados,
Simples viajeros.

Y, finalmente, con vuestro permiso:

El viajero sentimental,

(o sea yo), de quien ahora voy a daros cuenta y razón, y que ha viajado por imperio de la necesidad y por el *besoin de voyager* en igual grado que cualquiera de los incluídos en esta categoría.

Comprendo muy bien, por otra parte—puesto que tanto mis viajes como mis observaciones serán completamente distintos de los de mis predecesores—, que bien pude haber exigido una categoría para mí sólo. Pero empeñarme en llamar la atención sobre mi interesante persona, no teniendo para ello mayores títulos que la novedad de mi vehículo, sería incurrir en la categoría de los viajeros vanidosos. Al lector le bastará—si, como supongo, también ha sido viajero—el poder, mediante un poco de estudio y reflexión, determinar

el lugar que le conviene en el anterior catálogo: lo cual, en todo caso, será un grado más en el camino del propio conocimiento, si es que todavía conserva, a estas horas, algún tinte o semejanza de lo que durante sus viajes adquiriera o manifestara.

El hombre que trasplantó la primera cepa de Borgoña al Cabo de Buena Esperanza (y nótese que era holandés), nunca pensó en beber en el Cabo el mismo vino que la misma cepa produjera en las colinas de Francia: ¡oh!, era demasiado flemático para eso. Pero no cabe la menor duda que esperaba poder paladear algún licor vinoso; si malo o bueno, si indiferente, él conocía ya el mundo lo bastante para comprender que eso no dependía de su voluntad, y que sólo lo que llamamos el azar decidiría del resultado. En todo caso, esperaba lo mejor; y, animado de esta esperanza y de una presuntuosa confianza en la solidez de su cabeza y en la infabilidad de su prudencia, Mynheer pudo haber ahogado ambas cosas en los deleites de su flamante viñedo y, descubriendo sus desnudeces, convertirse en risa del pueblo.

Otro tanto puede acontecer al pobre viajero que navega o corre las postas a través de los reinos más civilizados del mundo, en busca de conocimientos y provechos.

Claro está que una y otra cosa pueden adquirirse navegando o corriendo tierras; pero que los conocimientos resulten útiles y reales los provechos es ya una suerte de lotería. Y aun cuando

nuestro aventurero tenga éxito, hará bien en usar de sus ganancias con toda sobriedad y cautela para sacar verdadero partido. Pero como abundan las probabilidades contrarias, tanto en punto a la adquisición como en cuanto a la aplicación, yo opino que obrará muy sabiamente el que pueda dispensarse de conocimientos extranjeros y extranjeros provechos; y más si vive en un país donde ni una ni otra cosa faltan en absoluto. Que en verdad me causa mucha pena y mucho tiempo me cuesta el considerar todos los pasos inútiles que da el viajero curioso para adquirir puntos de vista y hacer descubrimiento que, como Sancho Panza le decía muy bien a Don Quijote, lo mismo pudiera haber logrado con estarse quieto en su casa.

Vivimos en siglo de tantas luces, que apenas habrá rincón de Europa cuyos rayos no se entrecrucen o cambien con los demás. El saber, en casi todos sus ramos, y en muchos negocios, viene a ser como la música en las calles de Italia, que aun los que no pagan pueden disfrutarla. Pero no hay nación bajo el cielo—y Dios me es testigo, ante cuyo tribunal habré de comparecer un día para dar cuenta de esta obra, y lo digo sin ostentación—; pero no hay nación bajo el cielo donde más abunden las erudiciones variadas; donde con más aptitud se siga la carrera de las ciencias o se conquisten más seguramente sus frutos, que aquí; donde las artes son más protegidas y ofrecen mejor porvenir; donde la naturaleza, en

conjunto, deja tan poco que desear; y, en suma, donde hay mayor ingenio y variedad de caracteres con que apacentar el espíritu... ¿Adónde vais, pues, amados compatriotas?

—Nada más estábamos viendo el coche—me contestaron.

—Servidor de ustedes—les dije, saltando fuera y descubriéndome.

—Nos preguntábamos—dijo uno de ellos, que era, sin duda, un tipo de viajero curioso—a qué obedecería el movimiento del coche.

—Era—contesté yo con mucha flema—la agitación del hombre que escribe un prefacio.

—En mi vida había oído decir—observó entonces otro, que era un simple viajero—que se escribieran prefacios en una *Désobligeante*.

—Sí; habría resultado mejor en un *vis a vis*—dije yo.

Y como un inglés no viaja para ver ingleses, me retiré a mi aposento.

CALAIS

Parecióme, al subir a mi cuarto, que la sombra de algún cuerpo más espeso que el mío oscurecía el corredor. En efecto; era M. Dessein, el hostelero, que acababa de volver de las vísperas y, con el sombrero bajo el brazo, me seguía complacientemente para recordarme que lo había yo llamado. Al escribir en la *Désobligeante*, me había sentido muy incómodo; además, M. Dessein, al hablar de ella, se encogió de hombros, como dando a enten-

der que no era cosa adecuada para mí; y ante esto, se me ocurrió que quizá aquel coche perteneciera antes a cualquiera viajero inocente, el cual, de vuelta a su tierra, habría encargado a M. Dessein que lo vendiera en cualquier cosa. Haría unos cuatro meses que, acabadas sus correrías por Europa, yacía la *Désobligeante* arrumbada en el patio de M. Dessein. Ya cuando la sacaron de allí habían tenido que hacerle algunas reparaciones, y aunque se hizo pedazos dos veces en el Mont-Cenis, no le habían aprovechado gran cosa sus aventuras; pero ninguna menos que aquel desamparo de tantos meses en el rincón del patio de M. Dessein. No podía alegarse mucho en su abono, pero algo se podía alegar, y cuando unas cuantas palabras pueden aliviar la desgracia, ser tacaño de palabras me parece odioso.

—Oígame usted: si yo fuera el amo de este hotel—dije, apoyando el índice sobre el pecho de M. Dessein—, yo consideraría como punto de honor el deshacerme de esta desdichada *Désobligeante*, que está allí como lanzando reproches a todo el que pasa.

—*Mon Dieu!*—dijo M. Dessein—. Yo no tengo el menor interés en ello.

—Salvo el interés—le dije yo—que los hombres de cierta sensibilidad conceden, M. Dessein, a sus propias impresiones. Estoy seguro de que para un hombre que se preocupa de los demás tanto como de sí mismo, cada noche de lluvia, por ejemplo—por mucho que usted lo disimule—, debe de ser

una inmensa pesadumbre. Usted, M. Dessein, sufre entonces tanto como el coche.

Siempre me ha parecido que, ante un cumplimiento que implica a la vez un favor y un disfavor, los ingleses se quedan desconcertados, no sabiendo si deberán tomarlo o dejarlo. Pero los franceses no se cortan jamás. Monsieur Dessein se inclinó cortésmente.

—*C'est bien vrai*—me dijo—. Pero, en este caso, no haría yo más que cambiar una inquietud por otra, y todavía con desventaja: figúrese usted, señor mío, que le dejo a usted llevarse un coche que se le va a caer en pedazos antes de haber hecho medio camino de aquí a París; figúrese usted lo que me amargaría la sola idea de que un hombre de honor se formara un mal concepto de mí, o el quedar expuesto al castigo—como sería lo justo—de un *homme d'esprit*.

La dosis correspondía exactamente a mis prescripciones, de suerte que no pude menos de aceptarla: devolví, pues, a M. Dessein su reverencia, y, dejándonos de casuísticas pullas, nos dirigimos hacia su cochera para ver los coches que tenía disponibles.

EN LA CALLE

CALAIS

Tremenda cosa debe de ser este mundo, cuando es imposible que el comprador y el vendedor salgan a la calle para arreglar juntos su negocio—

aun cuando sólo sea la compra de una triste silla de postas—, sin que al instante aquél se sienta en la misma disposición, y considere a éste con los mismos ojos que si se tratara de ir a batirse con él en un rincón del parque de Hyde. Por mi parte, aunque no valgo mucho en el manejo de la espada, y en manera alguna podía yo ser un contrincante digno de M. Dessein, sentí dentro de mí toda esa rotación de movimientos propia del caso: miré de arriba abajo a M. Dessein, lo contemplé de perfil, después de frente; primero me pareció un judío, después un turco, abominé de su peluca, lo maldije en nombre de mis dioses y, finalmente, lo mandé al diablo.

—¿Y puede desatarse toda esta furia en el corazón de un hombre por una miserable cuestión de tres o cuatro luises de oro, que será lo más que pierda en el trato? ¡Oh, baja pasión!—dije para mí, volviéndome súbitamente a otra parte, como naturalmente lo hace el que experimenta una súbita reversión de sus sentimientos—. ¡Oh, baja y miserable pasión! Tu mano se alarga contra todos los hombres, y las manos de todos los hombres se alargan contra ti...

—¡Dios me libre!—dijo ella, llevándose la mano a la cabeza.

Porque al volverme, casi había yo chocado contra la señora que poco antes había estado hablando con el monje, y que venía siguiéndonos sin que nos hubiéramos percatado.

—¡Dios le libre a usted, en efecto!—le dije, ofre-

ciéndole la mano. Llevaba unos guantes de seda negra, abiertos sólo en el pulgar y en el índice. Aceptó mi mano sin reservas, y la conduje hasta la puerta cochera.

Monsieur Dessein le dió a la llave unas cincuenta endiabladas vueltas, y al fin cayó en que se había equivocado. Ambos estábamos tan impacientes como él por ver aquella puerta abierta, y tan absortos ante el obstáculo, que conservé su mano en mi mano sin darme cuenta. De modo que monsieur Dessein, anunciando que no tardaría cinco minutos, nos dejó juntos, cogidos de la mano, frente a la puerta cochera.

Ahora bien: un coloquio de cinco minutos en tal situación equivale a uno de varios siglos con la cara vuelta hacia la calle, porque en este caso se habla de los objetos y cosas que están pasando; pero cuando tenéis la mirada fija en un punto neutro, hay que sacar la conversación de vosotros mismos. Y además, un solo segundo de silencio, desde el momento en que M. Dessein nos dejó solos, hubiera sido fatal; la dama se hubiera vuelto inmediatamente hacia la calle. Así, rompí a hablar al instante.

Pero cuántas y cuáles fueron las tentaciones que entonces experimenté—puesto que no escribo en disculpa de las flaquezas de mi corazón, sino para dar cuenta de ellas—; ahora os lo voy a decir, con la misma sencillez con que las sentí.

LA PUERTA COCHERA

CALAIS

Cuando he dicho al lector que no quise salir de la *Désobligeante*, porque vi al monje enfrascado en animada conversación con una señora que acababa de llegar a la posada, he dicho la verdad. Porque, tanto como el monje, me impresionaba la presencia y buen aire de la dama con quien estaba conversando. Pasó por mí la sospecha de que tal vez le estarían contando lo que acababa de pasarle conmigo; me lo decía una voz interior... Y con todas mis fuerzas desee que el monje estuviera ya metido en su convento.

Cuando el corazón vuela más que el entendimiento, le ahorra al entendimiento muchos trabajos. Desde el primer momento estuve seguro de que aquella mujer pertenecía a una especie superior de criaturas. Con todo, pude olvidarme de ella y ponerme a redactar mi prefacio.

Aquel sentimiento resucitó en mí al encontrármela otra vez en la calle: la franqueza sin descaro con que me cedió la mano me pareció prueba de su buena educación y su buen sentido, y al llevarla de la mano sentí que irradiaba de ella no sé qué suave efluvio que llenaba de paz mi alma.

—¡Santo Dios!—dije para mí—. ¡Qué alegría viajar por el mundo acompañando a una mujer como ésta!

Aún no le había yo visto la cara, lo cual no

importa; pero me dibujé su retrato en un instante, y antes de llegar a la puerta cochera ya la imaginación había completado el trazo de la cabeza, y se complacía en reconocer en ella los rasgos de una diosa, como sacada de las mismas aguas del Tíber. Pero, ¡oh, falaz imaginación, siempre seducida y seductora! Siete veces al día nos engañas con tus fantasmas, y, como lo haces con tal encanto y disfrazas tus monstruos con brillantes vestiduras angélicas, negarse a tus atracciones sería un dolor intolerable.

Cuando llegamos a la puerta cochera, la dama se descubrió la cara y me dejó ver el original; rostro de unos veintiséis años, de un moreno claro, transparente, sin colorete ni polvos y al natural. Su belleza no resistía a la crítica; pero poseía un algo que, en el estado de ánimo en que yo me encontraba, me enamoraba todavía más que la belleza: era interesante. Me imaginé que había en su aspecto cierto aire de viudez; de una viudez que, dominados ya los primeros paroxismos del dolor, ha comenzado a resignarse, humildemente, con su pérdida. Pero las líneas de aquel rostro lo mismo pudieran haberlas modelado mil desgracias de otro orden. Yo hubiera querido conocerlas, y aun estaba dispuesto a preguntarle (a haberlo consentido la conversación de buen tono, como en los días de Esdras): "¿Qué es lo que te aflige y por qué te veo agitada? ¿Por qué se conmueve tu ánimo?" En una palabra, me sentí lleno de benevolencia para con ella, y me decidí a

ofrecerle, a toda costa, mis cortesías, si es que no mis servicios.

Tales mis tentaciones. Y en esta disposición de abandonarme a ellas me dejaron solo con la damita, su mano en mi mano, vueltas las caras hacia la puerta cochera, y mucho más cerca de ésta de lo que hacía falta.

LA PUERTA COCHERA

CALAIS

—He aquí, gentil dama—le dije, levantando un poco su mano—, un raro capricho de la veleidosa Fortuna: el tomar a dos desconocidos por la mano, a dos personas de diferente sexo y acaso procedentes de dos rincones apartados del globo, y en determinado momento reunirlos en una situación tan cordial, como sólo pudiera habérsela procurado la amistad, y eso después de tantearlo durante un mes.

—Y la reflexión que hace usted sobre el caso muestra, monsieur, hasta qué punto le ha embarazado a usted semejante aventura.

Cuando nos encontramos en la situación que deseábamos, nada es más inoportuno que pararse a reflexionar sobre las circunstancias del caso.

—Da usted gracias a la Fortuna—continuó ella—y tiene usted razón. El corazón lo sabía, y eso le bastaba. Pero ¿cómo no había de ser un filósofo inglés el que le enviara la noticia del caso al cerebro, para invertir el proceso?

Y al decir esto retiró la mano con una mirada que me pareció un comentario bastante elocuente al texto anterior.

Sé que voy a darle al lector la más triste idea sobre las flaquezas de mi corazón al confesarle que sufrí entonces una pena digna de mejor causa. La pérdida de su mano me afligió muchísimo. Y el modo con que la retiró ciertamente no fué aceite ni vino balsámico para aliviar mi herida. Nunca he sentido tan profundamente como entonces el dolor de una inferioridad vergonzosa.

Pero un verdadero corazón femenino no se atreve a saborear estas victorias por mucho tiempo. Al cabo de unos segundos, apoyó su mano sobre mi brazo como para continuar su respuesta. Y quién sabe de qué manera volví a mi posición anterior; pero ella no tuvo nada que añadir.

Entonces quise dar otro giro a la conversación, juzgando, tanto por el sesgo como por la moraleja del suceso anterior, que me había yo formado una falsa idea sobre el carácter de la dama. Pero cuando ésta volvió el rostro hacia mí, ya la intención que animara su respuesta se había desvanecido; los nervios se habían aflojado, y otra vez volví a verme ante aquella fisonomía de dolor y de desamparo que poco antes conquistara mi voluntad. ¡Qué pena de ver marcada por el dolor una cara que era toda vida! La compadecí sinceramente, y, aunque pueda parecer ridículo a las almas empedernidas, la habría yo estrechado sobre mi corazón, como para protegerla de sus des-

gracias, sin el menor sonrojo, por más que estábamos en mitad de la calle.

La pulsación de mis venas hasta la punta de mis dedos, que estrechaban los suyos, le dijo, sin duda, lo que me pasaba; bajó los ojos, y hubo un breve silencio.

Temo haber hecho, durante este instante de silencio, algún esfuerzo por oprimir un poco más su mano, porque tuve en la palma no sé qué ligera sensación, no de que ella iba a arrebatarme la mano, sino de que lo estaba pensando. Y la habría perdido por segunda vez sin remedio, si el instinto, más que la razón, no me hubiera hecho acudir al último recurso que queda en estos casos: que fué el aflojar mi mano tanto que podía creerse que estaba a punto de desprenderme. Ella me abandonó entonces la suya confiadamente, hasta que M. Dessein no volvió con la llave. Yo, entretanto, me puse a meditar cómo corregir la mala impresión que le causara lo que el pobre monje le había contado de mí, si es que efectivamente le había contado algo.

LA TABAQUERA

CALAIS

A esto, el buen monje venía a unos seis pasos de nosotros, y avanzaba algo desviado, como dudando si debería o no abordarnos. Al fin se detuvo con aire decidido, y me presentó, abierta, una tabaquera de cuerno.

—No—le dije—; pruebe usted el mío.

Y saqué a mi vez mi tabaquera—una cajita de carey—y la puse en sus manos.

—Es excelente—dijo el monje.

—Pues bien—le contesté—; hágame el favor de aceptar el tabaco y la tabaquera, y cuando lo tome usted acuérdese que ha sido la ofrenda de paz de un hombre que fué algo brusco para con usted, pero sin malas intenciones.

El pobre monje se puso encendido como la grana.

—*Mon Dieu!*—exclamó juntando las manos—. Usted nunca ha sido brusco conmigo.

—Lo creo—dijo la dama—; me parece incapaz de serlo.

Me sonrojé a mi vez; pero con qué sonrojo, adivínelo el que tenga un alma sensible.

—Dispénseme usted, señora; yo me he portado muy mal con él, y sin la menor provocación.

—¡Imposible!—exclamó ella.

—Pero, por Dios—dijo el monje con una vivacidad que no parecía caber en él—, la culpa fué mía y de la indiscreción de mi celo.

La dama se opuso, y yo me unía a ella para mantener que eso no era posible, y que un hombre tan equilibrado como él no podía ofender a nadie.

Ignoraba yo hasta este instante que una disputa pudiera ser tan dulce y grata para los nervios. Después enmudecimos a un tiempo; pero sin esa penosa sensación que se experimenta habitualmen-

te cuando se queda uno por diez minutos mirándose a la cara sin decir palabra. Entretanto, el monje se había puesto a frotar su tabaquera de cuerno en la manga del hábito hasta sacarle brillo; hizo entonces una profunda reverencia, y dijo que era muy tarde para decidir si era la debilidad o la bondad de nuestros respectivos temperamentos lo que nos había arrojado en aquella disputa; pero que, en todo caso, me suplicaba que cambiáramos tabaqueras. Y al decir esto, me presentó la suya con una mano, mientras con la otra tomaba la mía; y tras de besarla, con bondadosa humildad, se la guardó en el pecho y se fué.

Conservo esa tabaquera como lo haría con los objetos rituales de mi religión, para que me ayude a elevar mi espíritu por encima de las cosas terrestres. Casi nunca salgo sin ella. Y muchas veces le pido la moderación de su dueño para gobernar mi propia vida, entre los vaivenes del mundo. Mucho había sufrido él en la suya, según supe después, hasta que, a la edad de cuarenta y cinco años, con ocasión de ciertos servicios militares que le fueron mal recompensados, y afligido al mismo tiempo por un revés en la más tierna de las pasiones, renunció a la espada y al bello sexo, y se retiró al santuario, no tanto del convento como de su propio corazón.

Grave duelo pesa sobre mi ánimo al añadir que, cuando a mi regreso por Calais, pregunté por el buen padre Lorenzo, supe que había muerto tres meses antes y que lo habían enterrado, según sus

deseos, no en el convento, sino en un pequeño cementerio de sus dependencias, que distaba del convento un par de leguas. No pude resistir el deseo de ver el lugar donde yacía su despojo. Sentado junto a su sepulcro, saqué la tabaquera de cuerno que me había dado, arranqué dos o tres ortigas que crecían ociosamente al lado de la tumba. Y de tal modo me conmovió todo aquello, que vertí un torrente de lágrimas... Sí, ya sé que soy débil como una mujer, pero ruego al mundo que no se burle de mí, sino que más bien me compadezca.

LA PUERTA COCHERA

CALAIS

Nótese que durante todo este tiempo no he soltado la mano de la señora, y que hace ya tanto que la tengo en la mía, que ya sería indecente soltarla sin haberla llevado antes a mis labios. Así lo hice. Y toda su vitalidad y su sangre, que parecían haberla abandonado, volvieron a ella tumultuosamente al mismo tiempo.

Ahora bien; los dos viajeros que habían hablado conmigo en el patio de la posada, pasaron en este momento, y, por las muestras, se imaginaron, naturalmente, que éramos marido y mujer, cuando menos. Y así, deteniéndose frente a la puerta, uno de ellos—el viajero curioso—nos preguntó si pensábamos salir para París a la mañana siguiente.

—Yo sólo puedo responder de mí mismo—dije yo.

Y la señora dijo que ella iba a Amiens.

—Ayer comimos en Amiens—me dijo el simple viajero.

Y el otro añadió:

—Usted pasará por esta ciudad, en el camino de París.

Yo iba a darle un millón de gracias por la utilísima información de que Amiens estaba en el camino de París, pero al sacar la tabaquera de cuerno de mi buen monje para tomar rapé, no pude menos de hacerles una cortés reverencia y desearles buen viaje a Dover. Se marcharon.

¿Y qué mal habría—pensé—en rogarle a esta afligida dama que acepte la mitad de mi coche, ni qué daño podría seguirse de aquí?

Y al punto todas las pasiones ruines y las bajas tendencias de mi naturaleza se conmovieron con grande alarma. Y dijo la Avaricia:

—Tendrás que adquirir un tercer caballo, lo que significa un desembolso de veinte libras.

Y dijo la Sospecha:

—No sabes ni quién será.

—Ni las molestias que esto podrá traerte—cuchicheó la Cobardía.

—Mira bien, Yorik—añadió el Escrúpulo—, que se dirá que te has salido con una amante, fijando en Calais la cita para el encuentro.

Y la Hipocresía gritó:

—Nunca más podrás mostrar al mundo la frente.

—O prosperar en la Iglesia—observó la Mezquindad.

—Ni ser más que un pobre prebendado—concluyó el Orgullo.

—Pero—objeté yo—es un acto caballeroso. Y como yo, generalmente, obedezco al primer impulso y nunca hago caso de estas cábalas, que sólo sirven, a mi entender, para poner el corazón tan duro como el diamante, volvíme precipitadamente hacia la dama.

... Pero se me había escapado sin que la sintiera, mientras que estaba yo pleiteando la causa, y había ya avanzado diez o doce pasos cuando llegué a la sentencia. Corrí hacia ella en dos zancadas para hacerle la proposición con la mayor gentileza de que era yo capaz; pero advirtiendo que medio apoyaba la mejilla en la palma de la mano y andaba con los ojos bajos y con esos pasitos propios de la indecisión, se me ocurrió que ella también estaba luchando con el mismo intento.

—¡Dios la ampare!—pensé—. Tal vez la pobrecita tiene que consultarlo con una suegra o alguna tía tartufesca, o alguna vieja idiota, además de consultarlo conmigo. Y así, no queriendo interrumpir el proceso, y pareciéndome más galante abordarla por la discreción que por la sorpresa, me volví, y me puse a dar paseítos frente a la puerta cochera, mientras ella meditaba, paseando también por su lado.

EN LA CALLE

CALAIS

La primera vez que vi a la dama, declaré en mi conciencia que pertenecía a una especie superior de criaturas; y a continuación establecí, a modo de axioma tan indiscutible como la declaración anterior, que era viuda y que había en ella cierto tinte de melancolía: no fuí más allá. Creí tener bastante fundamento para no abandonar esta hipótesis, que tanto me complacía; y si la dama se hubiera estado conmigo hasta media noche, yo me hubiera conservado fiel a mi sistema, y la habría seguido considerando según la idea general que de ella me había formado.

Apenas se había alejado de mí unos veinte pasos, cuando una voz interior empezó a pedirme datos más particulares sobre ella; se me ocurrió que tendríamos que separarnos, que acaso ya no la volvería yo a ver. Y, como el corazón procura siempre salvar lo que puede, yo necesitaba poseer rastros, indicios para que mis deseos pudieran abrirse camino hasta ella, en caso de que no volviera a encontrarla más. En una palabra; yo deseaba conocer su nombre, su familia, su condición; y como ya sabía adónde iba, ahora deseaba averiguar de dónde venía; pero no había manera de llegar a una inteligencia tan completa, porque estaban de por medio los mil obstáculos de las conveniencias. Y me puse a meditar: desde

luego, ni pensar en preguntárselo directamente; era imposible.

Un capitancito francés, de aspecto afable, que venía saltando por la calle, me demostró que lo que yo juzgaba imposible era lo más sencillo del mundo. Porque, metiéndose entre nosotros dos, en el preciso momento en que la dama volvía hacia la puerta cochera, se me presentó solo, y, apenas hecho, me pidió que le hiciera el honor de presentarlo a la señora. ¡Yo mismo no estaba presentado! Entonces, acercándose a ella, se le presentó solo, con la mayor naturalidad, y le preguntó si venía de París. Ella contestó que no, sino que pensaba salir por el camino de París.

—*Vous n'êtes pas de Londres?* ¿No es usted de Londres?

Contestó que no era de Londres.

—Entonces la señora viene de Flandes.

—*Apparemment, vous êtes Flammande?* Según parece, es usted flamenca—dijo el capitán.

La dama contestó que lo era.

—*Peut-être de Lisle?*—añade él.

No; dijo ella que no era de Lisle.

—¿Tampoco de Arras?, ¿ni de Cambray?, ¿ni de Gante?, ¿ni de Bruselas?...

Sí; contestó que era de Bruselas.

El dijo entonces que había tenido la honra de asistir al bombardeo de esta ciudad durante la última guerra; que la ciudad estaba admirablemente situada para ese objeto, y se había portado con mucha nobleza cuando los franceses expulsa-

ron a los imperialistas. (La señora hizo una pequeña reverencia.) Le contó después cómo fué aquéllo, y la parte que a él le había tocado; le pidió que le concediera la honra de conocer su nombre, y se inclinó después cortesmente.

—*Et Madame a son mari?* ¿La señora viene acompañada de su esposo?—dijo, volviéndose cuando ya había andado dos pasos; y, sin esperar la respuesta, se alejó a saltitos por la calle.

Si siete años seguidos hubiera yo estado aprendiendo la cortesía y buenas maneras, todavía me hubiera sentido incapaz de hacer otro tanto.

LA COCHERA

CALAIS

Cuando se marchó el capitancito francés, monsieur Dessein apareció, al fin, trayendo la llave en la mano, y al instante nos hizo entrar a la cochera.

El primer objeto que me llamó la atención fué otra vieja y maltratada *Désobligeante;* y aunque era la imagen exacta de la que, apenas hacía una hora, me había interesado tanto en el patio de la posada, su sola vista me produjo una sensación sumamente desagradable; y pensé que sólo en la mente de un monstruo de tacañería pudo entrar la idea de construir el primer armatoste de este modelo; tampoco pensé mejor del hombre que se sintiera capaz de usarlo.

Observé que a la dama parecía disgustarle tan-

to como a mí. De modo que M. Dessein nos condujo ante un par de coches que estaban al lado, y nos lo recomendó diciéndonos que habían sido comprados por milord A. y B. para un largo viaje, pero que no habían ido más allá de París; de suerte que estaban como nuevos. Sí; estaban demasiado buenos, y por eso pasé a otro. Me agradó, y al punto me puse a discutir precios.

—¡Pero si casi no hay sitio para dos!—dije abriendo la puerta y entrando al coche.

—Señora—dijo entonces M. Dessein, ofreciéndole el brazo—. Tenga usted la amabilidad de subir.

La señora vaciló medio segundo, y, al fin, subió. Pero al mismo tiempo el criado de M. Dessein llamó a éste para decirle alguna cosa, y monsieur Dessein cerró la portezuela del coche y nos dejó solos.

DENTRO DEL COCHE

CALAIS

—*C'est bien comique!* Bueno está esto—dijo la dama sonriendo, al considerar que, segunda vez, nos volvían a abandonar juntos por una serie de absurdas casualidades.—*C'est bien comique!*—repitió.

—Nada falta para que resulte plenamente cómico—le dije yo—más que los usos cómicos de la galantería de los franceses: hacer el amor en el primer momento, y en el segundo hacer el ofrecimiento de su persona.

—Sí; esa es su mayor gracia—dijo la dama.

—Al menos, eso se supone—continué yo—. Y cómo ha venido a formarse esta opinión, no lo sé. Pero la verdad es que han conquistado fama de entender mejor las cosas de amor y enamorar mejor que ninguna otra nación de la tierra. Por mi parte, yo los encuentro torpes y, a decir verdad, me parece que son la peor especie de arqueros que hayan puesto jamás a prueba la paciencia de Cupido. ¡Querer hacer el amor con sentimientos! Más fácil sería hacerse un traje nuevo con pedazos de tela vieja. Y eso de declararse—¡pum!—al primer encuentro, es someter su ofrecimiento y su persona al examen frío de una mente no impresionada aún, con todo su pro y su contra al descubierto.

La señora parecía esperar que yo siguiera adelante.

—Considere usted, señora—proseguí, poniendo mi mano sobre la suya:

Que la gente seria le teme al nombre mismo del amor.

Que los egoístas lo aborrecen, por amor a sí mismos.

Los hipócritas, por amor al cielo, según dicen.

Y que todos, viejos y jóvenes, más que hacernos daño nos asusta sólo el oír hablar del amor.

¡Cuánta inexperiencia no descubre, pues, en este ramo del humano comercio, el que deja escapar de sus labios la terrible palabra antes, por lo menos, de que hayan transcurrido una o dos horas, a

partir del instante en que ya el silencio ha venido a ser para él un verdadero tormento! Una serie de discretas atenciones, nunca tan agudas que alarmen, ni tan vagas que nada digan, con una mirada tierna de tiempo en tiempo, y nada de palabras directas sobre el asunto: esto sí que entrega a la enamorada en brazos de la naturaleza, y ésta se encargará después de rendirla.

—Pues oiga usted—me dijo la dama, poniéndose muy encendida—: yo declaro entonces solemnemente que usted me ha estado haciendo el amor desde que nos encontramos.

LA COCHERA

CALAIS

En esto vino M. Dessein para ayudarnos a bajar del coche, e hizo saber a la dama que su hermano, el señor conde de L., acababa de llegar al hotel. Aunque yo tenía la mejor voluntad del mundo para la dama, no puedo decir que esta nueva me regocijara; así se lo confesé a ella:

—Porque—le dije—, señora, es fatal para una proposición que yo iba a hacerle a usted ahora mismo.

—No necesita usted decirme cuál era—me interrumpió ella, poniendo una de sus manos entre las mías—. Raro es, mi buen señor, que un hombre quiera hacer algún bondadoso ofrecimiento a una mujer, sin que ésta lo presienta momentos antes.

—Sí—dije yo—; la naturaleza le ha concedido a la mujer, para defenderse en los peligros, el arma del presentimiento.

—Pero—dijo ella, mirándome a la cara—creo que en el caso yo no tenía que temer peligro alguno; y para ser franca con usted, le confieso que estaba decidida a aceptar su oferta. De haber aceptado... (y vaciló un momento), creo que la buena disposición de usted me hubiera arrastrado a contarle cierta historia; y en virtud de esta historia, durante todo nuestro viaje, no hubiera brotado en usted otro sentimiento más peligroso que el de la compasión.

Y diciendo esto, me permitió besar una y dos veces sus manos, y con una mirada entre afectuosa y graciosa, saltó del coche y me dijo adiós.

EN LA CALLE

CALAIS

En mi vida he despachado con más precipitación una compra de quince guineas. El haber perdido a la dama hacía que se me alargara el tiempo. Y comprendiendo que, mientras no me pusiera en marcha, cada minuto se me iba a figurar que eran dos, pedí al instante unos caballos y regresé a la posada.

—¡Cielos!—exclamé al oír que el reloj de la ciudad daba las cuatro—. ¡Y pensar que sólo había estado una hora en Calais!

¡Cuántas aventuras en tan corto espacio de

tiempo para el que pone en todas las cosas su alma entera, y siempre alerta ante las sorpresas de la vida, no quisiera desperdiciar nada de lo que encuentra a su alcance!

Si el relato de estas aventuras—que otro pudiera hacer mejor—no resulta de ningún provecho, ¿qué importa? Al menos será un ensayo sobre la naturaleza humana. La materia prima de mi trabajo es mi sufrimiento, y esto me basta. El placer de la experimentación mantiene despiertos mis sentidos y los humores más puros de mi sangre, dejando dormir la parte turbia.

Compadezco al que, viajando de Don a Bersheba, exclama: "¡Todo es estéril!" Así es. Y así es también toda la tierra para el que no sabe cultivar los frutos que le ofrece.

—¡Ea!—exclamé, dando una palmada—. Declaro solemnemente que, aun en mitad del desierto, encontraría yo motivos de amor. A falta de otra cosa, el dulce mirto y el ciprés melancólico bastarían para hacer vibrar, en fácil correspondencia, mis emociones. Yo cortejaría su sombra y les daría mil veces las gracias por su generosa protección; grabaría mi nombre en su corteza, y juraría por Dios que eran los árboles más amables de todo el desierto; aprendería el dolor en la tragedia de sus hojas caídas, y me regocijaría con las fiestas de sus retoños.

El sabio Smelfungus viajó de Boloña a París, de París a Roma, y luego a otras partes. ¡Ay! Pero como estaba ictérico y melancólico, todo le

aparecía descolorido y hasta monstruoso. Y escribió un relato de su viaje, que no era más que el relato de sus lamentables sentimientos.

Yo me encontré un día con Smelfungus en el pórtico del Panteón. El salía en ese momento:

—Ya ve usted—me dijo—. Esto no es más que una inmensa plaza de gallos (1).

—¡Ojalá no hubiera usted tratado peor a la Venus de Médicis!—le dije por única respuesta. Porque en Florencia averigüé que se había enfurecido al ver a la diosa, y la había tratado de miserable ramera, sin que mediara provocación alguna de la diosa.

En Turín volví a topar con Smelfungus, que regresaba a la patria. Me hizo un espantoso relato de sus espantosas aventuras: accidentes de locomoción en tierra y en agua, caníbales que se devoran unos a otros, o sea antropófagos... A él lo habían torturado y desollado vivo, y en todas las posadas maltratado más que al propio San Bartolomé.

—¡Pero yo se lo he de contar al mundo!—clamaba en el colmo de la indignación.

—Mejor haría usted en contárselo a su médico.

Mundungus, dueño de una cuantiosa fortuna, dió la vuelta al mundo, y fué de Roma a Nápoles, de Nápoles a Venecia, de Venecia a Viena, y a Dresden y a Berlín, sin tener a su regreso ni la sombra de una anécdota agradable que referir. Es que había viajado en línea recta, sin volverse

(1) VIDE: *Viajes de S.*

nunca a éste y a esotro lado, por miedo de que amor o piedad lo apartasen de su camino.

¡La paz sea con ellos, si es que en alguna parte se encuentra! Pero sé que a los cielos mismos les faltarían medios de procurársela, suponiendo que se pueda entrar en los cielos con semejante carácter. Que aunque los espíritus gentiles acudiesen, sobre las alas del amor, darles la bienvenida, aunque el alma de Smelfungus y la de Mundungus no llegaran más que vibrantes antífonas de gozo, himnos radiantes, alegres plácemes por la general venturanza, aun así, yo los compadezco de corazón, porque ambos carecen de aptitud para la alegría. Y si a Smelfungus y a Mundungus se les concediese la más venturosa mansión que hay en los cielos, lejos de disfrutar las dichas eternas, las almas de Smelfungus y Mundungus penarían en ella eternamente.

MONTREUIL

La maleta se me cayó una vez por detrás del coche; dos veces tuve que bajarme en pleno chaparrón, y una de ellas me metí hasta las rodillas en el fango para ayudar al postillón a atar de nuevo la maleta. Y a todo esto, no acertaba yo con la causa de mis incomodidades. Pero cuando, al llegar a Montreuil, el huésped me preguntó si no me vendría bien un criado, caí en la cuenta de que era eso lo que me estaba haciendo falta.

—¡Un criado! ¡Por supuesto que sí!—exclamé.

—Porque aquí hay un muchacho muy despier-

to, monsieur—me dijo el huésped—, que tendría a mucha honra servir a un inglés.

—¿Y por qué particularmente a un inglés?

—Son tan generosos...—insinuó el huésped.

Que me maten—me dije—si esto no me cuesta una libra de propina esta misma noche.

—Pero si son generosos es porque pueden serlo, monsieur—añadió el huésped.

Bueno está—pienso yo—, pongamos una libra más por este piropo.

—Anoche nada menos—siguió diciendo mi hombre—, un milord inglés le dió un escudo a la camarera.

—*Tant pis pour mademoiselle Jeanneton*—dije yo a esto—. Tanto peor para ella.

Conviene saber que Jeanneton era la hija del huésped; éste, no queriendo sospechar una descortesía de mi parte, atribuyó mi respuesta a mi mal francés, y se permitió advertirme que no debía yo haber dicho *tant pis*, sino *tant mieux*, tanto mejor.

—*Tant mieux, monsieur*, se dice cuando se gana algo. Y *tant pis* cuando nada se gana.

—Es igual—le contesté yo.

—Mil perdones—se excusó el huésped.

Aprovecho esta preciosa oportunidad para advertir de una vez por todas que *tant pis* y *tant mieux* son los dos goznes de la conversación francesa, y que los extranjeros deben aprender muy bien el uso de estas expresiones antes de arriesgarse a ir a París.

Cierto marqués muy ingenioso, que comía un día a la mesa de nuestro embajador, le preguntó a Mr. H. si él era H., el poeta.

—No—dijo H. modestamente.

—*Tant pis*—le replicó el marqués.

—El señor es H., el historiador—explicó otro de los comensales.

—*Tant mieux*—dijo entonces el marqués.

Y Mr. H., que es hombre de gran corazón, en ambos casos le dió las gracias.

Tras de haberme dado esta lección, el hospedero llamó a La Fleur, que tal era el nombre del joven a quien me había recomendado; mas no sin advertirme antes que de sus talentos no quería decirme una palabra, porque "monsieur" era el mejor juez de sus conveniencias; pero que, en punto a la fidelidad de La Fleur, de eso él respondía. Quién sabe con qué tonillo lo dijo, que al instante me hizo percatarme de la responsabilidad de aquel paso. La Fleur, que había estado esperando afuera con esa impaciencia que alguna vez hemos conocido todos los mortales, apareció al fin.

MONTREUIL

Yo soy capaz de dejarme impresionar favorablemente a primera vista por todo linaje de hombres; pero nunca más que cuando un pobre diablo se acerca a ofrecer sus servicios a otro pobre diablo como yo.

Consciente de mi debilidad, me permito morige-

rar siempre mis impulsos con cierta dosis de desconfianza, que será mayor o menor según el modo, según el caso, según el género de la persona en cuestión.

Al ver a La Fleur—y descontadas las reservas de la desconfianza—, su aire, su franco ademán me ganaron al instante. Comencé, pues, por aceptarlo, y después quise averiguar sus habilidades.

Ya—dije para mí—, ya iré descubriendo sus talentos a medida que me hagan falta. Aparte de que los franceses son buenos para todo.

Pero el pobre La Fleur no sabía hacer más que redoblar el tambor y tocar una o dos marchas en el pífano. Yo habría querido descubrir sus talentos; nunca mi debilidad se burló más cruelmente de mi prudencia.

La Fleur había hecho su entrada en el mundo con esa gentileza general a todos los franceses, sirviendo unos cuantos años al rey. Después de lo cual, satisfecho ya este sentimiento y convencido de que su única recompensa sería el honor de haber aprendido a redoblar, y de que no se abría para él ninguna senda de gloria, se retiró el hombre "a sus tierras", donde vivía a la buena de Dios, o sea sin hacer nada.

—¿De suerte—me dijo la Prudencia—que has contratado a un tambor para tu servicio durante tu viaje por Francia e Italia?

—¡Bah!—exclamé—. Y la mitad de nuestra nobleza, ¿no acostumbra llevar un bombo por com-

pañero de viaje, y aun se paga todavía el lujo de gaitas y otros primores?

(Menos mal cuando sabe uno salir de un conflicto de conciencia con un equívoco.)

—Pero dime, La Fleur: ya sabrás hacer alguna otra cosa, ¿verdad?

—*Oh, qu'oui!* ¡Claro está!—me contestó.

También sabía hacer polainas y tocar un poco el violín.

—¡Bravo!—comentó la Prudencia.

—Pues sí, ¡bravo!—dije yo, amoscado—, porque como yo toco el bajo, nos arreglaremos muy bien. Y dime todavía, La Fleur, ¿sabrás afeitar, sabrás acomodar una peluca?

No; pero tenía las mejores disposiciones.

—¡Qué diablo! Pues con eso basta, y yo me conformo con eso.

Llegó la hora de cenar. Tenía yo, de un lado, un sabueso inglés muy bullicioso, y del otro un criado francés lo más alegre del mundo. Yo estaba satisfecho: mi corazón se sentía dichoso con su imperio, y si los monarcas entendieran la vida, también se sentirían satisfechos con el suyo.

MONTREUIL

Como La Fleur no me abandonará más durante todos mis viajes por Francia e Italia, y a menudo aparecerá en escena, quisiera que el lector se interesase algo más por él. Para esto me bastará decir que nunca tuve ocasión de arrepentirme por haber cedido a ese primer impulso que general-

mente determina mis actos: el muchacho era leal, adicto, y el alma más cándida que jamás haya seguido los pasos de un filósofo. Y no obstante sus facultades para tocar el tambor y hacer polainas—que, aunque excelentes en sí mismas, a mí no me fueron de mucha utilidad—, me vi ampliamente recompensado de mi elección por la festividad de su carácter, que, alegrando todas mis horas, me parecía borrar todos sus defectos. Sus miradas, y aun su apariencia, llegaron a ser para mí—no sé cómo—un recurso constante en todos los trances difíciles en que pude verme... Iba yo a decir: "y en que él también pudo verse"; pero no. La Fleur estaba a salvo de todo peligro. Porque, ya sea que padeciera hambre o sed, frío, desnudez, desvelos o cualquier otra fatalidad que pudo azotarlo en el curso de nuestros viajes, su fisonomía no revelaba el menor disgusto: era siempre el mismo. A tal punto que, si es verdad que soy un poco filósofo—a veces Satanás me pone esta idea en la cabeza—, no deja de padecer mi orgullo considerando lo mucho que debo a la filosofía temperamental de este pobre muchacho, que de tal modo me estimulaba a una filosofía superior. Y con todo esto, La Fleur tenía algo de petimetre; pero más bien se dijera que era un petimetre producto de la naturaleza que no del arte. Y a los tres días de estar en París, ya no parecía petimetre.

MONTREUIL

A la mañana siguiente, La Fleur tomó posesión de su nuevo cargo. Le entregué la llave de mi maleta y un riguroso inventario de mi media docena de camisas y mis pantalones de seda; le encargué que atara muy bien el fardo en el coche y que hiciera uncir los caballos, y pedí al huésped la cuenta.

—*C'est un garçon de bonne fortune!* ¡Vaya un chico con suerte!—me dijo el huésped, señalándome desde la ventana a La Fleur, a quien despedían cariñosamente hasta seis muchachas, al tiempo que el postillón hacía salir los caballos.

La Fleur besó la mano a las mozas una y otra vez, y otras tantas se le arrasaron de lágrimas los ojos, y no menos les reiteró la promesa de traerles muchas indulgencias y perdones de Roma.

—Todo el pueblo le tiene ley—dijo el huésped—. Lo van a echar de menos hasta en el último rincón de Montreuil. El chico sólo tiene un defecto: es muy enamorado.

—Mejor que mejor. Eso me evitará las molestias de tener que poner todas las noches, por precaución, los pantalones debajo de la almohada.

Y al decir esto, más bien que el elogio de La Fleur yo hacía mi propio elogio. Porque yo siempre he vivido enamorado, hoy de ésta y mañana de la otra princesa, y cuento seguir así hasta el fin de mis días; porque estoy convencido de que si alguna vez he incurrido en alguna bajeza, fué se-

guramente en el intervalo entre dos pasiones. Durante estos interregnos, siento que mi corazón está cerrado y soy incapaz de dar seis peniques a la pobreza. Por eso procuro salir cuanto antes de estos interregnos, y héme aquí de nuevo rezumando bondades, todo generosidad y solicitud, y capaz de hacer cualquiera cosa en auxilio de otro o en compañía de otra, con tal de que mi conciencia me asegure que no hay pecado de por medio.

Pero ahora reparo que no canto mi propio elogio, sino el de la amorosa pasión...

FRAGMENTO

La ciudad de Abdera, no obstante contar a Demócrito entre sus habitantes—quien agotaba los recursos de la ironía y las alegres risas para corregirla—, era la más relajada y libertina de todas las ciudades de Tracia. El veneno, la conspiración y el asesinato; libelos, pasquines y tumultos, todo hacía allí imposible la vida durante el día, y peor aún de noche.

Ahora bien, cuando las cosas parecían ir de mal en peor, se dió en Abdera una representación de *La Andrómeda*, de Eurípides, que encantó al auditorio. Y de todos los pasajes, ninguno impresionó más la imaginación del pueblo que los tiernos raptos naturalistas con que compuso el poeta aquel discurso patético de Perseo: "¡Oh, amor, príncipe de los dioses y de los hombres!..." Al día siguiente, todos andaban hablando en yámbicos, y

no hacían más que recordar las palabras de Perseo: "¡Oh, amor, príncipe de los dioses y de los hombres!" En todas las calles, en todas las casas de Abdera, sólo se oía: "¡Amor, amor!" En todos los labios, como naturales notas de una dulce melodía que fluyera espontáneamente: "¡Amor, amor, príncipe de los dioses y de los hombres!" Prendió el fuego, y al fin toda la ciudad, como el corazón de un solo hombre, se rindió al amor.

Los farmacéuticos no vendían ya un solo gramo de eléboro; ningún armero se atrevía a fabricar un instrumento de muerte; la Amistad y la Virtud se encontraban en medio de la calle y se besaban las mejillas; volvió la Edad de oro, derramando sus beneficios sobre Abdera; los abderitas volvieron a sus flautas de caña, y las abderitas, poniendo olvido a la púrpura opulenta, se sentaron castamente sobre la yerba para escuchar las dulces canciones.

"Tal maravilla—dice el Fragmento—sólo podía obrarla el dios cuyo imperio se extiende a los cielos como a la tierra, y aun a las profundidades del mar."

MONTREUIL

Y cuando ya todo está dispuesto para la partida, y todo discutido y pagado—a menos que el trato de la posada os haya puesto de malhumor—, hay todavía otra cosa que hacer en la puerta, y antes de trepar en la silla de postas: allí están todavía esperándoos los hijos e hijas de la pro-

lífica pobreza. ¡Oh, no! No los mandéis al diablo, que sería cruel; bastante sufren los pobres ya de suyo para que aumentéis su desgracia. Yo prefiero siempre en estos casos prevenirme, llevando algunos *sous* en la mano, y es consejo que doy a todo viajero bien nacido. Poco importa que no dé al siglo las razones de su caridad: constan registradas ya en otra parte.

De mí sé decir que pocos darán menos que yo, por la sencillísima razón de que muy pocos tienen menos que dar. Pero como éste iba a ser mi primer acto público de caridad en suelo francés, traté de hacerlo lo mejor que me fué posible.

—¡Diantre!—exclamé, extendiendo la mano—. Sólo llevo ocho *sous*, y tengo que distribuirlos lo menos entre ocho varones y ocho mujeres.

Un pobre andrajoso y descamisado renunció al instante a la limosna, retirándose un poco del círculo y haciendo una torpe reverencia. No muestra más cortesía hacia el bello sexo el público de los teatros cuando exclama a una: "*Place aux dames!*"

¡Justos cielos! ¿Qué sabias y misteriosas razones os han movido a juntar aquí la mendicidad y la cortesía, que tan mal avenidas andan en otros países?

Sólo por pagar su rasgo de urbanidad, me empeñé en obsequiarle con un *sou*.

A esto, un hombrecillo muy vivaz, que estaba frente a mí en el corro de los mendigos, poniendo bajo su brazo algo que en otro tiempo había sido

sombrero, sacó su tabaquera y ofreció rapé a los demás. De su parte, aquello era un don considerable, y todos lo rehusaron discretamente. Pero el hombrecillo insistía: "*Prenez-en, prenez!*", mirando a uno y otro lado, hasta que al fin todos tuvieron que aceptar una pizca.

Lástima sería dejar que se le vaciara la tabaquera—me dije—; y puse en ella un par de *sous*, tras de haber tomado rapé yo mismo para hacerle más agradable la limosna. El pobre hombre agradeció más esta cortesía que aquel don—como que esto era hacerle un honor, y aquéllo una simple caridad—, y se inclinó hasta el suelo muy conmovido.

—Para ti—le dije a un soldado viejo y manco, envejecido en las campañas y el servicio del Rey—. Para ti este otro par de *sous*.

—*Vive le Roi!*—gritó el veterano.

Ya sólo me quedaban tres *sous*. Di todavía uno por amor de Dios, porque por amor de Dios me lo pidió una mujer que tenía un cuadril dislocado: no había de ser, pues, por otra causa.

Otro me dijo:

—*Mon cher et très charitable monsieur!...*

Imposible rehusarle nada.

Y otro:

—¡Milord inglés!...

Sólo la palabra valía la limosna: a éste le di el último *sou*.

Pero, con la prisa de dar, no había yo reparado en un mendigo vergonzoso, un *pauvre honteux*,

que no tenía quien pidiera en su nombre y que se hubiera muerto antes que pedir por sí mismo. Estaba algo retirado, junto a la silla de postas, y lloraba con unos ojos que parecían haber visto mejores días.

¡Dios poderoso! ¡Y yo que no tenía ya un miserable *sou!*

"¡Sí tienes, y a millares!"—gritaron a una dentro de mí todos los poderes de la naturaleza. Entonces le di... ¿cuánto? No lo sé; me da vergüenza confesar ahora cuánto era, y entonces me avergonzó la pequeñez de la suma. Entre una y dos libras, y cuenta habida de la disposición de mi ánimo, ya puede el lector conjeturar lo que le habré dado.

Para los demás, ya no me quedaron más que palabras.

—*Dieu vous benisse!*

—*Et le bon Dieu vous benisse encore!*—contestaron el veterano, el andrajoso y los otros. El *pauvre honteux* no pudo pronunciar una sola palabra; sacó un pañuelito y se volvió llorando a otra parte. Pero yo comprendí que era el más agradecido de todos.

LA JACA

Hecho esto, trepé a la silla de postas con la mayor satisfacción. La Fleur saltó sobre su jaquita, echó de este lado una enorme bota y otra enorme bota de aquel lado—por no mentar las

piernas—, y galopó a la vanguardia, tan airoso y perpendicular como un príncipe.

Pero ¿qué vale la felicidad, ni qué la grandeza en este mentido escenario de la vida? Antes de haber andado una legua, hete aquí un asno muerto en mitad del camino, que obliga a la jaca de La Fleur a pararse en seco, sin que haya medio de obligarla a dar un paso más. Entre el jinete y la caballería prodúcese entonces un altercado, y al primer brinco, el pobre chico salió como desenfundado de sus famosas botas.

Soportó la caída con paciencia de cristiano francés, sin más comentario que esta breve exclamación:

—¡Diablo!

Levantóse, montó y volvió a la carga, pegando sobre la jaca como si fuera su tambor.

La jaca volaba de un lado a otro del camino; luego retrocedía y saltaba, para aquí y para allá, y, en suma, para todos lados, menos para donde estaba el asno muerto. La Fleur insistió, y la jaca volvió a arrojarlo.

—¿Qué demonios tiene tu jaca, La Fleur?

—*Monsieur, c'est un cheval le plus opiniâtre du monde;* es terca a más no poder.

—Pues si es terca, déjala que vaya por donde quiera.

La Fleur se bajó y le descargó un furioso latigazo para hacerle andar. Pero la jaca me tomó la palabra, y echó a correr hacia Montreuil.

—¡Peste!—dijo La Fleur.

Y aquí no vendrá mal advertir que, aunque en el actual incidente La Fleur sólo se ha valido de dos breves exclamaciones, a saber: "¡Diablo!" y "¡Peste!", la lengua francesa posee tres, que son como el positivo, el comparativo y el superlativo, y que se conjugan, según las circunstancias, para manifestar la sorpresa ante los encuentros y azares de este eterno juego de dados que es la vida.

"¡Diablo!", que es el grado positivo, el primero, se usa, generalmente, como desahogo de las emociones ordinarias, cuando alguna cosa de poca importancia contraría nuestra expectación, como cuando jugando al pasa-diez, echa uno un par de ases, o cuando La Fleur se cae del caballo, o cosas así. También se dice *Diable!* en caso de adulterio.

Pero cuando la cosa tiene ya algo desconcertante, como cuando se fuga la jaca, dejando en tierra a La Fleur en botas de montar, entonces conviene decir *Peste!*

Y en cuanto al tercer grado... Y aquí siento que desfallece mi corazón al reflexionar cuáles miserias, cuáles amarguras no habrá tenido que padecer este pueblo tan refinado para verse arrastrado a usar de semejante exclamación.

¡Acudidme, vosotras misteriosas fuerzas, que dais elocuencia al dolor! ¡Concededme que, cualquiera que sea mi suerte, no salgan jamás de mis labios más que honestas palabras, para que pueda yo ceder al impulso natural de exclamar!

Pero como en Francia no había palabras adecuadas a mi deseo, preferí soportar siempre los desaires de la fortuna sin la menor exclamación.

Pero La Fleur, que no se había hecho igual propósito, siguió con los ojos a la jaca hasta que se perdió de vista, y entonces ya podréis imaginaros con cuál de las tres palabras cerró, como con broche de oro, el suceso.

Como era un sueño pretender dar alcance a un caballo espantado, y más calzando botas fuertes, no quedaba otro remedio que hacer subir a La Fleur en la parte posterior del coche, o a mi lado. Opté por esto último, y en media hora llegamos a la posada de Nampont.

NAMPONT

EL ASNO MUERTO

—... Y ésta—exclamó, sacando de su morral una corteza de pan—; ésta hubiera sido para ti, si aún vivieras para compartirla conmigo.

Yo creí que aquel apóstrofe se dirigía a algún hijo muerto; pero no era tal, sino al asno, al mismo asno que habíamos encontrado en la carretera, causa y principio de las desventuras de La Fleur. El dueño del asno parecía lamentar muy sinceramente su pérdida, y me hizo recordar las lamentaciones de Sancho en un caso parecido; pero en éste eran como más naturales.

Estaba el triste sentado en un poyo que había a la puerta; junto a él, el aparejo y riendas del

asno. Los cogía de tiempo en tiempo, los volvía a dejar, los miraba y sacudía la cabeza. Sacó otra vez del morral la corteza de pan como para comérsela; vaciló un poco, y al fin, la puso en el bocado del freno; se quedó contemplando su obra, y lanzó un suspiro.

La sencillez de estas manifestaciones atrajo algunos curiosos, y entre ellos a La Fleur, que se acercó al grupo, mientras estaban unciendo otra vez los caballos.

El hombre dijo que acababa de venir de España, adonde había ido desde Franconia, y que, de vuelta a su patria, se le había muerto el borrico. Todos manifestaron deseos de conocer las causas que pudieron obligar a tan largo viaje a un hombre tan viejo y tan pobre al parecer. El dijo entonces que Dios le había dado la bendición de tres hijos, los más bellos mozos de Alemania; pero que, habiendo perdido a los dos mayores de viruela en una sola semana, y habiéndose contaminado el menor del mismo mal, temeroso de perderlos a todos, hizo voto de ir en peregrinación de gracias a Santiago de Compostela, a cambio de que los cielos le concediesen la salud de su amado hijo.

Y al llegar aquí, el pobre hombre, cediendo a la naturaleza, estuvo un rato llorando amargamente.

El cielo aceptó la oferta, continuó, y entonces el agradecido padre salió de su pueblo y su cabaña, acompañado de aquel animalito, paciente

partícipe de sus trabajos y viajes. Todo el camino habían comido del mismo pan; de modo que la bestia ya le era como un amigo.

Todos escucharon esta historia con respetuosa atención. La Fleur le ofreció unas monedas, pero el viejo contestó que no le hacían falta, que no le afligía el valor del asno, sino el haberlo perdido. El estaba seguro de que el asno le tenía mucho afecto. Y a propósito de esto, se enfrascó en un largo relato sobre ciertos contratiempos que les acaecieron al pasar los Pirineos, y a consecuencia de los cuales anduvieron durante tres días perdidos el uno del otro, y el asno buscándolo a él, tanto como él al asno, sin querer ninguno comer ni beber hasta que no se encontraron.

—Al menos, amigo mío—le dije—, algún consuelo te cabe en esta pérdida, y es que, seguramente fuiste un amo agradecido para la pobre bestia.

—¡Ay!—dijo el cuitado—. Yo también me lo figuraba mientras la tenía a mi lado viva; pero ahora que la miro muerta, creo lo contrario. Me parece que ha sido carga excesiva para el animal el peso de mi cuerpo, aumentado con el de mis penas, y que ello ha contribuído a abreviar sus días, de lo que yo quedo responsable.

Y yo, para mí: "¡Vergüenza! ¡Vergüenza, oh mundo! ¡Si al menos supiéramos amarnos unos a otros como éste desdichado amó a su borrico!..."

NAMPONT

EL POSTILLÓN

El relato de aquel pobre hombre me arrojó en un mar de meditaciones que requerían alguna atención. Pero el postillón, sin darles ninguna, lanzó a los caballos al galope sobre el empedrado pavimento.

El más sediento caminante, en los más desiertos arenales de Arabia, no anhela por un trago de agua lo que yo por los movimientos graves y mesurados. Y el postillón me habría merecido mejor concepto si, en verdad, se hubiera decidido a robarme caminando a un paso más lento. Pero, al contrario; no bien el afligido peregrino puso término a sus querellas, cuando mi hombre, descargando un grosero trallazo sobre cada lomo, lanzó estrepitosamente los caballos como si los arrastraran mil demonios.

Le grité a voz en cuello que, en nombre del cielo, sofrenara un poco la carrera; pero más me desgañitaba yo, y más desaforadamente hacía galopar a las bestias.

—¡Al diablo con él y con su desesperado galopar!—exclamé—. Me va a triturar los nervios hasta enloquecerme; y entonces irá al pasito para que disfrute yo más despacio de mi locura.

Y, en efecto, que ni mandado hacer para desesperarme. A esto llegamos al pie de una empinada colina que hay a media legua de Nampont. Yo estaba indignado contra él; pero pronto lo es-

tuve contra mí mismo, a la sola idea de haberme indignado. En esta disposición me hubiera convenido un tratamiento distinto, y tal vez un buen galope me habría aliviado.

—¡Vamos, hala! ¡De prisa, muchacho, de prisa!

El postillón se conformó con señalarme la cuesta. Yo, resignado, traté de volver a las reflexiones que me había sugerido la historia del alemán y su asno, pero me fué tan difícil como al postillón le hubiera sido volver a coger el galope.

—¡Sea, pues, lo que Dios quiera! Por más que me dispongo cándidamente a sacar el mejor partido hasta de las peores situaciones, todo ha de salirme al revés.

La naturaleza nos proporciona siempre un último lenitivo a todos nuestros males: de sus manos lo recibí con ánimo grato, y me eché a dormir. Me despertó la palabra AMIENS.

¡Ea!—dije, restregándome los ojos—. Esta es la ciudad adonde tiene que venir la damita de marras.

AMIENS

Apenas había yo dicho esto, cuando la silla de postas del conde de L.—y en ella su hermana—pasó rápidamente junto a nosotros. La dama tuvo tiempo de hacer un ademán de saludo, y un ademán peculiar, como dando a entender que aún tenía algo que decirme.

Y así fué, en efecto: aún no acababa yo de cenar, cuando un criado del conde me trajo un bi-

llete, en el cual me decía la dama que se tomaba la libertad de confiarme una carta para madame R., que yo le haría el favor de entregarle en cualquier rato desocupado que tuviera en París. A esto añadía que lamentaba no haber tenido al fin ocasión de contarme su historia, acobardada por quién sabe qué escrúpulos, y que si algún día iba yo por Bruselas y no había olvidado el nombre de madame L., madame L. tendría el gusto de cumplir esta deuda para conmigo.

—¡Oh, sí, hermosa criatura, yo te buscaré en Bruselas! No hay más que, a la vuelta de Italia para Alemania, pasar rumbo a Holanda por el camino de Flandes... Una pequeña desviación de unas diez postas... ¡Y diez mil que fueran! ¡Qué mayor deleite moral que el de coronar mis viajes compartiendo los incidentes lamentables de una historia de sufrimientos contada por mártir tan exquisita! ¡Qué sería verla llorar! Y aun cuando me fuera imposible aplacar la fuente de su lloro, ¿qué sería permanecer a su lado, enjugar las mejillas de la primera y más hermosa entre las mujeres durante toda una noche silenciosa?

Aunque en estos sentimientos no había nada que reprochar, me arrepentí de ellos al instante, y comencé a reprochármelos amargamente.

Ya he dicho al lector que una de las singulares bendiciones que me han caído en suerte es que no puedo pasar una hora sin enamorarme perdidamente de alguna mujer. Mi penúltima

llama se había extinguido súbitamente por un ventarrón de celos que la cogió al volver de una esquina; pero se había vuelto a encender hacía unos tres meses al fuego puro de los amores de Elisa, y yo había jurado mantener viva aquella llama por lo menos durante todo mi viaje. ¿A qué disimularlo? Le había yo jurado eterna fidelidad: ella tenía derecho a todo mi corazón. Dividir mis afectos era disminuir su parte legítima, y exponerlos a un peligro era exponerme a perderlos. Y entonces, ¡oh, Yorick!, ¿qué cuentas darías a un corazón tan lleno de fe y confianza en ti, tan bueno, tan puro, tan intachable?

No—me dije entonces, como contestándome a mí mismo—, no seré yo quien vaya a Bruselas.

Y se echó a volar mi imaginación: recordé sus miradas en aquella crisis de nuestra separación, cuando ninguno de nosotros tuvo el valor de decir adiós. Contemplé el retrato que me había atado al cuello con una cinta negra, y al contemplarlo me sonrojé; un mundo hubiera dado por atreverme a besarlo; pero no, que estaba avergonzado.

¡Oh, tierna flor!—dije oprimiéndolo entre mis manos—. ¿Y había yo de dejar que te marchitaras hasta la raíz? ¿Y habías tú de ser el culpable, oh, cruel Yorick, tú que has prometido abrigarla junto a tu pecho?

¡Fuente perenne de la felicidad!—añadí, poniéndome de hinojos—. Tú sé testigo, y contigo todos los espíritus bienaventurados que te disfrutan, de

que no iré, no, a Bruselas, como no sea acompañado de Elisa, aun cuando por allí se me abriera el camino de los cielos.

En estos transportes, a pesar del entendimiento, el corazón habla siempre demasiado.

LA CARTA

AMIENS

La Fortuna no ha querido sonreir a La Fleur: desdichado primeramente en sus hechos de caballería durante el tiempo que llevaba bajo mi servicio—casi veinticuatro horas—, no se le presentaba una sola ocasión de mostrar su celo. Aquella pobre alma ardía en impaciencia. La llegada del criado del conde de L. con la carta le pareció una ocasión propicia, y no quiso que se le escapara; con el loable propósito de honrar a su amo, se llevó al criado del conde a una sala interior de la posada, y allá le regaló con el mejor vino de Picardía. El criado del conde, no queriendo ser menos, invitó a La Fleur a que le acompañara a su hotel. La simpatía de La Fleur, que en sólo su buena presencia llevaba una recomendación, pronto le hizo popular entre los criados de la cocina; y como los franceses, a poco que tengan algún talento, nunca se hacen de rogar para lucirlo, en menos de cinco minutos ya había sacado La Fleur su pífano. Y marcando él mismo la danza, puso a bailar a la *fille de chambre*, al *maître d'hôtel*, al cocinero y al marmitón, a toda la servidum-

bre, a los perros como a los gatos y hasta a un mono veterano que formaba parte del cortejo; no se vió cocina más alegre desde los días del diluvio.

Madame de L., al pasar del departamento de su hermano al suyo, oyó aquel alegre bullicio, y llamó a su camarera para averiguar lo que sucedía. Al saber que era el criado del caballero inglés que estaba tocando la flauta y había puesto en revolución la casa, le ordenó que subiera.

Como el pobre chico no quería presentarse con las manos vacías, por la escalera fué haciendo provisión de cumplidos para madame de L., de parte de su amo, se entiende. Y tras una larga cola de solícitas preguntas sobre la interesante salud de madame de L., le dijo que su señor amo deseaba ardientemente que se restableciera de las fatigas del viaje, y finalmente que el señor acababa de recibir la carta que madama le había hecho el honor de...

—Y a su vez él me hace el honor de contestarme con otra, ¿no es así?—dijo la señora, interrumpiéndole.

Madame de L. dijo esto con tal tono de seguridad que La Fleur no se atrevió a desengañarla. Así, pues, temblando por mi honor, y quizá también por el suyo—no le tomaron a él por un hombre capaz de servir a un amo que no sabe portarse con las señoras—, contestó a madame de L.:

—¡Naturalmente! *Oh, qu'oui!*

Y dejando su sombrero en el suelo, sujetó con

la mano izquierda la faldilla de la bolsa derecha, mientras con la diestra buscaba la supuesta carta en el interior. Después hizo lo mismo con la otra bolsa...

—*Diable!*

Después hizo que buscaba en sus bolsillos, uno por uno, sin olvidar la faltriquera del pantalón:

—*Peste!*

Y entonces La Fleur se puso a vaciar en el suelo cuanto llevaba: un cuello usado, un pañuelo, un peine, una punta de látigo, un gorro de dormir. Finalmente echó un vistazo al interior del sombrero.

—*Quelle étourderie!*

Ahora mismo acababa de recordar que se había dejado la carta sobre la mesa de la posada. Iría en una carrera, y antes de tres minutos estaría de vuelta con ella.

En el momento en que acabé de cenar, La Fleur entró y me informó del caso: todo me lo contó tan simplemente como había sucedido. Y después añadió que si, *por casualidad*, se le había olvidado al señor contestar la carta de la señora, esto le daba ocasión de enmendarlo, y que si no, todo quedaría en tal estado.

La verdad es que yo no estaba muy seguro de si la etiqueta me obligaba a contestar o a no contestar. Pero, de todos modos, ni el mismo diablo hubiera tenido fuerzas para indignarse con La Fleur. Después de todo, aquella criatura bien

intencionada no había hecho más que cuidar de que yo no quedara mal. Y aun cuando pudo equivocar el camino o proporcionarme con ello alguna molestia, su intención era pura. Yo no veía muy claro la necesidad de escribir; pero el caso es que él tampoco parecía estar arrepentido de lo que había hecho.

—Muy bien hecho, La Fleur—le dije—. No me digas más.

La Fleur salió entonces del cuarto y volvió, como en un relámpago, trayéndome pluma, tinta y papel. Se acercó a la mesa, lo puso todo al alcance de mi mano, y todo con tanta placidez, que no pude menos de tomar la pluma.

Y comencé una y otra vez, y aunque no tenía yo nada que decir, ni es posible decir nada en media docena de renglones, hice media docena de comienzos distintos, y ninguno me satisfizo.

Inútil: no tenía yo humor de escribir.

La Fleur, interpretándolo a su modo, salió un instante y me trajo una poca de agua para que diluyera la tinta, y luego me proporcionó arenilla y lacre. Todo en vano; escribí, taché, rompí, quemé y comencé a escribir otra vez.

—¡Al diablo con la carta!—dije casi hablando para mí—. No puedo escribir.

Y, desesperado, arrojé la pluma. Al ver esto, La Fleur se acercó a la mesa con el aire más respetuoso del mundo, y, pidiendo mil perdones por la libertad que se tomaba, me dijo que llevaba consigo una carta redactada por un tambor de su

regimiento y dirigida a la mujer de un cabo, que, probablemente, convendría al caso.

No quise contrariar al pobre muchacho.

—Anda, deja, pues, que la vea.

La Fleur sacó al instante una carterita muy usada y atestada de cartitas y tiernos billetes amorosos, que estaba en un estado lamentable. La puso sobre la mesa, desató la cuerda que liaba el paquete, y empezó a hojear uno por uno. Al fin dió con lo que buscaba.

—*La voilà!*—exclamó dando una palmada.

La desdobló, me la puso delante y se retiró unos cuantos pasos para que la leyera yo a mi sabor.

LA CARTA

Madame: Je suis pénétré de la douleur la plus vive, et réduit en même temps au désespoir, par ce retour imprévu du caporal, qui rend nôtre entrevue de ce soir la chose du monde la plus impossible.

Mais vive la joie! El toute la mienne sera de penser à vous.

L'amour n'est rien sans sentiment.

Et le sentiment est encore moins sans amour.

On dit qu'on ne doit jamais se désespérer.

On dit aussi que monsieur le caporal monte la garde mercredi; alors ce sera mon tour.

Chacun à son tour.

En attendant, vive l'amour! et vive la bagatelle!

Je suis, madame, avec tous les sentiments les

plus respectueux et les plus tendres, tout à vous.— Jacques Rocque (1).

Ya se ve: no había más que cambiar el cabo por el conde, y suprimir lo de la guardia el miércoles próximo, y ya estaba la carta: ni buena ni mala, pero aceptable. Así, para dar gusto al pobre muchacho, que a dos pasos de mí estaba temblando por mi honor, por el suyo y por el de su carta, aproveché con todo cuidado lo principal de sus conceptos—la crema—, y, disfrazándola a mi manera, la cerré y la envié a madame de L.

Al día siguiente continuamos la caminata hacia París.

PARIS

Para el que tiene abundantes equipajes y va a todas partes asistido por media docena de lacayos y un par de cocineros, gran sitio es París; ése puede ir de acá para allá a su antojo, e instalarse donde mejor le plazca.

Pero el pobre príncipe que cuenta con escasa

---

(1) Señora: Me siento penetrado del más vivo dolor, y, al mismo tiempo, reducido a la desesperación, por el regreso imprevisto del cabo, que hace de todo punto imposible la entrevista que para esta noche teníamos concertada.

Pero qué importa: ¡viva la alegría! La mía será pensar en usted.

El amor sin sentimiento no es nada.

Menos todavía el sentimiento sin amor.

Dicen que nunca hay que desesperarse.

Dicen también que el señor cabo estará de guardia el miércoles próximo: entonces será la mía.

A todos les toca su turno.

Y entretanto, ¡viva el amor! y ¡viva la alegría!

Soy, señora, con los más respetuosos y tiernos sentimientos, de usted afectísimo, q. b. s. m., *J. R.*

caballería, y cuya infantería se reduce a un solo hombre, lo mejor que puede hacer es abandonar el campo de batalla y encerrarse en el gabinete, donde tal vez pudiera ensayar mejor fortuna. Y digo encerrarse en el gabinete, porque no es cosa de presentarse ante el mundo mal pertrechado con un cándido "*Me voici, mes enfants*".—"Heme aquí", por toda explicación.

Mis primeras impresiones, al encontrarme solo en el cuarto del hotel, fueron mucho menos gratas de lo que yo esperaba. Me acerqué a la ventana sin reparar en que mi negra casaca estaba llena de polvo, y a través de la vidriera me pareció ver una abigarrada multitud, amarilla, azul, verde, que se apresuraba en pos del placer: los viejos, con las lanzas rotas y cascos que habían perdido la visera; los jóvenes, con brillantes armaduras doradas, armados con todos los ricos plumajes que da el Oriente, todos acudían a justar como caballeros de antaño, atraídos al torneo por el ansia de amor y fama.

¡Ay, mi pobre Yorick! ¿Qué has venido tú a hacer aquí? Al primer embate, este torbellino de ruidos y colores te deja reducido a la categoría de un átomo. Busca, busca alguna callecilla tortuosa y sin salida, de esas que impiden el paso de los coches, donde jamás haya resonado una rueda ni resplandecido un farol; allí podrás solazarte en sabrosa charla con alguna tierna *griseta* o mujer de barbero, y otras frecuentaciones por el estilo.

—Pero ¿qué digo?—exclamo a esto sacando del bolsillo la carta para madame de R.—. Lo primero que tengo que hacer es buscar a esta señora.

Y le dije a La Fleur que fuera al instante por un barbero, y que de regreso me cepillara bien la casaca.

LA PELUCA

PARIS

Vino el barbero, y en cuanto vió mi peluca se negó rotundamente a arreglarla: o estaba muy por encima o muy por debajo de su arte. No pude menos de aceptar una ya hecha que él me recomendaba.

—Pero, amigo mío—observé—, me temo que estos rizos no duren mucho.

—¿Que no duran? ¡Hasta metidos en el fondo del mar!

En esta ciudad—me dije— todo es a lo grande. Las ideas de un peluquero inglés nunca habrían ido más allá de "metidos en un cubo de agua". ¡Qué diferencia! La que va del tiempo a la eternidad.

Confieso que detesto las cosas muy mesuradas, como las ideas limitadas que las inspiran. Tanto me afectan las grandes obras de la naturaleza que, a serme dable, nunca emplearía yo una metáfora menor que una montaña. Lo único que se puede objetar, en nuestro caso, a este rasgo de sublimidad francesa, es que lo gigantesco no está en el objeto, sino en las palabras tan sólo. El

océano, no cabe duda, sugiere ideas e imaginaciones enormes; pero París está tan metido en tierra que era imposible correr millas y millas a la costa para comprobar experimentalmente el aserto de mi peluquero parisiense: aquello era no decir nada.

Claro está que el cubo de agua resulta una imagen ridícula comparada con las anchuras del mar; pero el cubo de agua estaba en el cuarto próximo, y siempre hubiera sido una ventaja poder sumergir allí mismo la peluca y hacer la prueba.

De modo que, en realidad, y pensándolo más despacio, la expresión francesa promete más de lo que da.

Creo que en estas minucias, en apariencia desdeñables, se descubren los rasgos del carácter nacional mucho mejor que en las graves materias de estado; porque aquí todos los grandes hombres de todos los pueblos hablan de igual modo y dan los mismos paseítos solemnes, al punto que no daría yo un bledo por escoger entre unos y otros.

Se me hizo tan tarde entre las manos de mi peluquero, que ya ni soñar en la visita a madame R. Pero ¿qué valen las reflexiones ante el hecho de encontrarse vestido y afeitado? Tomé nota del nombre de mi hotel—Hôtel de Modène—, y me eché a la calle sin saber bien adónde iba. Ya lo pensaré en el camino.

EL PULSO

PARIS

¡Gracias os sean dadas, pequeñas y dulces cortesías de la vida, que así suavizáis las asperezas de la senda! La gracia y la belleza inspiran a primera vista un súbito amor, y vosotras abrís la puerta y dejáis entrar al extranjero.

—Señora, tenga usted la amabilidad de decirme por dónde se va a la Opera Cómica.

—De mil amores, caballero—dijo ella, interrumpiendo su labor.

Antes de atreverme a abordar a nadie, ya había yo examinado varias tiendas buscando la fisonomía que, aparentemente, era más capaz de resistir mi intrusión sin inmutarse. La señora con quien al fin me atreví, porque me pareció la más adecuada, estaba sentada en una silla de costura, en el fondo de la tienda y frente a la puerta, ajustando unas mangas de vuelo.

—*Très volontiers*—me contestó.

Dejó la labor en otra silla que tenía al lado, y levantóse con tan gracioso aire y movimiento que, si acabara yo de gastarme en su tienda cincuenta buenos luises de oro, hubiera yo podido llamarla agradecida.

Salió hasta la puerta, y señalando el rumbo con la mano:

—Vuelve usted por allí—me dijo—, primero a la izquierda; pero cuidado, *prenez garde*, porque hay dos calles casi juntas; usted hará el favor de

entrar por la segunda. A poco verá usted una iglesia, y una vez pasada, tómese la molestia de volver a mano derecha, y esa calle le llevará a usted hasta el Pont-Neuf; pasa usted el puente, y cualquiera tendrá el gusto de decirle a usted dónde está lo que busca.

Me repitió las instrucciones hasta tres veces, siempre con igual paciencia y afabilidad. Y si el tono y los ademanes tienen un sentido—que ciertamente lo tienen para quien no está sordo del alma—, puedo asegurar que aquella mujer estaba verdaderamente interesada en que no fuera yo a perderme.

No creo que su belleza me haga exagerar su cortesía, aunque era la más linda muchacha que he visto en mi vida. Sólo recuerdo que, al darle efusivamente las gracias, la miré a los ojos y repetí mis expresiones tantas veces como ella sus instrucciones.

No bien había yo andado diez pasos cuando me di cuenta de que se me había olvidado todo. Volvíme, y vi que ella seguía en la puerta de la tienda, como para cuidar de que no me equivocara. Entonces me acerqué otra vez y le pregunté si la primera vuelta era a la derecha o a la izquierda.

—Lo he olvidado completamente.

—Pero ¿es posible?—y se echó a reir.

—¡Y cómo si lo es!—dije yo—. Y más cuando se cuida uno más de la persona que de sus buenos consejos.

Esta era la verdad. Y ella la aceptó con una ligera inclinación, como aceptan siempre las mujeres algún pequeño requiebro a que se creen con derecho.

—Espere usted—me dijo entonces, poniéndome la mano en el hombro para detenerme, mientras llamaba a un muchacho que estaba en el interior de la tienda aderezando unos guantes—. Precisamente este chico tiene que ir por aquel barrio a llevar un paquete, y si tiene usted la bondad de esperarlo un poco, no tardará en salir y lo acompañará a usted.

Entré tras ella en la tienda y tomando la labor que acababa de abandonar sobre la silla, como para sentarme, me senté, en efecto, a su lado en cuanto vi que ella se sentaba en la silla baja.

—Estará listo en un momento, monsieur.

—Y este momento lo aprovecharé yo gustoso para dar a usted las gracias por sus finas atenciones. Cualquiera es capaz de tener una atención pasajera; pero una continuación ya implica todo un temperamento inclinado a la solicitud. Y si la sangre que parte del corazón es la misma que llega a las extremidades—añadí tocándola levemente en la muñeca—, usted debe de tener un pulso excelente.

—Pruebe usted—dijo ella alargándome el brazo.

Dejé a un lado el sombrero, tomé con una mano la punta de sus dedos y apliqué la otra sobre la vena de la muñeca.

¡Mi querido Eugenio! Si hubieras pasado por

allí en aquel momento me habrías visto gravemente sentado, con mi casaca negra y ocupadísimo en contar los latidos del pulso de aquella mujer, uno por uno, con tanta atención como si estuviera yo esperando la hora crítica del flujo o reflujo de la fiebre. ¡Cuánto te hubieras reído! ¡Qué cosas no hubieras dicho al verme en mi nueva profesión! Pero, créeme, yo te hubiera dejado reir y hablar a tu antojo, y sólo te hubiera hecho notar que en este mundo hay cosas peores que tomarle el pulso a una mujer.

—¡Pero Yorick!—me contestarás tú—. ¡A una *griseta!* ¡Y en una tienda donde todo el mundo puede verlo!

—Pues mira, Eugenio, mejor que mejor; porque cuando no hay nada que ocultar, no me importa que lo vea todo el mundo.

EL MARIDO

PARIS

Ya había yo contado veinte pulsaciones, ya iba cerca de las cuarenta, cuando cátate inesperadamente al marido que sale de la trastienda y me enreda los cálculos.

—No importa, es mi marido—dijo ella.

Y yo conmencé otra vez la operación.

—El señor—explicó ella—pasaba por aquí y ha tenido la bondad de tomarme el pulso.

El marido se descubrió cortésmente, y dijo que se sentía muy honrado; después se cubrió otra vez y salió de la tienda.

¡Dios mío!—pensé—. ¿Y es posible que ese hombre sea el marido de esta mujer?

Los que entiendan el por qué de mi asombro, que no se impacienten: tengo que explicarlo a los que no lo comprendan.

En Londres, el amo y el ama de una tienda son carne y hueso, y descuellan diversamente en las perfecciones del espíritu y del cuerpo, de manera de formar una pareja igual y bien avenida, como corresponde a marido y mujer.

Pero en París, difícil sería encontrar dos seres más diferentes. El poder legislativo y ejecutivo de la tienda no residen en el marido, quien poco aparece por ahí. Allá queda arrumbado, lo menos comercialmente del mundo, en los oscuros interiores de la tienda, con el gorro de noche en la cabeza y tan rudo hijo de la naturaleza como la naturaleza lo hizo.

El genio del pueblo, en un país donde la ley sálica sólo se aplica a las cuestiones monárquicas, ha cedido esta función del comercio, como muchas otras, a la mujer. De aquí que éstas, en regateo continuo con toda clase de parroquianos desde la mañana hasta la noche—como esos guijarros que, chocando entre sí, se van puliendo—, pierden poco a poco toda aspereza, y no sólo se redondean y pulen, sino que alcanzan a veces la rara tersura del diamante. El marido, en cam-

bio, es como la piedra con que tropieza el pie por la calle.

Sí, sí, no cabe duda; conviene que el hombre no esté sólo; el hombre está hecho para el trato social y la grata comunicabilidad; y prueba de ello es que con el trato la naturaleza humana se perfecciona.

—¿Y qué, cómo lo encuentra usted, monsieur?—me preguntó ella.

—Tan excelente como me lo había imaginado.

Y la miré tranquilamente a los ojos.

Ella iba a decirme alguna fineza; pero en esto apareció el chico con el paquete de guantes.

—*A propos*—dije al verlo—. Me están haciendo falta unos guantes.

LOS GUANTES

PARIS

La hermosa "griseta" se levantó al punto, y, pasando tras del mostrador, deshizo un paquete de guantes. Me acerqué a probarlos; muy grandes todos. La linda muchacha se puso a probármelos uno a uno, pero no por eso habían de cambiar de tamaño. Entonces me pidió que ensayara otro, que le parecía menor; pero, manteniéndolo ella abierto, la mano me entró de un solo golpe.

—No; éste no me va—dije moviendo la cabeza.

—No; realmente—dijo ella, haciendo lo mismo.

Hay ciertas miradas de una sutileza tan compleja, donde de tal manera se funden la locura

y la razón, la seriedad y la risa, que ni todas las lenguas de Babel podrían traducirlas. Tan instantáneamente se las lanza y se las recibe, que apenas podría saberse de cuál de los dos lados partieron. Dejo a los disertadores el explicarlo en abundantes páginas. Por ahora basta saber que aquellos guantes no me estaban bien. Ambos nos cruzamos de brazos y nos apoyamos en el mostrador. Era tan estrecho que apenas quedaba sitio entre los dos para el paquete de guantes.

La muchacha ya veía a los guantes, ya a la ventana, ya otra vez a los guantes, y ya a mí. Yo no quería romper el silencio, hice lo que ella: me puse a mirar a los guantes, a la ventana, y a la muchacha, alternativamente.

Pero me di cuenta de que con eso perdía cada vez más terreno. Ella tenía unos ojos negros, de mirada rápida, que disparaba por entre dos filas de pestañas largas y sedosas, mirada que parecía penetrarme hasta el corazón y las mismas entrañas. Yo, realmente, así lo sentía, por extraño que parezca.

—Y bien, no importa; llevaré éstos—dije, guardándome el consabido par de guantes.

Entonces pude apreciar que la linda muchacha me pedía el precio justo, al menos, sin exagerar, una libra más; y este proceder me impresionó. Yo hubiera querido que me pidiera una libra más del precio, y no hallaba cómo dárselo a entender.

—¿Cree usted, caballero—dijo ella interpretando al revés mi silencio—, que me atrevería yo a

pedir un *sou* de más a un extranjero, y sobre todo a un extranjero cuya cortesía, más que la falta de guantes, obliga a tomar lo que no le conviene y a fiarse de mí? ¿Me cree usted capaz de eso?

—¡No, a fe mía, no! Pero créame usted que si lo hiciera, más bien me daría usted un gran gusto.

Le conté el dinero en la mano y, con una reverencia más profunda de lo que hacía al caso, salí de la tienda, acompañado del mozo del paquete.

LA TRADUCCION

PARIS

En mi palco no había más que un viejo y gentil oficial francés. Tengo afición a la clase militar, no sólo porque honro a los hombres que encuentran ocasión de perfeccionar sus costumbres en un oficio que frecuentemente empeora a los malos, sino también porque en otro tiempo conocí a uno... ya no existe. Pero ¿por qué no he de salvar una página del olvido, escribiendo en ella su nombre, y diciendo al mundo que se llamaba Tobías Shandy, el más querido entre mis amigos, y cuya rara filantropía no puedo evocar, a pesar del tiempo que nos divide, sin que se me arrasen de lágrimas los ojos? En recuerdo suyo, conservo este afecto especial para todos los veteranos. Pasé dos filas de bancos y fuí a sentarme al lado del militar.

El anciano, caladas las gafas, estaba leyendo atentamente un folletito, que podía ser el libreto de la ópera. En cuanto me senté, él se quitó las gafas, las guardó en un estuche de piel, y se metió el estuche con el folleto en el bolsillo. Yo, levantándome un poco, le hice una discreta reverencia.

Traducido a lengua civilizada, el movimiento del anciano quería decir:

—He aquí que entra al palco un pobre extranjero que parece no conocer a nadie, y de seguro que a nadie conocerá, así se quede siete años entre nosotros, si nosotros nos empeñamos en conservar puestas las gafas de leer cada vez que él se nos acerque: esto equivaldría a darle en las narices con la puerta de la conversación; sería tratarle peor que a un alemán.

Si esto, en vez de pensarlo, lo hubiera dicho en voz alta, yo, en vez de inclinarme, le hubiera dicho que su bondad me obligaba mucho, y que le daba mil y mil gracias por ella.

No hay secreto más útil para progresar en el terreno de la sociabilidad que el dominio de este procedimiento de comunicación, y la pericia en comprender y devolver miradas e insinuaciones, traduciendo en palabras todo su sentido y alcance. Por mi parte, y merced a un largo hábito, lo hago ya tan sin darme cuenta que, cuando voy por una calle de Londres, traduzco, por decirlo así, todo lo que pasa, y a veces he estado en el círculo sin oír cambiar dos palabras, y me he

formulado interiormente más de veinte diálogos distintos, que sería capaz de escribir y aun jurar que eran verdaderos.

Una noche, en Milán, fuí a un concierto de Martini. Al entrar en la sala, casi tropecé con la marquesita de F., que salía precipitadamente. Tuve que dar un salto para evitar el choque y dejarla pasar. Pero ella hizo lo mismo, y para el mismo lado que yo, de modo que nuestras cabezas chocaron levemente. Entonces ella se echó al otro lado; pero yo—tan desdichado como ella—salté también para allá, y volví a obstruirle el paso, muy a pesar mío. Y vuelta a saltar los dos para acá... En fin, una escena ridiculísima. Ambos nos sonrojamos hasta la raíz del cabello. Hasta que, por fin, hice lo que debí haber hecho desde el principio: quedarme inmóvil, y entonces la marquesita pudo salir sin obstáculo. No me atreví a entrar en la sala sin ofrecerle, al menos, la reparación de detenerme un instante a verla hasta perderse en los pasillos. Ella se volvió dos veces, y después se adelantó hacia la escalera, pegándose a la pared, como para dar paso al que bajara y evitar otra escena.

—No—me dije—; no he traducido bien. La marquesita tiene derecho a mis disculpas expresas y claras, y se hace a un lado para dar lugar a que yo me le acerque.

Corrí entonces hacia ella, y le pedí perdón por la molestia que acababa de causarle, asegurándole que mi intención había sido dejarle el paso

franco. Ella me dijo que, por su parte, lo mismo había querido hacer; de modo que los dos nos dimos las gracias mutuamente. A esto, la marquesa estaba ya al término de la escalera, y viendo yo que ningún escudero se le acercaba, le rogué que me permitiera acompañarla al coche. Bajamos juntos, deteniéndonos cada tres peldaños, y comentando el concierto y nuestra aventura. Cuando ya estaba en el coche, le dije:

—Señora, le aseguro a usted que, al menos seis veces, intenté dejarla a usted salir.

—Y yo intenté dejarlo a usted entrar otras seis veces.

—Y plegue al cielo—añadí—que lo intentara usted una séptima vez.

—Con mucho gusto—dijo ella haciéndome lugar. La vida es muy breve para perder el tiempo en fórmulas. Me metí en el coche sin vacilar, y me llevó a su casa. Y del concierto, Santa Cecilia—que, sin duda, estaba presente—sabrá lo que hubo; yo, no.

Sólo debo añadir que ninguna otra relación me fué más grata durante mi estancia en Italia que ésta, debida, sin duda, a una traducción acertada.

EL ENANO

PARIS

Con excepción de una sola persona, a quien probablemente nombraré en este capítulo, no he oído de nadie que haya observado lo que, habién-

dolo observado tan pocos, con razón me sorprendió en cuanto eché la mirada sobre el patio de las butacas: fué ello la inexplicable frecuencia con que la naturaleza se entretiene en formar enanos. Se dijera que, eventualmente, no hay rincón del mundo donde no los produzca; pero en París, no parece haber término a sus entretenimientos. Allí la buena divinidad se muestra tan alegre como tiene por costumbre ser sabia.

Al salir de la Opera Cómica iba yo preocupado con esta idea y midiendo a todos los transeuntes. ¡Oh, triste comprobación! Y sobre todo cuando la estatura era pequeña, el rostro demasiado oscuro, los ojillos miserables, la nariz muy larga, los dientes prominentes y la mandíbula saliente. ¡Cuántos desdichados a quienes un triste accidente arrojaba casi de la clase humana para confundirlos en otra! Pena da escribirlo: de cada dos, uno era pigmeo. Algunos tenían cabezas raquíticas y corcovas; otros, piernas torcidas; aquéllos, la naturaleza los había detenido en el sexto o séptimo año de su crecimiento; y éste parecía enano natural y en estado de desarrollo perfecto, como hay árboles enanos que, desde los primeros rudimentos y fibras, dejan ver que no alcanzarán la talla común.

Un viajero algo médico lo explicaría como efecto de vendajes mal aplicados; un melancólico, lo achacaría a falta de aire; un viajero inquisitivo y curioso, a fin de completar el sistema, se pondría a medir las dimensiones de las casas, así

como la amplitud de las calles, y averiguaría de cuántos pies cuadrados disponen las familias pobres que comen y duermen juntas en el sexto o séptimo piso. Pero Mr. Shandy el viejo, que sobre todo tenía sus ideas, hablando una noche de estas cosas, declaraba que los niños, como otros animales, podían crecer hasta el tamaño que se quisiera, con tal de ser bien nacidos; pero que, por desgracia, los habitantes de París estaban tan amontonados que, realmente, no tenían espacio bastante para hacer a los niños.

—Porque yo no llamo "hacer" a cualquiera cosa. Lo que hacen no vale nada. Menos que nada—continuaba, acalorándose—. Porque ¿qué cosa es ver, tras de veinte o veinticinco años de tiernos cuidados y sustanciosa alimentación, que los muchachos no llegan siquiera a la altura de mi pierna?

Que era cuanto había que decir, porque míster Shandy era muy pequeño.

Como ésta no es una obra de razonamiento, expongo la solución sin analizarla, conformándome con la verdad de la observación, que puede comprobarse en todas las calles y bocacalles de París. Precisamente pasaba yo por la que conduce del Carrousel al Palais Royal, y viendo a un muchachillo que no se atrevía a saltar el arroyo, le di la mano para ayudarlo. Al volverme noté con sorpresa que tendría cerca de cuarenta años.

¡Qué más da!—pensé—; alguna alma caritativa me prestará el mismo auxilio cuando tenga yo noventa años.

Siento dentro de mí no sé qué principios cuya fuerza me inclina a compadecer a toda esa parte lisiada de la especie que carece de dimensiones o energías suficientes para abrirse paso en el mundo. No puedo soportar que se les pisotee; y así, apenas me senté junto al veterano, tuve el disgusto de ver que, precisamente debajo de mi palco, se burlaban de uno de esos desdichados.

Entre la orquesta y el primer palco hay un espacio en que se refugian toda clase de espectadores, cuando las localidades se han agotado. Aunque se está de pie como en el patio, se paga como en la orquesta. Un pobre indefenso de los que he dicho se había deslizado, quién sabe en qué artes, hasta aquel incómodo lugar. Hacía mucho calor, y el infeliz se encontraba rodeado por seres que le llevaban dos pies y medio de ventaja. El enano sufría incomodidades por todos lados; pero lo que más le incomodaba era un corpulento alemán, de cerca de siete pies, que se interponía entre él y el escenario. El pobre enano hacía lo imposible para echar una furtiva mirada a lo que hacían los actores, tratando de ver por entre el brazo del alemán y su cuerpo, ya a la izquierda, ya a la derecha; pero el alemán se mantenía inmóvil en la actitud más cuadrada y sólida que se pueda imaginar: lo mismo hubiera sido para el enano estar metido en el fondo del pozo más profundo de París. Con toda cortesía, levantó la mano y, tocando al alemán en un brazo, le explicó su desdicha. El alemán volvió la cabeza, lo miró como

Goliat a David y reasumió su actitud con la mayor grosería.

En este preciso momento estaba yo tomando rapé en la tabaquera de cuerno que me dió el monje.

—¡Oh, mi buen padre!—exclamé—. ¡Tú tan fino y dulce, tú tan hecho a sufrir y soportar todo con paciencia, con cuánta solicitud habrías dado oídos a las quejas de aquella pobre alma!

El veterano francés, viéndome alzar emocionado los ojos al hacer este apóstrofe, se tomó la libertad de preguntarme qué sucedía. Se lo expliqué en tres palabras, añadiendo que aquello era una crueldad.

El enano, en tanto, se estaba ya acalorando, y en los primeros transportes, que generalmente son irracionales, le había dicho al alemán que le iba a cortar la cola con su navaja. El alemán, mirándolo flemáticamente, le dijo que podía hacerlo, si es que alcanzaba.

Cuando el daño va acompañado del insulto, todo hombre sensible se siente arrastrado a ponerse de parte del ofendido, sea quien fuere. De buena gana habría yo saltado del palco para desfacer el entuerto. El veterano lo arregló todo con menos ruido: se inclinó un poco, y le hizo una seña al guardia, indicándole el lugar del conflicto. El guardia se abrió paso: todo estaba claro, y no hacían falta explicaciones. En un instante hizo retroceder al alemán con el mosquete, tomó por la mano al enano y lo colocó en el lugar del otro.

—¡Muy bien hecho!—dije yo, juntando las manos.

—En Inglaterra no permitirían ustedes esto—dijo el viejo militar.

—En Inglaterra, señor mío, cada cual se sienta a su gusto.

El viejo militar francés pareció querer darme una satisfacción de mis propias palabras, por si eran algo imprudentes, diciéndome:

—*Voilà un bon mot.*

Y como un *bon mot* es cosa que se aprecia siempre en París, me ofreció rapé.

LA ROSA

PARIS

Ahora era mi turno de preguntar al militar qué pasaba: de diez o doce puntos diferentes del patio comenzaron a subir voces de: "*Haut les mains, monsieur l'Abbé!* Cosa tan ininteligible para mí como para el militar lo había sido mi apóstrofe al monje.

El militar me explicó que en algún palco de arriba había un pobre abate que, por lo visto, se había metido sin darse cuenta entre un grupo de *grisetas* para ver la función.

Los del patio, al verlo, insistían en que tuviera las manos en alto durante la representación.

—Pero ¿acaso pueden sospechar que todo un eclesiástico sea capaz de convertirse en cortador de bolsas de unas pobres *grisetas?*

A esto el militar sonrió, y, cuchicheando a mi cído, me abrió una puerta del conocimiento hasta entonces ignorada por mí.

—¡Pero, Dios poderoso!—dije, palideciendo de asombro—. ¿Y es posible que un pueblo de tan refinados sentimientos sea al mismo tiempo tan procaz, tan poco consecuente consigo mismo? ¡Qué grosería!

El militar me explicó que se trataba de una burla tradicional de la Iglesia, que databa de los días en que Molière presentó su *Tartufo;* pero que, como otros residuos de las costumbres góticas, estaba ya en plena decadencia.

—Cada nación—continúo—tiene sus refinamientos y sus groserías peculiares, en que descuellan por algún tiempo y parecen todas irse turnando.

El mismo—añadió—había visitado varios países, y en todos y cada uno encontró cualidades que faltaban en los demás. En cada nación hay su pro y su contra. En todas partes hay un equilibrio entre el bien y el mal, y sólo el reconocimiento de este hecho puede libertar a la mitad del mundo de las prevenciones contrarias de la otra mitad. La ventaja de los viajes, por cuanto al *savoir vivre* se refiere, está precisamente en que permiten ver una gran cantidad de casos y costumbres, y así enseñan la tolerancia mutua.

—Y la mutua tolerancia—concluyó con insinuante cortesía—nos enseña, a su vez, la estimación mutua.

Y esto lo dijo con tal aire de buena fe y buen

sentido, que confirmó por completo la primera sospecha que tuve respecto a su carácter. Sentí hacia él una gran simpatía. Sólo me quedaba la duda de si era hacia su persona o hacia sus pensamientos, que eran exactamente los míos, con la diferencia de que yo no los hubiera expresado nunca tan bien.

Tan molesto es para el jinete como para el caballo el que tenga éste que ir levantando las asustadizas orejas ante todo lo que encuentra en el camino y que contempla por vez primera. En este punto yo soy, ni más ni menos, como los demás prójimos, y confieso honradamente que muchas palabras y muchas cosas que durante el primer mes me desconcertaban y me avergonzaban, al mes siguiente me parecían ya completamente inofensivas.

Madame de Rambouliet, a las seis semanas de relaciones más o menos, me hizo el honor de invitarme a pasear en su coche a unas dos leguas de la ciudad. Madame de Rambouliet es un dechado de corrección femenina: no creo que haya mujer más virtuosa y pura. A la vuelta, madame de Rambouliet me pidió que tirara del cordón. Le pregunté qué se le ofrecía:

—*Rien que pisser*—me contestó.

¡Oh, no te incomodes, no, gentil viajero, y deja que madame de Rambouliet p... ss... a su antojo! Y vosotras, en tanto, bellas y fantásticas ninfas, id a cortar rosas y deshojadlas en vuestro sendero, que no hizo más madame de Rambouliet.

La ayudé, pues, a bajar del coche, y si hubiera yo sido el sacerdote de la castísima Castalia, no hubiera yo mostrado un decoro más respetuoso junto a su fuente.

LA CAMARERA

PARIS

Lo que el viejo militar francés me había dicho sobre los viajes es lo mismo que Polonio dice a su hijo, y esto me hizo pensar en *Hamlet*, y *Hamlet*—claro está—en Shakespeare. De vuelta a casa, me detuve, pues, en el muelle de Conti para comprar una colección de Shakespeare. Pero el librero me dijo que no tenía ninguna.

—¡Cómo! ¿Y éste?—y tomé un ejemplar que estaba sobre el mostrador.

El librero me explicó que se lo habían enviado para encuadernarlo, y que por la mañana tenía que devolverlo a Versalles, al conde de B.

—Pero ¿el conde de B lee a Shakespeare?

—Sí; es un *esprit fort*. Es aficionado a los libros ingleses. Y lo que más le honra, monsieur; también es muy aficionado al trato de los ingleses.

—Es usted tan amable—dije yo—, que no puede uno menos de gastarse un luis de oro en su librería.

Inclinóse el librero cortésmente, y algo iba a decir, cuando entró en la librería una muchacha de unos veinte años, muy bien puesta, al pare-

cer camarera de alguna dama elegante, preguntando por una obra llamada *Les Egarements du Coeur et de l'Esprit.* El librero se la proporcionó al instante. Ella sacó una bolsita de satín verde, atada con una cinta del mismo color, y, metiendo el índice y el pulgar delicadamente, extrajo unas monedas y pagó. Como ya nada me retenía en la librería, salimos los dos al mismo tiempo.

—Hija mía—le dije—. ¿Qué va usted a hacer con *Las distracciones del Corazón*, si apenas sabrá usted bien dónde lo tiene, ni estará usted segura de ello hasta que el amor no se lo diga, o hasta que no sufra los desdenes de algún pastor desleal?

—¡Dios me libre!

—Sí, en efecto; porque si, como sospecho, tiene usted buen corazón, sería una lástima que se lo robaran. El corazón es un pequeño tesoro, y puede usted creer que su buen corazón le adorna más esa carita que si la llevara usted cargada de perlas.

La muchacha me escuchó con respetuosa atención. Tenía en la mano la bolsita suspendida por la cinta.

—Es muy pequeña—dije palpándola, y ella me la acercó al instante—. Y tiene muy poco—añadí—. Pero el cielo la colmará si es usted tan buena como hermosa.

En tanto, yo conservaba en la mano dos coronas con que me proponía pagar el Shakespeare.

Y como la muchacha me había abandonado la bolsa, metí en ella una de las monedas. Después la até y se la devolví.

La muchacha me hizo una reverencia más humilde que profunda: una de esas reverencias casi imperceptibles; pero llenas de gratitud, en que se dijera que el espíritu se inclina y que el cuerpo no hace más que contarlo. En mi vida di una corona a una chica que me haya procurado la mitad del gusto que esta dádiva me proporcionó.

—Hija mía, mi consejo no valdría nada para usted si no le añadiera yo este presente; pero ahora que lleva usted allí una corona, es posible que lo recuerde. Oigalo usted, pues: no la gaste en cintajos.

—Caballero—dijo la muchacha con mucho calor—, le doy a usted mi palabra de que no lo haré.

Y al decir esto, como es costumbre en los pequeños compromisos de honor, me dió la mano. Después añadió:

—*En vérité, monsieur, je mettrai cet argent à part.*

Un compromiso de virtud entre hombre y mujer santifica hasta sus pasos más secretos. Así, aunque ya había oscurecido, como llevábamos el mismo camino, seguimos juntos a lo largo del muelle de Conti.

Cuando nos pusimos a andar me hizo otra pequeña reverencia, y antes de haber hecho veinte yardas desde la puerta de la librería, se detuvo

un poco, temiendo haberse quedado corta, para reiterarme su agradecimiento.

Yo le dije que aquello no era más que un pequeño tributo que yo me consideraba en la obligación de pagar a la virtud, y que por nada del mundo querría ni creía haberme equivocado en la persona.

—La inocencia, hija mía, se lee en su cara. ¡Maldición al que intentase armar una trampa a la inocencia!

La muchacha se conmovió un poco, suspiró profundamente. Yo no me juzgué autorizado para preguntar el por qué, y no pronuncié una palabra hasta que llegamos a la esquina de la calle de Nevers, donde habíamos de separarnos.

—Dígame, hija mía, ¿por aquí voy bien para el hotel de Modène?

Me dijo que sí; pero que también podía ir por la calle de Guénégaud, que era la próxima.

—Entonces prefiero la calle de Guénégaud por dos razones: la primera, porque sí, y la segunda, porque así la protegeré a usted con mi compañía tan lejos como me sea posible.

La muchacha se manifestó muy impresionada de mi cortesía, y añadió que lamentaba que mi hotel no estuviera en la calle de Saint-Pierre.

—¿Vive usted allí?

Me dijo que era camarera de madame de R.

—¡Dios mío! Precisamente para esa señora traigo yo una carta de Amiens.

La muchacha me dijo que, en efecto, tenía en-

tendido que madame de R. esperaba con impaciencia la visita de un extranjero que había de llevarle una carta. Yo le encargué que presentara mis respetos a madame de R. y le anunciara mi visita para la mañana siguiente.

Entretanto, estábamos parados en la esquina de la calle de Nevers, porque la chica se había detenido para guardar *Les Egarements du Coeur*, etcétera, que hasta aquí había llevado en la mano. La obra tenía dos volúmenes. Mientras guardaba en la bolsa el primero, yo le tuve el segundo, y después abrió la bolsa y yo metí cuidadosamente el segundo.

Dulce es considerar por cuán insospechados caminos proceden las corrientes de nuestro afecto.

Echamos a andar otra vez, y a los tres pasos la muchacha me tomó por el brazo, al mismo tiempo que yo se lo iba a ofrecer; pero ella lo hizo espontáneamente, con toda sencillez y sin pensar en que me veía por vez primera. En cuanto a mí, sentí de pronto y con tal imperio eso que se llama la fuerza de la sangre, que no pude menos de mirarla de soslayo, buscándole algún parecido de familia.

Después de todo—me dije—, ¿no somos todos hermanos?

Al llegar a la esquina de la calle de Guénégaud, me detuve para decirle adiós resueltamente. La muchacha volvió a darme las gracias por mi compañía y mis bondades. Dos veces me dijo adiós. Dos veces le contesté. Y tan afectuo-

sa fué nuestra despedida, que, a haber estado en otra parte, probablemente la hubiera yo sellado con un beso de caridad, santo y cálido como el de un apóstol.

Pero como en París sólo se besan los hombres, en vez de darle el soñado beso me limité a decirle algo que valía por el beso:

—¡Que Dios te bendiga!

EL PASAPORTE

PARIS

En el Hotel me dijo La Fleur que el teniente de Policía había venido a buscarme.

—¡Al diablo con él! Ya sé, ya sé lo que me quiere.

Y ya es tiempo de que lo sepa el lector, porque lo omití en el lugar en que aconteció; no por olvido, sino pensando en que, de ponerlo allá, se me hubiera olvidado aquí, que es donde más conviene. Yo salí de Londres con tanta precipitación, que ni me acordé de que estábamos en guerra con Francia; y ya estaba en Dover, y ya había visto con el anteojo las colinas que están más allá de Boloña, cuando se me ocurrió pensar en ello; y con esto, me acordé también de que no me dejarían entrar sin pasaporte. Una vez al fin de la calle, yo no soporto la idea de volverme sin haber visto nada. Aquel era uno de los esfuerzos más grandes que en mi vida he hecho por simple amor al conocimiento; de suerte que renun-

ciar me resultaba muy duro. Oí decir que el conde de X. había alquilado el paquebote, y le pedí que me admitiera en su séquito. El conde me conocía un poco, de modo que apenas opuso algún pequeño reparo, y sólo me advirtió que me serviría con el mayor gusto hasta llegar a Calais; pero nada más, porque él tenía que ir de allí a Bruselas, y de Bruselas a París. Pero me explicó que, una vez en Calais, podría meterme hasta París sin encontrar obstáculo, aunque ya en París sería necesario valerme de amistades e influencias para mi seguridad.

—Llegue yo a París, señor conde, y ya me las arreglaré.

Me embarqué, pues, y no volví a acordarme más del asunto.

Cuando La Fleur me dijo que el teniente de Policía preguntaba por mí, todo lo recordé al instante. Y apenas había hablado La Fleur, cuando se presentó también el amo del hotel para decirme lo mismo, añadiendo que el teniente preguntaba particularmente por mi pasaporte, y que él se había limitado a decirle que suponía que yo lo tendría en regla.

—No por cierto—le dije.

Al oír esto, el hotelero retrocedió unos pasos como si huyera de un apestado; y el pobre La Fleur se adelantó unos pasos, con ese movimiento propio del alma caritativa que acude al socorro del desdichado. Con sólo eso ganó todo mi corazón, y en ese simple rasgo conocí tan per-

fectamente su carácter y me inspiró tanta confianza como si me hubiera servido fielmente durante muchos años.

—*Mon seigneur!*—exclamó el hotelero.

Pero al momento volvió en sí, y, cambiando de tono, dijo:

—Si monsieur no tiene pasaporte, no le faltarán amigos en París que se lo procuren.

—No tengo uno solo que yo sepa—añadí con aire de indiferencia.

—Pues entonces, *certes*, le enviarán a usted a la Bastilla o al Chatelet, *au moins*.

—¡Oh, no! El rey de Francia es una excelente persona; no se atreve a molestar a nadie.

—Con todo, mañana mismo por la mañana pueden mandarle a usted a la Bastilla.

—Eso no; yo he alquilado este cuarto para un mes, y no lo dejaré antes del plazo por todos los reyes de Francia que hay en el mundo.

La Fleur me dijo al oído que nadie podía contrariar al rey de Francia.

—*Pardi!*—dijo el huésped—. *Ces messieurs anglois sont des gens très extraordinaires!* ¡Demonio con estos ingleses!

Y echó un voto y se fué gruñendo.

EL PASAPORTE

EL HOTEL DE PARIS

Si yo había mostrado tanta indiferencia y seguridad, es que no me atreví a torturar a La

Fleur con un serio examen de aquel embarazoso negocio. Y para hacerle entender que me importaba un comino, fingí olvidarme del asunto. Mientras me servía la cena, esforcéme por hablarle con más alegría que de costumbre sobre París y la Opera Cómica.

Resultó que también La Fleur había ido, y me había seguido por la calle, hasta llegar a la librería; pero viéndome salir con la *fille de chambre* y avanzar con ella por el muelle de Conti, La Fleur consideró inútil dar un paso más en mi seguimiento; meditó un poco, y tomó para el hotel por el camino más corto, y allí le informaron de la requisición policíaca.

En cuanto el honrado muchacho me dejó solo y se fué a cenar, me puse a pensar seriamente en mi situación.

Y en este punto, querido Eugenio, adivino que vas a sonreir recordando la última conversación que tuvimos en el momento de mi partida. Quiero contarla aquí:

Eugenio, sabiendo que en dinero como en juicio no acostumbro andar muy holgado, me llamó aparte para preguntarme cuánto llevaba. Cuando se lo dije, Eugenio movió la cabeza y me aseguró que no bastaba. Y abrió su bolsa para vaciarla en la mía.

—Pero Eugenio, te lo digo en conciencia: llevo bastante.

—No, Yorick, no es bastante, créeme. Yo conozco Francia e Italia mejor que tú.

—¿Pero no consideras, Eugenio—alegué rehusando su oferta—, que antes de tres días de estar en París ya habré dicho o hecho algo que acredite mi reclusión en la Bastilla, y que en tal caso viviré por lo menos un par de meses a expensas de S. M. el rey de Francia?

—Mil perdones, chico—me dijo Eugenio secamente—. Me olvidaba de ese recurso.

Y ahora el recurso tan humorísticamente proyectado se me convertía en gravísima realidad.

Yo no sé qué locura padezco, o qué pereza o filosofía o terquedad, o lo que fuere: el caso es que, en cuanto La Fleur me dejó sólo con mis reflexiones, yo no podía pensar en el caso, sino en el mismo tono en que lo había tratado con el amigo Eugenio.

—Después de todo, La Bastilla, ¿qué? La palabra es la que da miedo. Dígase lo que se quiera, la Bastilla no es más que el nombre con que se designa una torre; y una torre es el nombre que se da a una casa de donde no se puede salir. ¡El cielo sea, pues, con los gotosos! Porque éstos se encuentran encerrados en casa dos veces al año. Con nueve libras al día, y pluma y tinta y papel y paciencia, aunque no pueda uno salir, puede encontrarse bastante bien, al menos por un mes y hasta seis semanas. Y al cabo de este tiempo, si no es uno un ente dañoso, su inocencia acaba por triunfar, y sale uno del encierro mejor y más sabio que antes.

Pensando en esto, me bajé al patio, no sé para

qué, y aun me acuerdo de que iba yo bajando la escalera orgullosísimo de mis reflexiones.

—¡Mal haya el pincel sombrío que se complace en destacar con mortales colores los aspectos tristes de la vida!—me decía yo jactanciosamente—. La mente se aterroriza ante los objetos de espanto cuya magnitud ella misma ha exagerado y cuyos tintes ella misma ha ennegrecido. Pero redúzcanse estos a sus proporciones y calidad verdaderas, y resultan desdeñables. Verdad es—continué rectificándome un poco—que la Bastilla no es precisamente un obstáculo desdeñable; pero si le quitamos sus torres, llenamos sus fosos, desguarnecemos sus puertas y la reducimos a un simple lugar de refugio, y suponemos que algún quebranto de la salud nos obliga a permanecer en ella, y no la voluntad tiránica de los hombres, el mal se desvanece, y lo que de él queda se puede sufrir sin una queja.

De pronto interrumpió los deleites lógicos de mi soliloquio una voz que me pareció la de un niño que se quejaba precisamente de que "no podía salir". Busqué arriba y abajo con la mirada, y no viendo a hombre, niño, ni mujer, continué hacia el patio sin hacer caso.

Pero al volver del patio, y en el mismo sitio de la escalera, me pareció oír las mismas voces repetidas dos veces. Alcé los ojos, y descubrí un estornino colgado en una jaula que no hacía más que gritar:

—¡No puedo salir! ¡No puedo salir!

Me puse a contemplar el pájaro, y vi que, cuando alguien pasaba por la escalera, el pájaro volaba del mismo lado y recomenzaba los lamentos de su cautiverio:

—¡No puedo salir!

—¡Pobrecillo! Pues yo te voy a dejar salir, cueste lo que cueste.

Y volví la jaula, para abrir la puerta que daba sobre la pared. Pero la puerta estaba sujeta y tejida con alambres tan fuertes, que para abrirla había que despedazar la jaula. Me puse a la obra con ambas manos.

El pájaro acudió al sitio por donde trataba yo de abrir la brecha, y metiendo la cabeza por entre la reja, se apretaba con impaciencia.

—¡Me temo que no voy a poder libertarte, pobre criatura!

—No—me contestó el estornino—. ¡No puedo salir! ¡No puedo salir!

¡Ay! Nunca he padecido como entonces. Jamás incidente alguno me ha vuelto con más eficacia al sentido de la vida, en medio de las sofisterías de mi razón. Aunque el ave hablaba de un modo mecánico, con tal tono de naturalidad profería las tremendas palabras, que al punto echaron por tierra mis razonamientos sistemáticos sobre la insignificancia de la Bastilla. Y subí lentamente, desdiciéndome de cuanto dijera a la bajada.

—Por mucho que te disfraces—dije—, eres la Esclavitud, la amarga copa de la Esclavitud. Y

aunque, en todo tiempo, millares de hombres hayan nacido destinados a apurarte, no eres por eso menos amarga.

Y, apostrofando después a la Libertad:

—Eres tú, eres tú, tres veces grata y gloriosa divinidad, a quien todos reverencian en secreto o en público; eres tú la única que sabe a delicias, y así será siempre mientras la naturaleza sea naturaleza. Las manchas de las palabras no pueden manchar tu níveo manto; no hay poder químico que cambie en odioso hierro tu cetro. El pastor que te disfruta, sonriente y alimentado de duras cortezas, es más dichoso que los monarcas, de cuyos palacios te han desterrado. ¡Cielos!—añadí cayendo de hinojos sobre el penúltimo escalón—. ¡Cielos, dispensadores de todo bien: dadme solamente salud, y sólo a esta diosa por compañera; y que lluevan mitras, si ello place a la Providencia divina, sobre las vanas cabezas que las ambicionan!

EL CAUTIVO

PARIS

Ya en mi cuarto, me perseguía el recuerdo del pájaro enjaulado; me senté junto a la mesa, recliné la frente en la mano y comencé a imaginar las miserias de la prisión. El estado de mi ánimo se prestaba, y di suelta a mis tristes imaginaciones.

Iba a comenzar evocando los millones de próji-

mos que reciben la esclavitud por herencia; pero advirtiendo que esta pintura, aunque muy conmovedora, me resultaba algo distante de mi caso y más bien me distraía, perdiéndome entre las innumerable masas de infortunados, preferí escoger a un solo esclavo, lo encerré en su cárcel, y me asomé después hacia la penumbra de sus rejas para sacar una pintura del cuadro.

Y consideré su cuerpo medio agotado por la larga espera y el encierro, y sentí en mi corazón esa angustiosa enfermedad de la esperanza eternamente aplazada. Viéndole de más cerca, advertí su palidez y su fiebre: durante treinta años, el viento del Occidente no había refrescado su sangre. Durante todo ese tiempo no había visto el sol, ni la luna; ni a través de sus rejas le había sido dable oír la voz de ningún amigo o pariente. Sus hijos...

Pero aquí mi corazón empezó a manar sangre, y me vi obligado a saltar a otros aspectos del cuadro.

El pobre hombre yacía sobre un jergón, sentado en el suelo en el rincón más lejano del calabozo, que era, alternativamente, su silla y su lecho. A su lado había una especie de calendario, hecho con palitos, donde practicaba una muesca por cada triste día de encierro. En la mano tenía uno de los palos, y con un clavo mohoso estaba añadiendo otro día más a los muchos que ya llevaba. Como mi cuerpo obstruía la escasa luz de la estancia, alzó los desconsolados ojos ha-

cia la puerta, después los bajó, movió tristemente la cabeza y continuó su obra dolorosa. Se oyó el ruido de las cadenas que sujetaban sus piernas cuando se volvió para dejar el palillo junto al montón. Suspiró después profundamente. Me pareció que el hierro mismo penetraba en su alma. Me eché a llorar. No pude soportar aquel cuadro de prisión que yo mismo había fabricado. Me levanté de la silla, llamé a La Fleur. Le pedí que me tuviera un coche para el día siguiente a las nueve de la mañana. No hay más remedio: de aquí me voy derecho a ver al señor duque de Choiseul.

La Fleur hubiera querido ayudarme a acostar. Pero para evitar que la huella de mis lágrimas lo entristeciera, le dije que me las arreglaría yo sólo y que él también podía irse a acostar.

EL ESTORNINO

CAMINO DE VERSALLES

A la hora fijada entraba yo en el coche. La Fleur saltó junto al cochero y le dijo que arreara para Versalles por el camino más corto.

Como no hubo nada en el camino, o mejor dicho, nada de lo que yo busco en los viajes, lo mejor para llenar este hueco será contaros una historieta sobre el mismo pájaro de que hemos tratado en el capítulo precedente.

Un día que el honorable Mr. Y. esperaba que se alzara el viento para salir de Dover, un mu-

chacho inglés, criado suyo, cogió al dicho estornino sobre las rocas de la playa antes de que pudiera escapar. Sin fijarse en que podía maltratarlo, se lo guardó en el seno y se lo trajo al paquebote. Lo alimentó, lo cuidó, acabó por enamorarse de él, y lo trajo muy hermoso a París.

En París se gastó una libra en comprarle una jaulita, y no teniendo mejor cosa que hacer durante los cinco meses que su amo residió en la ciudad, se entretuvo en enseñarle, en la lengua de su madre, aquellas tres únicas palabras que de tal socorro me fueron.

Cuando su amo se fué para Italia, el chico le regaló el estornino al dueño del hotel. Pero como su diminuta plegaria de libertad estaba en lengua extranjera, se hacía de él poco o ningún caso. La Fleur lo adquirió para mí, con jaula y todo, a cambio de una botella de Borgoña.

A mi regreso de Italia, lo traje conmigo a la tierra donde se hablaba su lengua; y habiéndole contado la historia a lord A., lord A. me pidió que se lo obsequiara. Antes de una semana, lord A. se lo dió a lord B. Lord B. se lo dió a lord C. El escudero de lord C. se lo vendió por un chelín al de lord D. Lord D. se lo dió a lord E.; y así siguió el estornino de mano en mano hasta recorrer medio alfabeto. Después pasó de la Cámara de los Lores a la de los Comunes, donde tuvo muchos dueños. Pero como lo que quieren los comunes es "entrar", y lo que quería el pá-

jaro era "salir", fué casi tan desdeñado en Londres como lo había sido en París.

No me parece imposible que algunos lectores hayan oído hablar de él; y si alguno lo ha visto por casualidad, le suplico que haga saber que ese estornino fué mi estornino, o algún vil ejemplar sustituído al ejemplar legítimo.

Nada más puedo decir de él sino que lo llevo desde entonces, como cimera de mis armas, en esta forma:



Y ahora, que los reyes de armas le tuerzan el cuello si se atreven.

EL MEMORIAL

VERSALLES

Cuando me dispongo a implorar la ajena protección, me siento tan humillado que no quisiera que mi enemigo sospechara lo que pasa en mi interior. Por eso, generalmente, procuro valerme solo. Si ahora acudía yo al señor duque de Choiseul era bajo el imperio de la dura ne-

cesidad. Que a haber sido cosa voluntaria, yo habría hecho lo que cualquier hijo de vecino.

Por la carretera, mi servil corazón estuvo fraguando mil súplicas, por cada una de las cuales hubiera yo merecido cien años de Bastilla.

Pero, a la vista de Versalles, todo se me confundió, y ya no hacía yo más que poner y componer frases y preparar el tono y la actitud convenientes para insinuarme en los favores del duque: "Esto encajará muy bien; así, así." Y, a poco, desconfiado: "¡Sí, precioso; como si quisiera cortale una casaca desde lejos y sin tomar medidas! ¡Loco de mí! Esperemos, por lo menos, a verle la cara, las trazas, a ver de qué modo nos escucha, a ver cómo habla y cómo se mueve. En cuanto al tono conveniente, dependerá del que él mismo emplee. Y así, juntando las observaciones sobre su persona, podremos componer, allí mismo y a última hora, el discurso oportuno, sin riesgo de disgustarlo; porque el discurso, compuesto con los mismos ingredientes que él proporcione, no podrá menos de sentarle muy bien."

"¡Ay! ¡Cuánto daría por haber salido del paso! ¡Si seré cobarde! Como si en toda la superficie terrestre un hombre no fuera el igual de otro hombre. Si así es en el campo de batalla, ¿por qué no lo había de ser dentro de una sala? Y créeme, Yorick, el hombre que tal olvida se falta a sí mismo, y por cada flaqueo de su naturaleza pierde como si flaqueara diez veces. Adelántate al señor duque con el temor de la Basti-

ha pintado en los rasgos... Que me maten si no estás de vuelta en París antes de media hora, acompañado de un escolta de honor."

"—Sí, lo creo—me contesté—. ¡Sí, qué demonio! Yo sabré presentarme al duque con la mayor gracia y afabilidad del mundo."

"—Pues te equivocarás mucho—me objeté—. Una conciencia tranquila nunca se manifiesta extremosamente; siempre se mantiene en el justo centro. Bueno, basta ya (en este momento el coche gira y atraviesa las puertas). Yo sé que sabré salír del paso."

El coche dió la vuelta al patio y me trajo frente a una puerta. Tanto me aprovechó la lección que acababa de darme yo mismo, que subí la escalinata, no como una víctima que va hacia el verdugo y sabe que le espera arriba la muerte, ni tampoco con esos saltos y trancos con que acostumbro volar a tu encuentro, ¡oh, Elisa mía!, sino con mesurado continente.

Crucé la puerta del salón, y salió a mi encuentro un personaje, que bien pudiera ser el *maître d'hôtel*, pero que también tenía aspecto de secretario de ínfima clase. Este me dijo que el señor duque estaba muy ocupado.

—No tengo la menor idea—le expliqué—de la forma en que se debe solicitar una audiencia, porque soy extranjero recién venido, y lo que es peor en el caso, soy inglés.

El me aseguró que esto no empeoraba el caso en manera alguna. Se lo agradecí con un ade-

mán, y le dije que tenía que comunicar al duque cierto negocio de importancia. El secretario pareció buscar con la mirada a alguien para que llevara el recado al duque.

—Pero—añadí lealmente—no debo engañarlo a usted: el negocio que digo es muy importante para mí, no para el señor duque.

—*C'est une autre affaire*—exclamó él.

—¡Ah, no! Para un hombre cortés, lo mismo es lo uno que lo otro. Pero dígame usted, señor mío, lo que debe hacer un extranjero para tener acceso al señor duque.

—Esperar, no menos de dos horas—contestó consultando su reloj.

Y, en efecto, el número de coches que había en el patio parecía confirmar sus cálculos. ¿Qué hacer? Pasear en el salón sin tener con quién cambiar una palabra era como estar en la Bastilla. Volví al coche y di las señas del Cordon-Bleu, el hotel más próximo.

Creo que es cosa de fatalidad: nunca llego adonde me propongo.

EL PASTELERO

VERSALLES

A poco andar, cambié de intenciones. "Puesto que en Versalles estoy, ¿no sería mejor dar un vistazo a la ciudad" Tiré del cordón y dije al cochero que me llevara por alguna de las calles céntricas.

—Supongo que la ciudad no será muy grande.

El cochero me pidió perdón por tener que rectificarme; la ciudad era soberbia, y en ella vivían los primeros títulos, duques, marqueses y condes, y tenía muchísimos hoteles. Esto me hizo acordarme del conde de B., de quien me hablara el librero del muelle de Conti. "¿Y por qué no presentarme al conde de B., que tenía tan alta idea de los libros y de los hombres ingleses, y contarle lo que me pasaba?" Cambié por segunda vez de plan. Mejor dicho, por tercera; porque la primera idea había sido visitar a madame de R., calle de St. Pierre, y aun le había mandado anunciar la visita con su encantadora *fille de chambre*. Cómo ha de ser: soy juguete de las circunstancias; yo no dispongo de los acontecimientos. Viendo en esto, al otro lado de la calle, a un hombre con un cesto, que parecía vendedor, le dije a La Fleur que le preguntara por el hotel del Conde.

La Fleur volvió muy conmovido, y me dijo que aquel hombre era un Caballero de San Luis que vendía pasteles.

—¡Imposible, La Fleur!

A La Fleur mismo le parecía imposible; pero lo había visto: había visto la cruz de oro y la cinta roja en la solapa, y también había visto los pastelillos en el cesto. No quedaba la menor duda.

Ante semejantes reveses de la vida humana, no sólo se excita nuestra curiosidad, sino otro sentimiento más noble. No pude menos de consi-

derar atentamente a aquel hombre desde el asiento de mi coche. Y más lo miraba a él, a su cruz, a su cesto de pasteles, y más se confundían en mi espíritu aquellas imágenes. Al fin, salí del coche y me acerqué a él.

Llevaba el hombre un delantal blanco hasta más abajo de las rodillas, con un como babero en el pecho. Casi en el ribete de éste, colgaba la cruz. El cesto de pasteles estaba cubierto con blanca tela de damasco, y otra había en el fondo del cesto. Todo él respiraba aseo y limpieza; y esto, tanto como el apetito, inclinaba a comprarle.

El no ofrecía sus pasteles a nadie. Permanecía inmóvil, junto a la esquina, esperando que le comprara el que buenamente quisiera.

Tendría hasta cuarenta y ocho años y un rostro tranquilo y casi grave, lo cual no era extraño en todo un Caballero de San Luis arruinado. Me acerqué, más que a él, al cesto; levanté la tela, tomé un pastelillo, y le pregunté, lo mejor que pude, qué misterio era aquél.

En pocas palabras me dijo que había pasado lo mejor de su vida en el servicio, y que, tras de haber gastado su pequeño patrimonio, había obtenido el mando de una compañía y la imposición de la cruz. Pero que, al firmarse la paz, todo su regimiento había sido reformado, y todo el Cuerpo, con los de algunos otros regimientos, se quedó sin provisiones. El se encontró solo y sin amigos en el mundo, sin una libra, y sin nada más que "aquello" (y señalaba la cruz). ¡Pobre

Caballero! ¡Cuánta piedad me infundió, y, finalmente, cuánta y cuán honda estimación sentí por él cuando acabó de contarme su historia!

El rey era el más generoso príncipe de la tierra, decía el Caballero; pero su generosidad no bastaba para aliviar o recompensar a todos y a cada uno, y su mala suerte había querido que él fuera uno de los olvidados. Me dijo que tenía una mujercita, a quien amaba mucho, y que era ella la que hacía los pasteles. Y añadió que no se consideraba deshonrado por saber ganarse la vida para ambos, mientras la Providencia no le proporcionaba mejor cosa.

Sería una infamia el privaros del placer de oír lo que pasó con este buen Caballero de San Luis unos nueve meses después de la anterior escena.

Parece que él solía apostarse siempre junto a las rejas que están frente al palacio, y que muchos habían reparado ya en su cruz, y muchos le habían interrogado lo mismo que yo. El siempre contaba la misma historia, y siempre con igual modestia y buen sentido. Al fin llegó a los oídos del rey. Informado éste de que el Caballero había sido un gallardo oficial, respetado y querido por todo el regimiento como hombre de honor y muy íntegro, le hizo abandonar su pequeño comercio y le dió una pensión de quince mil libras al año.

Como esto sólo lo he contado para agradar al lector, tengo derecho a que se me consienta otra anécdota para mi propio deleite, aunque nada

tenga que ver aquí. Las dos anécdotas parecen reflejarse la una en la otra, y sería una lástima descabalar la pareja.

LA ESPADA

RENNES

Sabido es que hasta los imperios y estados más poderosos tienen épocas de decadencia en que prueban todas las pobrezas y aflicciones. No me detendré, pues, a explicar las causas que, gradualmente, redujeron a la más completa ruina la casa de los E., en Bretaña. El marqués de E. había luchado con firmeza contra las adversidades de la suerte, deseoso de preservar los últimos restos de la grandeza de sus mayores; pero sus imprudencias acabaron con todo. Apenas le quedó lo necesario para un oscuro pasar. Pero tenía dos hijos, que parecían pedirle una vida brillante, y él quiso conquistársela. En vano apelar a la espada: la espada no le servía para abrirse campo. Los gastos de la condición militar eran excesivos, y no era posible hacer economías. No le quedaba, pues, más recurso que dedicarse al comercio.

En cualquier otra provincia francesa, que no fuera Bretaña, esto hubiera equivalido a destruir por la raíz el tierno arbolillo que su orgullo y su amor querían ver florecer de nuevo. Pero en Bretaña el caso estaba previsto por la ley, y el marqués supo aprovechar la situación. Una vez que se habían reunido en Rennes los Estados, el mar-

qués, acompañado de sus dos hijos, entró en la corte. Alegó cierto antiguo privilegio del ducado, que aunque ya insólito, no había perdido fuerza de ley, y se quitó la espada del cinto.

—Hela ahí—dijo—. Tomadla. Sed fieles guardianes de la espada, hasta tanto que la fortuna no me ponga en estado de servirla con honra.

El presidente recibió la espada del marqués. Este esperó un rato a ver que la depositaran en los archivos de su casa, y después se fué.

Al día siguiente, el marqués se embarcó con toda su familia para la Martinica, y tras unos veinte años de laboriosa aplicación a los negocios, y algunos legados que recibió de las ramas distantes de la familia, pudo volver a su patria para reclamar y mantener su nobleza.

Por una verdadera y feliz casualidad, de esas que sólo se presentan a los viajeros sentimentales, yo me encontraba en Rennes el día de esta solemne requisición. Y digo solemne, porque lo fué para mí sin duda alguna.

El marqués compareció ante la corte rodeado de su familia. El llevaba a su esposa; su hijo mayor llevaba a la hermana, y el menor, en el otro extremo, venía a quedar cerca de su madre. Dos veces tuvo que llevar el marqués el pañuelo a los ojos.

Había un silencio mortal. El marqués se adelantó hacia el tribunal, dejando a la marquesa en manos de su hijo menor. Después dió tres pasos, y reclamó su espada. Se la entregaron. Ape-

nas la hubo recibido, casi la desenvainó entera: quería ver el rostro brillante del amigo ausente por tanto tiempo. La examinó con atención, comenzando en el puño, como para verificar la identidad. Hacia la punta reparó en una mancha de orín que se había formado; la acercó a sus ojos, y creo que sobre aquel mismo sitio cayó una lágrima. No; no me engaño. Y la prueba de ello es que entonces dijo:

—Ya la limpiaré con otra cosa.

Después la volvió a la vaina, se inclinó respetuosamente ante los guardianes de su acero, y salió acompañado de su mujer e hija, y tras ellos los dos varones.

¡Quién hubiera estado en su lugar, y sentido lo que él sintiera!

EL PASAPORTE

VERSALLES

No tuve el menor trabajo en ser recibido por el señor conde de B. Sobre su mesa estaba la colección de obras de Shakespeare, que el conde se entretenía en hojear. Yo me adelanté hacia la mesa, y dirigí a los libros una mirada significativa, como para hacerle comprender que no me eran desconocidos. Le dije que había venido sin que nadie me presentara, seguro de encontrar en su casa un amigo que me valiera.

—Mi paisano, el gran Shakespeare—añadí señalando los libros.

Y después, como dirigiéndome a la gran sombra, añadí:

—*Ayez la bonté, mon cher ami, de me faire cet honneur-là.*

El conde rió de buena gana ante esta presentación tan singular. Y después, notando que yo estaba algo pálido y conmovido, insistió en que me sentara en un sillón. Así lo hice. Y para evitar que se equivocara sobre los fines de una visita tan extraordinaria, le conté lo que me había pasado en la librería, y cómo las palabras del librero me habían decidido a acudir a él en aquel trance, antes que a ningún otro compatriota suyo.

—¿Y qué trance es ése? Que yo lo sepa.

Y le conté lo que me pasaba, tal como se lo he contado al lector.

—Y el dueño de mi hotel, señor conde—concluí—, se empeña en que me van a encerrar en la Bastilla sin remedio. No es que yo lo tema, porque sé que estoy en manos del pueblo más cortés de la tierra, y porque, convencidos de que soy hombre de fiar y no un espía que pretende descubrir las desnudeces de la nación, estoy seguro de que nada me harían. Yo sé de sobra, señor conde, que el perjudicar al débil no es propio de la generosidad francesa.

El conde de B. se puso visiblemente rojo, y me dijo:

—*Ne craignez rien.*

—¡Oh, no, señor! Si no temo nada.

Y añadí humorísticamente:

—Figúrese usted que durante todo el camino de Londres a París me he venido riendo, y no creo que el señor duque de Choiseul sea tan enemigo de la alegría que me mande de regreso lamentando mis penas. Y precisamente he querido dirigirme al señor conde de B.—y aquí una reverencia profunda—para pedirle que interceda ante el señor duque en este sentido.

Yo no hubiera dicho ni la mitad de lo que dije a no darme cuenta de la benevolencia con que el señor conde me escuchaba. Una o dos veces le oí comentar:

—*C'est bien dit.*

No quise, pues, echarlo a perder, agregando una palabra más. Hablamos de otras cosas. El conde llevaba la conversación. Tocamos cosas indiferentes: los libros, la política, los hombres y, al fin, las mujeres, sobre las cuales departimos muy largamente.

—¡Oh, cielos poderosos!—exclamé—. No hay hombre en la tierra que las ame tanto como yo, a pesar de todas sus faltas y de todas las sátiras que sobre ellas se han hecho. Y estoy firmemente convencido de que el hombre que no tiene cierto amor general al bello sexo, es incapaz de amar como debe a una sola mujer.

—*Eh bien, monsieur l'anglais!*—dijo el conde alegremente—. Usted no habrá venido aquí a sorprender las desnudeces de nuestra nación, se lo creo; y aún me atrevo a creer que tampoco las de las mujeres de esta tierra. Pero permítame

usted sospechar que si, de casualidad, estas últimas se atrevesaran en su camino, no las vería usted con malos ojos.

Algo hay en mí que se subleva ante la menor insinuación indecente. A veces me he esforzado por dominarme para hacer posible la conversación. Y me ha costado el mayor trabajo decir a media docena de mujeres ciertas cosas que por nada del mundo le hubiera yo dicho a cada una a solas, aun a riesgo de perder la felicidad.

—Perdóneme usted, señor conde. Si llegara yo a descubrir las desnudeces de esta nación, créame usted que las vería con lágrimas en los ojos. Y en cuanto a las mujeres de esta tierra (y esto lo dije muy sonrojado), soy tan evangélico, soy tan compasivo para sus debilidades, que al punto trataría de cubrirlas con un manto, si es que me era posible. Pero, en cambio, me gustaría descubrir las desnudeces de su corazón, y bajo los disfraces de las costumbres, los climas y las religiones, sorprender la esencia común del bien para darla a mi propio espíritu, y es uno de los objetos de mi viaje. Y por eso, señor conde, no he visto el Palais Royal, ni el Luxemburgo, ni la fachada del Louvre, ni me he preocupado de aumentar el bulto de los catálogos de cuadros, estatuas e iglesias. Para mí, todo ser hermoso es un templo, y más me gustaría entrar en su alma y admirar allí los bocetos y originales que la adornan, que el ver la misma transfiguración de Rafael. Esta sed, tan devoradora como la del *con-*

naisseur, es la que me obliga a dejar mi tierra por Venecia, y me obligará mañana a dejar Francia por Italia; mi viaje es un sereno viaje del corazón en busca de la naturaleza y de esos afectos naturales que nos enseñan el mutuo amor y el amor del mundo, mejor de lo que pudiera hacerlo nuestra pobre razón.

Encantado el conde, me dijo mil cosas amables, y añadió con mucha finura que le estaba obligadísimo a Shakespeare por haberle dado ocasión de conocerme.

—Pero, a propósito: el gran Shakespeare, siempre preocupado de cosas grandes, se olvidó de un detalle insignificante, que fué decirme el nombre de usted; de modo que usted mismo me hará el favor de indicármelo.

EL PASAPORTE

VERSALLES

No hay cosa que me desconcierte tanto como tener que decir quién soy. Más fácil me es dar cuenta de cualquier otro, que no de mí. Cuando se me ofrece decir quién soy, quisiera poderlo hacer en una palabra, en una sílaba. Y esta vez me fué concedido hacerlo así. Porque Shakespeare estaba sobre la mesa, y yo recordé que mi nombre figura en el *Hamlet;* busqué al instante la escena del sepulturero, en el quinto acto, y señalando el nombre "Yorick", mostré el libro al conde y le dije:

—*Me voici!*

No sé si la realidad de mi presencia había borrado de la mente del conde el recuerdo de la calavera del pobre Yorick, o cómo fué que el conde se equivocó en un período de siete u ocho siglos. Los franceses conciben mejor de lo que combinan: a mí ya nada me asombra en el mundo, y menos esto. Tanto más cuanto que he visto incurrir en el mismo error a uno de nuestros obispos, por cuyos candorosos y paternales sentimientos tengo la mayor veneración. Este, pues, me dijo un día que no podía soportar ni la vista de los sermones compuestos por el bufón del rey de Dinamarca.

—¡Por Dios, monseñor! Si es que hay dos Yoricks: el Yorick a quien su ilustrísima se refiere murió y fué sepultado hace ocho siglos, y florecía en la corte de Horwendillus. Y el otro Yorick, que no ha florecido en corte alguna, soy yo, el autor de los sermones.

Pero el obispo sacudió la cabeza, sin querer convencerse.

—¡Por Dios, monseñor! Pero ¿quiere su ilustrísima hacerme creer que es capaz de confundir a Alejandro Magno con Alejandro el Calderero?

—Era uno mismo—terqueó el prelado.

—¡Ay! Si Alejandro, el rey de Macedonia, hubiera traducido los sermones de su ilustrísima, yo sé que su ilustrísima no lo confundiría.

Ello es que el conde de B. cayó exactamente en el mismo error que mi buen obispo.

—Pero ¿es usted? *Monsieur est-il* Yorick?

—Sí, señor; *je le suis.*

—*Vous?*

—*Moi-même.* Servidor. *Moi qui ai l'honneur de vous parler, monsieur le comte.*

—*Mon Dieu!*—exclamó, dándome un efusivo abrazo—. *Vous êtes* Yorick!

Y guardándose en el bolsillo el tomo de Shakespeare, se marchó, dejándome solo en la estancia.

EL PASAPORTE

VERSALLES

¿Por qué se me escapó súbitamente el conde? ¿Por qué se guardó el tomo de Shakespeare? Los misterios que han de aclararse solos no hay que perder tiempo en averiguarlos. Lo mejor será leer un poco a Shakespeare. Veamos: *Mucho ruido para nada...* Heme trasportado desde mi sillón hasta la siciliana Messina, y tan preocupado con don Pedro y Benedicto y Beatriz, que ya ni me acuerdo de Versalles, ni del conde, ni del dichoso pasaporte.

¡Oh, dulce plasticidad del alma, que así sabe entregarse a las ilusiones!; panacea de la aflición y remedio de las crueles horas de espera! Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que mis días se habrían acabado, a no ser por mis frecuentes paseos a esta tierra encantada. Cuando la senda es muy áspera para mis plantas o muy empinada para mis fuerzas, me echo fuera, hacia una misteriosa senda de terciopelo que la fantasía riega

con capullos de rosas. Doy unos cuantos pasos, y vuelvo a la realidad, confortado.

Cuando me ahogan las penas y no encuentro refugio en este mundo, me escapo también, y como tengo de los Campos Elíseos una idea más clara de la que puedo tener del cielo, fuerzo la entrada, como Eneas. Y veo a éste correr al encuentro de la pensativa sombra de Dido la Abandonada, tratando de reconocerla aún. Y veo a ésta que, agitada por el dolor, se vuelve a otra parte, rechazando al culpable de su miseria y deshonra. Y se confunden con los suyos mis sentimientos, como cuando sus desgracias me hacían llorar en los bancos de la escuela.

Y no se diga que esto es correr tras una sombra ni torturarse inútilmente, porque más inútilmente suele uno torturarse confiando sus penas a la razón. De mí sé decir que nunca he logrado aplacar mejor alguna pena que cuando suscito en su contra, para que la combata dentro de su mismo terreno, un pensamiento de alegría.

Iba dando fin al tercer acto, cuando el conde de B. entró trayéndome mi pasaporte en regla.

—El señor duque de Choiseul—me dijo—es tan buen profeta como gran estadista. En cuanto le expuse el caso, me dijo: *Un homme qui rit, ne sera jamais dangereux.* Con un hombre de buen humor no hay riesgo. A no ser para el bufón del rey, no hubiera yo conseguido en dos horas el documento.

—Pero, señor conde, yo no soy el bufón del rey.

—¿Pero no es usted Yorick?

—Sí.

—¿Y no es usted un alegre zumbón?

—Cierto que lo soy, pero no me pagan para serlo; lo hago por mi cuenta. En nuestra corte, señor conde, no tenemos bufones. El último fué en los licenciosos días de Carlos II. Y desde entonces se han venido refinando tanto nuestras costumbres, que ya nuestra corte está llena de exaltados patriotas, que sólo piensan en honrar y enriquecer al país; y nuestras damas son tan castas, tan inmaculadas, buenas y devotas, que no habría lugar para una burla.

—¡Y todavía dice usted que no!—exclamó el conde.

EL PASAPORTE

VERSALLES

Como el pasaporte estaba dirigido a todos los tenientes de gobernador, gobernadores y comandantes de ciudades, generales de ejércitos, hombres de justicia y oficiales, ordenándoles que dejaran viajar libremente a Yorick, bufón del rey, con todo su equipaje, debo confesar que el triunfo de haber logrado el pasaporte estaba un poco amargado por la pena de hacer de bufón. Pero así es todo en este mundo. Y algunos de nuestros más graves teólogos llegan a afirmar que aun a la misma felicidad se llega entre suspiros, y que el mayor deleite que ellos conocen pára casi en una convulsión.

Recuerdo que el grave y muy sabio Bevoriskius, en sus *Comentarios sobre las generaciones de Adán*, se interrumpe con la mayor naturalidad en la mitad de una nota, para dar cuenta al mundo de una parejita de gorriones que acababan de posarse en su ventana, que le estaban estorbando al tiempo de escribir, y que, finalmente, habían logrado hacerle perder el hilo de sus genealogías.

"Aunque parezca extraño—dice el sabio Bevoriskius—, así han sucedido los hechos, porque he tenido cuidado de irlos apuntando, uno por uno: ello es que el gorrión macho, en el tiempo que me hubiera bastado para completar la nota anterior, me ha interrumpido reiterando sus caricias veintitrés veces y media."

Y añade Bevoriskius:

"¡Oh, cuán benigno es el cielo para sus criaturas!"

Y ¡oh, infeliz Yorick! El más grave de tus hermanos es capaz de escribir para el mundo lo que tú apenas te has atrevido a copiar, todo sonrojado, en la intimidad de tu estudio.

Pero esto nada tiene que ver con mis viajes.

Una y otra vez pido perdón.

EL CARACTER

VERSALLES

—Y ¿qué opina usted de los franceses?—me dijo el conde de B., después de entregarme el pasaporte.

Ya supondrá el lector que, después de esta prueba de bondad, yo no podía menos de contestar cosas agradables.

—No, déjese usted de cortesías, y hábleme francamente. ¿Encuentra usted realmente que los franceses somos tan corteses como lo quiere la fama, honrándonos tanto?

—Cuanto he visto confirma esa fama—le contesté.

—Sí—dijo él—, los franceses son muy aficionados a la cortesía.

—Hasta el exceso—añadí.

El conde reparó en la palabra "exceso", figurándose que yo quería decir más de lo que en efecto me propuse. Me estuve defendiendo un rato, y él insistió en que yo llevaba intención y debía hablarle con toda franqueza:

—Yo creo, señor conde—le dije al fin—, que el hombre, como los instrumentos de música, tiene un registro limitado, y que hay en él distintas escalas para las necesidades sociales como para las demás. Si se empieza con una nota demasiado alta o demasiado baja, se trastorna todo el sistema, y faltarán notas abajo o arriba de la escala.

Aquí me interrumpió el conde para pedirme que me explicara de otro modo, porque él no entendía de música.

—Una nación cortés, señor conde—le dije—, hace tributario de ella al resto del mundo. Y la urbanidad misma, como el bello sexo, tiene tantos encantos que nadie puede atreverse a decir

mal de ella. Sin embargo, creo que hay para el hombre cierto grado de perfección, más allá de la cual le sería imposible avanzar. Si pretende superarlo, más bien que adquirir cualidades nuevas, simplemente cambia unas cualidades por otras. Y no pretendo determinar hasta qué punto la anterior observación puede aplicarse a los franceses en la materia de que tratamos; pero sí puedo afirmar que si los ingleses llegáramos al grado de pulimento del francés, en caso de no perder esa *politesse du coeur*, que inclina más bien a las acciones humanas que a las corteses, perderíamos seguramente esa originalidad y variedad de caracteres que nos es propia y que no sólo nos distingue a unos de otros, sino a toda la nación del resto del mundo.

En el bolsillo traía yo unos cuantos chelines de tiempos del rey Guillermo, tan tersos ya casi como el vidrio, y los saqué para que ilustraran mis explicaciones.

—Vea usted, señor conde—dije poniéndolos en la mesa—. De tanto frotarse dentro de los bolsillos durante setenta años son ya tan parecidos que no podríamos distinguir uno de otro. Los ingleses, como esas medallas antiguas que se conservan cuidadosamente alejadas de todo contacto y apenas pasan por una que otra mano, conservan toda la primitiva rugosidad que les dió la hermosa mano de la naturaleza. No son tan agradables al tacto; pero, en cambio, su leyenda es tan legible, que a primera vista se distinguen la

efigie, las letras y las cifras. Pero los franceses, señor conde—añadí, pretendiendo suavizar un poco la conclusión—, tienen tantas cualidades, que bien pueden dispensarse de aquéllas; son leales, bravos, generosos, ingeniosos y bien inclinados como ningún otro pueblo. Y su único defecto es ser demasiado serios.

—*Mon Dieu!*—dijo el sorprendido conde saltando del asiento—. *Mais vous plaisantez.* Usted habla en burla.

Llevé la mano al corazón, y con la mayor gravedad le dije que aquello no era en broma.

El conde me dijo que sentía mucho no poder oír mis razones, porque estaba invitado a comer con el señor duque de Choiseul.

—Pero supongo que Versalles no está tan lejos para que no pueda usted venir por aquí uno de estos días a acompañarme a la mesa, antes de abandonarnos. Entonces tal vez tenga el gusto de oirle a usted confesarse arrepentido de su opinión, o al menos sabré cómo la defiende usted. Pero, en todo caso, tendrá usted que esforzarse, porque tiene usted al mundo entero en su contra.

Le ofrecí al conde que vendría a comer con él con el mayor gusto, antes de salir para Italia, y me despedí.

LA TENTACION

PARIS

Al llegar al hotel, el portero me dijo que acababa de preguntar por mí una muchacha con una caja.

—No sé si andará por ahí dentro todavía.

Le pedí la llave de mi cuarto, y subí. Me faltaban diez escalones, cuando vi bajar a la muchacha rápidamente.

Era la *fille de chambre* del muelle de Conti. Madame de R. la había mandado a algún recado a casa de un modisto que estaba a dos pasos del Hotel de Modène, y como yo había faltado a la cita, le dijo que de paso preguntara si me había marchado y, en tal caso, si no había dejado una carta dirigida a su nombre.

Estábamos tan cerca de mi cuarto, que la chica entró conmigo, mientras yo escribía unas líneas a la señora.

Era una hermosa tarde de fines de mayo. Las cortinas de la vidriera, de color carmesí como las de la cama, estaban cerradas. El sol, al ponerse, traslucía las cortinas y echaba sobre la cara de la muchacha un cálido tinte. Parecía que estaba muy sonrojada. Esta idea me hizo sonrojarme. Estábamos solos, y esta nueva idea me trajo otro nuevo sonrojo antes de que se me fuera el primero.

Hay ciertos encantadores sonrojos, medio picarescos, que provienen más de la sangre que del hombre mismo. El corazón impele impetuosamente la sangre, y las virtudes se escapan tras ella, no para atraparla, sino para hacer mayor el deleite nervioso.

Pero no tengo para qué describirlo. Sólo diré que sentí dentro de mí algo que no estaba en

consonancia con la lección de virtud que le había yo dado la noche anterior. Tardé cinco minutos en buscar una tarjeta: harto sabía yo que no tenía una sola. Tomé la pluma; la dejé. Mi mano temblaba. El demonio me poseía.

Bien sé que es un enemigo que huye ante la resistencia; pero también sé que muy pocas veces le resisto, y esto por el miedo de salir herido, aunque vencedor, del combate. Y así, cambio la victoria por la seguridad, y en vez de obligarlo a huir, huyo yo mismo.

La linda muchacha se acercó al escritorio donde estaba yo buscando las tarjetas; recogió la pluma que acababa yo de dejar y me ofreció acercarme el tintero. Lo ofreció con tanta dulzura, que ya lo iba yo a aceptar, pero no osé.

—No, querida niña, es inútil; no tengo donde escribir.

—En cualquier cosa—dijo ella.

Yo estuve a punto de gritar: "¡Entonces, encantadora criatura, voy a escribir en tus labios!" Pero me dije: "Si lo hago, estoy perdido." Y tomándola de la mano, la conduje a la puerta, encargándole mucho que no se olvidara de mi lección y consejos. Ella me ofreció—por cierto con verdadero ardor—recordarlos, y volviéndose, me tendió ambas manos. Imposible no estrecharlas amorosamente. Quise dejarla ir; pero algo me lo impedía, y la tuve asida largo rato. Comprendí que la verdadera batalla iba a comenzar, y sólo de pensarlo me temblaban las piernas y todo el cuerpo.

La cama estaba a un paso; yo la tenía siempre de las manos. Y no sé lo que pasó entonces, pero sin decir nada, ni querer nada, ni siquiera pensarlo, nos encontramos los dos sentados en la cama.

—Le voy a enseñar a usted—dijo ella—la bolsita que acabo de hacer para guardar la corona que usted me dió. Metió la mano en el bolsillo de la derecha—es decir, de mi lado—, y buscó; después buscó en el izquierdo. "La ha perdido"—me dije—. Y aguardé. Al fin, la encontró en el derecho: era de tafetán verde, forrada de satín blanco acolchado y del tamaño justo para guardar la corona. La puso en mi mano: estaba coquetísima. La tuve así diez minutos, con el reverso de la mano apoyado sobre sus rodillas, mirando unas veces la bolsita y otras a un lado.

Sentí que se me habían soltado una o dos puntadas del corbatín. La muchacha, sin decir una palabra, sacó su bolsillo de labor, enhebró una aguja y se puso a ajustarlo. Yo comprendí que aquello era arriesgarlo todo, y mientras ella, silenciosamente, pasaba una y otra vez la mano por mi cuello, sentí temblar los laureles de gloria que mi imaginación vanidosa había ceñido a mis sienes. ¡Ay!

El lazo del zapato se le había soltado, y la hebilla estaba a punto de caérsele.

—¡Mire usted—dijo alzando el pie—: si no lo veo a tiempo, la pierdo!

Lo menos que podía yo hacer en recompensa de

sus cuidados era sujetarle la hebilla y atarle el zapato. Cuando lo hube hecho, le levanté el otro pie para ver si ambos estaban bien; pero, sin quererlo, lo hice con cierta brusquedad, y la pobre chica cayó de espaldas...

Y entonces...

LA CONQUISTA

Sí, ¿y entonces?... Oh, corazones helados, cabezas frías que sabéis vencer o enmascarar las pasiones, decidme: ¿qué mal hay en que un hombre pueda apasionarse? ¿Hasta qué punto es responsable ante Dios cuando las pasiones le dominan?

Si la naturaleza, al urdir la trama de la bondad, ha entretejido algunos hilillos de amor y deseo, ¿habrá que desgarrar la tela para sacarlos? ¡Oh, supremo rey de la naturaleza, azótame a esos estoicos pedantes!—decía yo para mí—. Dondequiera que tu providencia resuelva ponerme para ensayar mi virtud, y cualquiera que sea el peligro, y cualesquiera que fueren el caso y circunstancias, déjame, déjame sentir el vaivén de las pasiones, que son el patrimonio humano. Y si logro gobernarlas como bueno, entonces mi confianza en tu justicia será absoluta: pues eres tú quien nos ha hecho, no nosotros mismos.

Acabada esta plegaria, levanté a la linda camarera, la tomé de la mano y la conduje fuera del cuarto. Ella se quedó junto a mí hasta que no

cerré la puerta y me guardé la llave. Entonces, y sólo entonces, comprendiendo que la victoria estaba ganada, la besé en el rostro y, tomándola otra vez por la mano, la conduje sana y salva hasta la puerta del hotel.

EL MISTERIO

PARIS

Todo el que tenga corazón comprenderá que me era imposible volverme inmediatamente a mi cuarto. Era como pasar de un fragmento de música que me había conmovido hasta el alma a un airecillo frío y vulgar. Así, pues, tras de haber soltado la mano de la muchacha, me quedé todavía un rato en la puerta, mirando a los transeuntes y fantaseando un poco sobre ellos. De pronto, toda mi atención se concentró en un objeto verdaderamente inexplicable.

Era un hombre esbelto, de cara filosófica, adusta, seria, que paseaba tranquilamente arriba y abajo de la calle, seis pasos para allá y seis para acá de la puerta del hotel. Podría tener unos cincuenta años. Llevaba un bastoncito ligero bajo el brazo. Iba vestido de negro, la casaca, el chaleco, los pantalones, todo algo usado, pero muy limpio y mostrando un aseo frugal. En la manera de descubrirse y de abordar a todo el que pasaba, acabé por comprender que era un mendigo. Así, me dispuse a darle uno o dos *sous* cuando me llegó el turno. Pero mi hombre pasó junto a mí sin

pedirme nada. Sin embargo, cinco pasos más adelante le pidió limosna a una mujercita, y era evidente que yo tenía más cara de poder hacer una limosna. Apenas acabó con la damita, se dirigió a otra, sombrero en mano. Pasó lentamente un anciano; pasó un elegante: los dejó pasar sin pedirles nada. Estuve observándolo cerca de media hora, tiempo en el cual dió él una docena de paseos, y siempre haciendo lo mismo.

Dos cosas me llamaban la atención particularmente, despertando en mí una ociosa curiosidad: la primera, por qué sólo se dirigía al bello sexo; la segunda, qué historia podría contarles a todas, cuál sería su elocuencia cuando de tal modo se ganaba la voluntad de todas, y por qué sabía él que no pasaría lo mismo con los hombres.

A este misterio venían a unirse otras dos circunstancias no menos misteriosas: la primera, que les hablaba siempre en secreto a las mujeres, y como si realmente, más que hacer una petición, confiara un secreto. La otra, que nunca le fallaba una. Ninguna se detenía, pero todas echaban mano a la bolsa y le daban algo.

No pude explicármelo.

Ya había encontrado un enigma para entretenerme con él durante el resto de la noche. Subí la escalera y volví a mi cuarto.

CASO DE CONCIENCIA

PARIS

Tras de mí subió el dueño del hotel, entró precipitadamente y me dijo que ya podía yo buscarme alojamiento en otra parte.

—¿Cómo así, amigo mío?

El me dijo que había yo estado un par de horas encerrado con una joven y que era contra las reglas de la casa.

—Perfectamente. Entonces separémonos como amigos, porque ni ella ni yo hemos causado a usted el menor daño. Y le dejo a usted como lo encontré.

El me dijo que aquel simple hecho bastaba para echar por tierra la buena fama de un hotel.

—Vea usted, señor—me dijo señalando a los pies de la cama—, donde habíamos estado sentados.

Confieso que las probabilidades estaban en contra mía. Pero como mi dignidad no me consentía entrar en pormenores, lo exhorté a dormir en paz aquella noche, como yo también me proponía hacerlo, ofreciéndole liquidar al día siguiente en el almuerzo.

—Créame el señor que no me importaría verlo con una veintena de muchachas...

—Ah—interrumpí yo—, es algo más, en efecto, de lo que registran mis anales.

—...Siempre y cuando—continuó él—hubiera sido por la mañana.

—¿De modo que en París la diferencia del instante altera la naturaleza del pecado?

—Sí, señor; en cuanto al escándalo.

Un buen razonamiento es cosa que me entusiasma siempre, y tampoco puedo decir que me sintiera muy disgustado.

—Yo confieso—continuó el hotelero—que un extranjero bien puede tener en París necesidad o deseo de comprar cintas, calcetines, mangas, *et tout cela*, y que es muy natural que se le presente una joven con una caja de cartón en la mano.

—Pues mire usted: le juro a usted por mi conciencia que, aunque, en efecto, traía una caja, no había reparado en ella.

—Entonces es que el señor no ha comprado nada.

—Nada—le contesté—; ni un alfiler.

—Porque entonces yo puedo recomendarle al señor una vendedora que no abusará de él.

—Venga al instante—dije yo.

Se inclinó y se marchó por donde había venido.

Ahora resulta—me dije—que he triunfado de este hombre; pero ¿a qué fin? Para darme el gusto de decirle que es un vil sujeto. Y esto ¿para qué? ¿para qué?... Yo no podía engañarme, diciéndome que por el bien de los demás. No encontré la respuesta. Mi diabólico plan más era un desahogo de disgusto que una cosa puesta en razón: antes de ejecutarlo, ya me daba asco.

A los pocos minutos entraba en mi cuarto la griseta, con la consabida caja de mercería.

"No he de comprarle nada"—me dije.

La griseta me enseñaba todo, pero a mí nada me gustaba. Ella, haciéndose desentendida, abrió su pequeño almacén y desplegó sus tesoros ante mí, unos tras otros; doblaba y desdoblaba las telas una por una, con la mayor paciencia y dulzura: "Si yo quería lo compraba, y si no, no; ella todo me lo dejaba al precio que yo quisiera, etcétera, etc.," La pobre chica parecía ansiosa de ganarse un penique, y hacía lo imposible para vencerme. Y esto, no con maña, sino con cierta naturalidad cariñosa.

Los hay que carecen de ese honrado fondo de bobería que algunos tenemos: peor para ellos. Al fin, cedí, y abandoné mi segunda reclusión, como antes había abandonado la primera. ¿Por qué castigar en uno las maldades de otro? Y pensé, mirando a la muchacha: "Si tú, pobre criatura, eres tributaria del hotelero tirano, tanto más duro será tu pan, y eres más digna de lástima por eso."

Aun cuando yo no hubiera tenido en la bolsa más que luises de oro, no era cosa de levantarme y enseñarle la puerta sin haber dejado antes en sus manos tres de ellos a cambio de un par de mangas de encaje, cuando menos.

"El amo del hotel va a compartirlo contigo. No importa—me dije—. No habré hecho más que pagar, como tantos otros, por un acto que ni se ha hecho ni siquiera pensado."

PARIS

Cuando La Fleur subió a servirme la cena, me dijo que el dueño del hotel estaba apenadísimo de la ofensa que me había hecho al pedirme que dejara su hotel.

Un hombre que sabe apreciar lo que vale una noche de reposo, no se decide a dormir con una mala impresión, si puede evitarlo. Le dije, pues, a La Fleur que comunicara al dueño del hotel de mi parte que, a mi vez, estaba muy apenado de haber provocado aquella situación.

—Y puedes añadir, si te parece, La Fleur, que si la joven de marras vuelve a buscarme no deseo recibirla.

Esto no era un sacrificio al hotelero, sino a mí mismo. Tras de haber escapado de aquella tentación, yo estaba resuelto a no correr más riesgos, y a salir de París con toda la virtud con que entré.

—Pero, señor—me dijo La Fleur inclinándose hasta el suelo—, eso no sería noble de parte del señor. Además, el señor puede cambiar de opinión, y hasta puede tener un día el capricho de divertirse...

—Yo no me divierto con eso—interrumpí.

—*Mon Dieu!* — exclamó La Fleur, y desapareció.

Una hora después vino a hacerme la cama, más solícito que de costumbre. Parecía que me quisiera decir algo o preguntármelo, pero que no se atre-

vía. No pude adivinar de qué se trataba, pero tampoco hice caso de ello, porque mi mente estaba entregada a la solución de otro enigma mucho más apasionante: el del mendigo de la puerta. Hubiera dado cualquier cosa por descifrarlo. Y no por curiosidad—que es un método tan villano de investigación que no lo compraría yo por dos *sous*—, sino que un secreto que tan rápidamente ablandaba el corazón de las mujeres, era un secreto comparable, por lo menos, a la piedra filosofal. Si fuera yo el dueño de ambas Indias, hubiera dado de buena gana una de las dos por poseer tal secreto.

Toda la noche estuve dándole vueltas, sin ningún resultado. Al despertarme por la mañana, me encontré tan trastornado con aquellos sueños absurdos como el mismo rey de Babilonia solía amanecer con los suyos. Y no vacilo en asegurar que el descifrar mis sueños hubiera sido imposible tarea para todos los zahoríes de París como para los de Caldea.

LE DIMANCHE

PARIS

¡Era domingo! Cuando La Fleur entró con el café y el pan con mantequilla, venía tan engalanado que apenas lo reconocí.

Yo le había ofrecido en Montreuil darle un sombrero nuevo con presilla y botón de plata y cuatro

luises para que se vistiera en París. El chico había hecho maravillas con aquel dinero.

Se había comprado un buen traje, color de escarlata, con pantalones que hacían juego. No desmerecían nada por estar un poco usados, según él me explicó. Pero yo hubiera querido colgarlo por habérmelo dicho: ¡se veían tan nuevos! Aunque claro estaba que no hubiera sido posible comprar una prenda nueva con aquel dinero, me hubiera gustado imaginarme que se lo había mandado hacer ex profeso a mi criado, e ignorar que provenían de la calle del Baratillo.

Pero ésta es una delicadeza de que no se hace mucho caso en París.

El mozo se había comprado además un chaleco azul de satín, fantásticamente bordado. A éste se le notaba más el uso; pero estaba todavía de buena apariencia. El oro de los bordados estaba algo retocado, y el conjunto resultaba suntuoso. Y como el azul no era chillón, casaba muy bien con el resto del traje. Además, había estirado el dinero, dándose maña para comprar una red para el pelo y un solitario, y le había sacado al ropero un par de jarreteras de oro para los pantalones. Se había comprado además unas mangas de muselina bordadas, por cuatro libras de su dinero, y un par de medias de seda blanca, por cinco. Finalmente, la naturaleza le había dado gratis, sin que le costara un *sou*, una hermosa cara.

Entró muy peripuesto, con el pelo rizado a la última moda, y con un ramillete de flores en el

pecho. Había en todo él un aire de fiesta, que al instante me hizo recordar que era domingo. Y esto y su manera de presentarse me recordaron también que me había pedido permiso de festejar el día como se acostumbra en París. Apenas me vino este recuerdo, cuando La Fleur, con infinita humildad, pero sin la menor desconfianza, como seguro de que yo no se lo había de rehusar, me pidió permiso por todo el día, *pour faire le galant vis-à-vis de sa maîtresse*, para cortejar a su amiga.

Ahora bien, aquello era precisamente lo que yo me proponía hacer con madame de R. A este objeto, había retenido el coche, y mi vanidad no hubiera padecido mucho con llevar en el coche un lacayo tan elegante. Lástima tener que separarme de él.

Pero estas cosas se sienten, no se discuten. Las criaturas de la servidumbre, hombres y mujeres, pactan con nosotros el sacrificio de su libertad, pero no de su naturaleza. Son de carne y hueso como nosotros; también tienen sus caprichos y pequeñas vanidades, aun en medio de la esclavitud, lo mismo que sus amos. Sin duda que se han fijado el precio de sus abstenciones; pero a veces pretenden tales cosas que me entran ganas de negárselas, a no ser porque considero que están tan a merced mía.

¡Considera que soy tu criado!—. Esta sola frase basta para privarme de todo mi poder de señor.

—Sí, La Fleur; puedes hacer lo que gustes.

Pero, dime, ¿cómo te las has arreglado para conseguirte una amiga en tan pocos días?

La Fleur, poniendo la mano sobre el corazón, me dijo que era una *petite demoiselle* del señor conde de B. La Fleur había nacido para la sociedad, y, para hacerle justicia, debo decir que en esto de no perder la ocasión era como su amo. Dios sabe cómo, él se las había arreglado para hablar con la *demoiselle* abajo de la escalera; mientras que yo arreglaba, arriba, lo de mi pasaporte. Y así como yo tuve tiempo de ganarme al conde, La Fleur tuvo tiempo para ganarse la damita. Como la familia de ésta iba a venir a París, organizaron una partida para pasarse el domingo en los bulevares con otras dos o tres personas de la servidumbre del conde.

¡Dichosa gente! Al menos una vez por semana se olvida de sus cuidados, y se entrega a danzar y a cantar, alejando de sí el peso de las aflicciones, que dobla hasta la tierra el ánimo de los otros pueblos.

EL FRAGMENTO

PARIS

La Fleur, sin saberlo, me dejó distracción para todo el día. Me trajo la mantequilla envuelta en una hoja de higuera, y, como hacía calor, entre la hoja y su mano había puesto un trozo de papel. El papel hacía de plato. Le dije que lo dejara todo en la mesa. Me propuse pasar el día en

casa, y le encargué que avisara al cocinero que yo almorzaría solo y que me prepara comida.

Me acabé la mantequilla, arrojé la hoja por la ventana, e iba a hacer lo mismo con el papel, cuando se me ocurrió leer lo que decía en la primera línea, y ésta me llevó a la segunda, y ésta a la tercera. Más valía leerlo que tirarlo. Cerré la ventana y me senté a leer resueltamente.

El fragmento estaba escrito en la vieja lengua del tiempo de Rabelais y, al parecer, escrito por éste. La letra era gótica, y tan borrada por la humedad y las injurias del tiempo, que costaba mucho trabajo seguirla. Desistí, y me puse a escribir una carta para Eugenio. Después volví a intentar la lectura, armándome de paciencia. Volví a dejarla, y para consolarme, le escribí una carta a mi Elisa. Pero a poco ya estaba yo otra vez descifrando el fragmento, más atractivo por su misma dificultad.

Llegó la hora de comer. Con la mente más aligerada, gracias a una botella de buen Borgoña, volví a la tarea. Y después de dos o tres horas de atención tan profunda como la que ponían Gruter o Jacobo Spon para descifrar alguna inscripción anodina, creí percibir el significado de las palabras. Pero, a fin de ponerlo todo en claro, lo mejor que se me ocurrió fué traducirlo al inglés para ver qué resultaba. Procedí a hacerlo tan despacio como convenía a mi ocio: ya tanteaba una frase, ya daba unos paseos por la alcoba, ya me asomaba a ver el mundo desde mi

ventana. Dieron las nueve y todavía no acababa. Cuando dí término a la obra, la leí de corrido; decía así:

EL FRAGMENTO

PARIS

Ahora bien; como la mujer del notario discutía el punto muy acaloradamente con su marido, éste exclamó, arrojando el pergamino:

—Ojalá que estuviera aquí otro notario, sólo para que levantara acta y testimonio de esta escena.

—¿Y qué haría usted entonces, señor mío?— dijo ella levantándose precipitademente.

La mujer del notario era una mujercita pequeña, una polvorilla. El notario, para evitar un huracán de furor, prefirió contestarle con la mayor dulzura:

—Pues entonces me iría a acostar.

—Ya se podía usted ir al diablo —le contestó ella.

Ahora bien: en la casa no había más que una cama, porque, según la costumbre de París, los otros dos cuartos no tenían muebles. El notario, que no quería meterse en la cama con una mujer que acababa de enviarlo al diablo con tan pocos miramientos, tomó su sombrero, su bastón y su capa. La noche estaba muy mala. El notario caminaba muy incomodado hacia el Pont-Neuf.

De cuantos puentes han construído los hombres, los que han cruzado el Pont-Neuf confesarán que

es el más noble, el más bello, el más grande, el más bien iluminado, el más largo, el más ancho que jamás haya juntado la tierra con la tierra sobre la superficie del globo.

(*Se diría, por este rasgo, que el autor del fragmento no era francés.*)

El peor reproche que le han hecho los teólogos y doctores de la Sorbona es que, como corra viento en o sobre París, se maldice del viento con más blasfema contumacia a lo largo del puente que en todo otro sitio de la ciudad. Y con razón, con justa y raciocinante razón, señores míos; porque por el puente sopla el viento sin decir ¡agua va!, y arroja unas bocanadas tan súbitas, que de los pocos que se atreven entonces a cruzarlo con el sombrero hasta las orejas, no hay uno por cincuenta que apueste dos libras y media a que lo salva.

El pobre notario, al pasar junto al centinela, instintivamente se apretó el sombrero con el bastón; pero al levantar el bastón, le dió al centinela en la presilla del sombrero, le quitó el sombrero y lo arrojó por sobre la balaustrada al Sena.

Un batelero que lo atrapó, al paso dijo:

—Nada; el pícaro viento que hace de las suyas.

El centinela era gascón. Al instante se atusó los bigotes y se echó a la cara el arcabuz.

En aquel tiempo los arcabuces se disparaban con mecha. El viento le había apagado la linterna de papel a una vieja que estaba en el extremo del puente, y el centinela acababa de prestarle

la mecha para que la encendiera otra vez. Esto dió tiempo a que la sangre gascona se enfriara un poco, y a que el incidente no tuviera un desenlace funesto.

—Nada—repitió el centinela justificándose con la sentencia del batelero—; el pícaro viento que hace de las suyas. Y le arrebató al notario su castor.

El pobre notario cruzó el puente. Y al entrar por la calle Dauphine, en el barrio de San Germán, se lamentaba así amargamente:

—¡Ay, desdichado de mí! Ludibrio perpetuo de huracanes, nacido para desencadenar en contra mía y de mi oficio todas las injurias adonde quiera que voy; obligado por el rayo de la iglesia a vivir en matrimonio indisoluble con una mujer tempestad; arrojado de mi hogar por los ventarrones domésticos, y despojaba ahora mismo de mi castor por los pontificios; abandonado, con la cabeza descubierta, a la furia de la noche, y a merced del flujo y reflujo de los accidentes. ¿Adónde reclinaré mi frente? ¡Ah, desdichado! ¿Cuál, oh, cuál de los treinta y dos vientos de la rosa soplará para ti, como lo hace, solícito, para los demás prójimos?

En esto pasaba el notario por un lugar sumamente oscuro, cuando oyó que alguien llamaba a una niña diciéndole que fuera a traer al primer notario que encontrara. Siendo éste nuestro notario, y dándose por aludido, se aventuró hacia la puerta. Entró en una gran sala anticuada; de

allí le hicieron pasar a una alcoba enorme, donde no se veía más objeto que una gran lanza militar, una coraza, una espada vieja y una bandolera, colgados de cuatro distintos clavos en lugares equidistantes del muro.

Un anciano, que tenía trazas de haber sido gentilhombre, y que lo era aún, a menos que la fortuna se lleve consigo la nobleza, yacía en la cama, la cabeza reclinada en la mano. Junto a él se veía una mesita, donde ardía un cirio, y junto a la mesita una silla. En ella se sentó el notario y, sacando su tintero de cuerno y una o dos hojas de papel, las puso en la mesa; mojó la pluma, y se inclinó sobre la mesa, como disponiéndose a redactar el testamento del caballero.

—¡Ay, señor notario!—dijo éste incorporándose un poco—. No tengo nada que dejar que baste siquiera a cubrir los gastos del testamento, si no es mi afligida historia. No podré morir en paz si no la dejo en herencia al mundo. Los provechos que de ello resulten, se los dejo a usted para pagarle la molestia que se ha tomado. Es una historia tan extraña la mía que todos los hombres querrán leerla: hará la fortuna de su casa.

El notario mojó la pluma otra vez.

—¡Oh Guía Todopoderoso de mis acciones!—dijo el viejo animándose y alzando las manos—. Tú, cuya mano me ha conducido por entre tal laberinto de confusiones hasta este momento de desolación, asiste y ayuda la flaca memoria de este anciano moribundo y vencido; mueve mi lengua

con tu espíritu eternamente veraz, a fin de que este extranjero no escriba una sola palabra que no conste ya en ese *Libro*—y aquí juntó las manos con éxtasis—; en ese *Libro* que ha de condenarme o absolverme!

El notario examinó la punta de la pluma a la luz del cirio.

—Señor notario, es la mía una historia que pone en movimiento todas las emociones de la naturaleza: mata al tierno, y hasta a los crueles enternece.

El notario ardía de impaciencia, y mojó por tercera vez la pluma. El anciano, volviéndose hacia el notario, comenzó a dictarle su historia en estas palabras...

....

—¿Dónde está el resto, La Fleur?—le dije al verlo de regreso.

EL FRAGMENTO Y EL RAMILLETE

PARIS

La Fleur se acercó a la mesa desconcertado. Le expliqué lo que deseaba, y me dijo que, en efecto, había otras dos hojas de papel, pero que las había usado para envolver un ramillete de flores con que obsequió a la damita de los bulevares.

—La Fleur—le dije—: haz el favor de ir volando a casa del conde de B., y habla con ella, a ver si es posible recobrar esas dos hojas de papel.

—Seguramente que aún es tiempo—dijo La Fleur—, y salió apresuradamente.

No tardó mucho en volver, casi sin resuello, y con tales muestras de disgusto que al instante comprendí que no provenían sólo de la pérdida del papel. *Juste ciel!* No haría dos minutos que La Fleur se había despedido de su ingrata beldad, cuando ya ésta había dado el ramillete, la prenda del amor de La Fleur, a un mozo de estribo del conde; éste, a su vez, se lo dió a una joven costurera, la cual se lo dió a un violinista. Y con el ramillete se fueron las dos hojas de papel.

—La Fleur—le dije suspirando—, nuestras desgracias caminan juntas.

Y La Fleur contestó con otro suspiro.

—¡Oh, perfidia!—dijo.

—¡Oh, desgracia!—le contesté.

—Señor, si al menos lo hubiera perdido, no lo lamentaría yo tanto.

—Ni yo, si lo encontrara, mi buen La Fleur.

¿Logré encontrarlo? ¿No lo encontré? Eso se verá en las siguientes páginas.

EL ACTO DE CARIDAD

PARIS

El hombre que se intimida a la sola idea de penetrar en un sitio oscuro, podrá ser una excelente persona y apto para mil y mil cosas, pero nunca un perfecto viajero sentimental. No hagamos caso de las infinitas cosas que suceden a ple-

no sol y en mitad de la calle. La naturaleza es pudorosa, y no le gusta representar en público. Pero en tal o cual oculto rincón acaso sorprenderéis alguna escena fugitiva, que bien vale por una docena de obras del teatro francés: ¡y eso que todas son tan lindas! Por cierto que cuando tengo que hacer un sermón que se salga de lo vulgar, me inspiro en alguna de esas obras, que son tan útiles para el predicador como para el héroe; porque el texto de *Capadocia, El Ponto y el Asia, Frigia y Pamfilia* es tan bueno para el caso como la Biblia.

Saliendo de la Opera Cómica, hay un pasaje largo y oscuro que conduce a una calle estrecha. Suelen transitar por ahí los que acechan el paso de un modesto *fiacre*, o los que prefieren andar un rato a pie después de la función. El pasaje está semiiluminado por una vela que a duras penas alumbra hasta el otro extremo, y que más es cosa de adorno que de provecho, como que parece una estrella fija de la última magnitud. Se consume, sí, pero sin ser de utilidad para nadie.

Entrando por el dicho pasaje, me parece, a cinco o seis pasos de la puerta, advertir a dos mujeres que están tomadas del brazo, apoyadas en la pared, sin duda esperando un coche Habían llegado las primeras; respetando, pues, su derecho de prioridad, me coloqué a continuación de ellas, y esperé pacientemente. Estaba vestido de negro: no era fácil distinguirme en la oscuridad.

La dama que estaba junto a mí, a poco más de un paso, era esbelta y podía tener sus treinta y seis años; la otra, del mismo aire, tendría sus cuarenta. No tenían aspecto de viudas ni de casadas. Parecían dos fieras vestales hermanas, ajenas a las caricias y amorosas ternuras. Yo hubiera deseado hacerlas felices. Pero aquella noche el destino quiso que la felicidad les llegara por otra parte.

Se oyó de pronto una voz suave, afinada, cadenciosa, que pedía por caridad a las damas que le dieran entre las dos una moneda de doce *sous*. Me sorprendió mucho que un mendigo se atreviera a fijar la suma exacta de la limosna, y que ésta fuera doce veces mayor de lo que se acostumbra dar en la oscuridad. Ambas parecían tan sorprendidas como yo.

—¡Doce *sous!*—dijo ésta.

—¡Una moneda de doce *sous!*—comentó la otra.

El mendigo, inclinándose humildemente, declaró que no se atrevía a pedir menos de damas de tal calidad.

—¡Ea! ¡No tenemos dinero!

El mendigo calló un instante. Después renovó su súplica.

—¡Hermosas señoras! ¿Por qué no queréis escucharme?

—Buen hombre, no llevamos cambio, es la verdad—dijo la más joven.

—Entonces, Dios bendiga a tan gentiles damas, y multiplique las alegrías que pueden conceder a

los demás, aun sin llevar cambio—dijo el pobre.

La mayor echó mano a la bolsa.

—Voy a ver si llevo algún *sou*.

—¡Un *sou!* Doce, señora, doce—dijo el suplicante—. La naturaleza ha sido dadivosa con la señora, séalo la señora para este pobre.

—Si pudiera, lo haría con mucho gusto—dijo la menor.

—¡Oh, caritativa beldad!—dijo él dirigiéndose a la mayor—. ¡Sólo la bondad y la compasión pueden encender así esos ojos, que alumbran como la mañana, aun en este sitio penumbroso! Con razón el señor marqués de Santerre y su hermano hacían tales elogios de las señoras hace un momento, cuando pasaron por aquí.

Las dos señoras ya no pudieron más. Instintivamente, y a la vez, abrieron sus bolsas y sacaron una moneda de doce *sous* cada una.

Ya no hubo lucha entre el mendigo y las caritativas damas, sino que ahora se disputaban entrambas sobre cuál de las dos había de dar la limosna. Y todo paró en que hubo, en lugar de una, dos limosnas, y el limosnero se fué tan agradecido.

EL ENIGMA EXPLICADO

PARIS

Me fuí tras él: era el mismo que tanto me había intrigado a la puerta del hotel por el invariable éxito con que solicitaba la caridad femenina. Ya tenía yo la clave del enigma, o al me-

nos el principio en que se fundaba: todo era cosa de adulación.

¡Oh, deliciosa esencia, y cuán refrescante y placentera sueles ser para la flaca naturaleza del hombre! Todos sus poderes, todas sus debilidades se doblegan a ti. ¡Cuán inefablemente te mezclas en la sangre para abrirte paso hasta el corazón!

Como en este caso no corría prisa, el mendigo había empleado en obtener la limosna un tiempo considerable; sin duda que en otras ocasiones iba más de prisa, por ejemplo, cuando tenía que abordar a la gente al paso. Pero ¿qué hacía entonces para abreviar y concentrarse sin perder eficacia? No quise averiguarlo. Baste saber que el mendigo sacó su par de monedas de doce *sous*. Y que lo demás os lo expliquen los que han amasado verdaderas fortunas con el secreto de la adulación.

PARIS

Más nos aprovecha en esta vida recibir servicios que hacerlos. Cogéis un vástago que se está marchitando, lo plantáis; y luego, por haberlo plantado, ya no podéis menos de regarlo.

El señor conde de B., por el simple hecho de haber tenido la bondad de arreglarme el pasaporte, siguió adelante en el camino de las amabilidades. Estuvo unos cuantos días en París, y me presentó a algunas personas de calidad; éstas me presentaron a otras, y las otras, a otras.

Por fortuna para mí, yo había dado con mi pequeño secreto muy a tiempo para aprovecharme de tales honores. A no ser por eso, me habría sucedido lo que generalmente sucede: que habría comido una o dos veces a la mesa de los señores, y después, traduciendo insinuaciones y miradas francesas en inglés común y corriente, habría caído en la cuenta de que ya era tiempo de ceder el *couvert* (1) a un huésped más divertido que yo. Y uno tras otro, hubiera tenido que renunciar a todos los puestos conquistados, por la excelente razón de que no sabía mantenerlos. Pero no hubo tal; no, señor.

Tuve la honra de ser presentado al viejo marqués de B., famoso en otro tiempo por tal o cual rasgo caballeresco en la *Cour d'amour*, y que estaba todavía poseído de las imágenes de torneos y justas. El marqués de B. daba a entender que aún era capaz de cualquier cosa, y que no todo eran recuerdos. Decía que le daban ganas de echar un paseíto por Inglaterra, y pedía pormenores sobre las damas inglesas.

—¡Ah, señor marqués! No vale la pena que usted se moleste. Los caballeros ingleses apenas pueden sacar de ellas una mirada amable.

Y el señor marqués me invitó a cenar.

El señor P., mayordomo general, me hizo muchas preguntas sobre nuestros impuestos. Había oído decir que eran muchos y considerables.

---

(1) Plato, servilleta, cuchillo, tenedor y cuchara. — N. del A.

—Es cierto—le dije—. Pero ¡si tuviéramos quién nos enseñara a cobrarlos!—e hice una profunda reverencia.

A no ser por esto, el señor P.—podéis creerme—no me hubiera convidado nunca a comer.

A madame Q.—mujer de *esprit*—la habían engañado diciéndole que yo era un hombre de *esprit*. Ardía en deseos de conocerme y oirme hablar. Aún no me había yo sentado, cuando, por sus ademanes, comprendí que mi poco o mucho ingenio le importaba un comino: a mí se me había invitado para admirar el de ella. Y pongo al cielo por testigo de que no desplegué los labios.

Madame Q. hizo saber a todo el mundo que en la vida había tenido una conversación tan sustanciosa con ningún hombre.

En el imperio de la mujer francesa hay tres épocas: primero es coqueta; después, deísta; finalmente, devota. El imperio nunca se pierde; no hace más que cambiar de súbditos. Cuando ya los treinta y cinco o más años de gobierno han despoblado de siervos de amor el reino de la mujer, lo repuebla con siervos de la incredulidad, y, finalmente, con siervos de la Iglesia.

Madame de V. vacilaba ya entre las dos primeras épocas: la rosa empezaba a perder colores. Cuando tuve la honra de visitarla por vez primera, hacía ya cinco años que el deísmo había comenzado a preocuparle.

Me hizo sentar en el sofá en que ella misma estaba sentada, a fin de discutir más estrechamen-

te el punto religioso. Y acabó por confesarse descreída.

Yo le contesté que eso podía ser verdad en principio; pero que yo no creía que le conviniera romper los baluartes; porque sin las defensas exteriores, no veía cómo podría defenderse una ciudadela semejante. Que nada era tan peligroso para la belleza como el deísmo. Que yo me debía a mí mismo el hacerle esta manifestación: que a los cinco minutos de estar a su lado en el sofá, ya me habían pasado mil ideas por la cabeza, y que sólo las había reprimido ante la seguridad de encontrar en su pecho las firmes defensas de la religión.

—No somos de diamante, señora mía—le dije tomando su mano—; necesitamos algún freno, hasta tanto que el peso natural de la edad no nos lo imponga insensiblemente. Pero aún es muy pronto, muy pronto, hermosa amiga mía. Y le besé una y otra vez la mano.

Por todo París corrió la fama de que había yo convertido a madame de V. Ella declaró, ante monsieur D. y el señor abate de M., que en media hora había yo dicho más en pro de la religión revelada que todo lo que decía en contra la Enciclopedia. Inmediatamente ingresé en el círculo de madame de V., y ella aplazó por unos dos años más el deísmo.

Si no me acuerdo mal, fué en el seno de esta sociedad donde un día, a la mitad de un elocuente discurso en que estaba yo demostrando la ne-

cesidad de la primera causa, el joven conde de Faineant me llevó a un rincón de la sala y me advirtió que llevaba yo el solitario muy apretado al cuello, que había que aflojarlo un poco (y miró el suyo):

—Al sabio, señor Yorick, pocas palabras.

—Y menos si son del sabio, señor conde—, dije yo inclinándome agradecido.

El conde de Faineant me dió el abrazo más apretado que me han dado en toda mi vida.

Durante tres semanas afecté las opiniones de todo aquel con quien topaba.

—*Pardi, ce monsieur Yorick a autant d'esprit que nous autres.*

—*Il raisonne bien*—decía otro—. El diantre de hombre es tan avisado como nosotros; no está mal, no.

—*C'est un bon enfant.* No hay duda, excelente sujeto—concluía el de más allá.

Y a tan corto precio yo pude pasarme la vida en París, comiendo y bebiendo alegremente. Pero, francamente, aquello era una indignidad; me daba vergüenza; era vivir hecho un esclavo. Mi honor se sublevó al fin un día. Mientras más alto me veía, más tenía que forzar mi actitud servil; cuando mejor era la compañía, mayor era mi fingimiento. ¡Anhelaba ya por la vida natural y espontánea! Y una noche, tras de haberme prostituído vilmente en esfuerzos de zalamería ante media docena de mentecatos, me sentí enfermo, me metí en cama y ordené a La Fleur que preparara

los caballos para partir rumbo a Italia a la mañana siguiente.

MARIA

MOULINS

Hasta entonces no había yo sabido lo que eran las miserias de la opulencia.

Viajar por el Bourbonnais, la región más risueña de Francia, en el mejor tiempo de la vendimia, cuando la naturaleza derrama generosamente sus tesoros en el regazo de los pueblos, y brillan de alegría todas las miradas, es viajar por un país de sueño, donde a cada paso se oye el son de la música, marcando los ritmos del trabajo, cuyos alegres hijos pisan la uva en los lagares; es dar suelta a las emociones, es sonreir a los grupos amables que salen al paso, llenos de sorpresas e incidentes graciosos.

¡Justo cielo! Habría para llenar con esto veinte volúmenes. Pero, ¡ay!, sólo me quedan algunas páginas, y debo dedicar la mitad a aquella pobre María que mi amigo Shandy se encontró en los alrededores de Moulins.

Lleno de emoción he leído la historia que él nos dejó de esta pobre criatura loca; pero cuando me acerqué al lugar mismo en que vivía, su recuerdo se encendió en mi alma, y no pude resistir al deseo de desviarme una media legua para preguntar por ella a sus padres.

Confieso que esto es ir en busca de aventuras melancólicas, como el propio Caballero de la Tris-

te Figura. Pero es el caso que nunca cobro tan plena conciencia de mí mismo como cuando me enredo en este linaje de aventuras.

La vieja vino hacia mí, me abrió la puerta; antes de que dijera nada, lo leí todo en su rostro. Había perdido a su esposo, muerto de angustia por la locura de su hija. Lo habían enterrado hacía un mes. Al principio, la pobre mujer temió que aquella desgracia acabara con las pocas luces de razón que aún quedaban en la conciencia de María. Pero, al contrario, parece que eso la había hecho recobrarse un poco. Sin embargo, no era posible tenerla en paz. A estas horas su pobre hija andaría por ahí vagando en el camino. Y la pobre madre lloraba...

¿Por qué me tiembla la mano al escribir estas líneas? ¿Por qué La Fleur, cuyo corazón parecía hecho para los regocijos, se pasó dos veces la mano por los ojos mientras nos hablaba la pobre madre? Le ordené al postillón que desanduviere el camino.

A una media legua de Moulins, a la entrada de un sendero que conducía a un bosquecillo, divisé a la pobre María sentada bajo un álamo; tenía un codo sobre las rodillas, y la cabeza sobre la mano. A sus pies, serpenteaba un arroyuelo.

Ordené al postillón que se fuera a Moulins con la silla de postas, y a La Fleur que me tuviera preparada la cena, que yo no tardaría.

La muchacha estaba vestida de blanco, y tal como la describe mi amigo, salvo que ahora iba

en cabellos en vez de llevarlos atados con un lazo de seda. Sobre el corpiño se había puesto una banda verde pálida, que, pasando por la espalda, bajaba hasta la cintura, y en el extremo colgaba su flauta. Su cabra le había sido tan infiel como su amante, y la había sustituído por un perrito, que llevaba atado al cinturón. Viendo que yo miraba su perro, tiró de él.

—No, Silvio, tú no me dejarás—exclamó.

La miré a los ojos, y me pareció que más pensaba, al hablar así, en su padre, que no en su amante o en su cabra; sus ojos se humedecieron de lágrimas.

Me senté a su lado, y María me dejó mansamente enjugar sus lágrimas con mi pañuelo. Después enjugué las mías, después otra vez las suyas, y las mías, y las suyas... Y al hacerlo experimentaba tales dolores, que no es posible expresarlos con estas mezquinas combinaciones de materia y movimiento.

¡Ah, y cuán cierto estoy de que tengo un alma, y cuán poco valen en contra los libros con que los materialistas han infestado al mundo!

MARIA

Cuando María se tranquilizó un poco, le pregunté si recordaba a un hombrecito pálido que había venido a sentarse entre ella y su cabra haría un par de años. Me contestó que en aquella época no andaba ella muy bien de recuerdos;

pero que recordaba a mi hombre por dos circunstancias: primero, porque, aunque enferma, se dió cuenta clara de que aquel hombre la compadecía; segundo, porque la cabra le había robado el pañuelo, y ella había tenido que pegarle. Después, ella misma lavó el pañuelo en el arroyo, y lo llevaba siempre consigo para devolverlo a su dueño, si es que volvía a verlo; él le había prometido volver.

Me enseñó el pañuelo: lo había envuelto cuidadosamente entre dos hojas de parra, y atado con un mimbre. Lo desdobló, y pude leer la S. en uno de los ángulos.

Me contó que después había ido a Roma y dado la vuelta a San Pedro. Que después volvió a su casa. Que no se perdió al pasar los Apeninos. Que había atravesado la Lombardía sin dinero, y los ásperos caminos de Saboya, descalza. No sabía ella misma cómo pudo soportarlo, ni lo que hizo para sustentarse.

—Pero—concluyó—para el cordero recién esquilado, Dios aleja el mal viento.

—Sí, esquilado, dices bien, y hasta la carne viva, pobre criatura. Y si estuviéramos en mi tierra, donde yo tengo una cabaña, yo te daría en ella un refugio. Compartirías mi pan y beberías en mi misma copa. Yo sería bueno para tu Silvio. Yo te protegería en tus momentos de arrebato, e iría tras de ti para que no te perdieras. Al ponerse el sol, elevaría a Dios mis plegarias, y tú después tañerías en tu flauta rústica la canción

de la noche; y el incienso de mis sacrificios sería más grato al cielo, al confundirse con el de tu corazón dolorido.

Al decir esto, las fuerzas me abandonaban. Y María, viendo que mi pañuelo estaba ya empapado, se empeñó en lavarlo en el arroyo.

—¿Y cómo secarlo después, María?

—Lo secaré sobre mi seno—me dijo—. Me hará bien.

—¿De modo que tu corazón arde todavía?

Había yo tocado la cuerda más sensible de sus dolores. Me miró a la cara con aire trastornado, y después, sin una palabra, se puso a tocar en la flauta un himno a la Virgen. La cuerda sensible volvió a dormirse. A poco, María estaba ya completamente tranquila; dejó caer la flauta y se levantó.

—¿Adónde vas, María?

Me dijo que iba a Moulins.

—Pues iremos juntos.

Se tomó de mi brazo y, aflojando la cuerda para que el perro pudiera seguirnos, echamos a andar, y así llegamos a Moulins.

MARIA

MOULINS

Aunque no soy afecto a saludos y despedidas en mitad de la plaza, al llegar allí me detuve para dar mi último adiós a María.

María, aunque no muy esbelta, era bella y airosa. La pena daba algo extraterrestre a la expre-

sión de su cara. Pero era muy femenina, y había en ella todo lo que puede anhelar un corazón amante o lo que buscan los ojos en la mujer. Si en su alma hubieran desaparecido las huellas de la locura, y en la mía, las de tu memoria, oh, Elisa, aquella criatura no sólo hubiera compartido mi pan y bebido en mi misma copa, sino reposado en mi pecho como una verdadera hija.

¡Adiós, pobre criatura loca! ¡Apura el aceite y el vino que la compasión del viajero extraño derrama sobre tus heridas! Sólo Aquel que tres veces ha querido probarte puede darte el alivio eterno.

EL BOURBONNAIS

Nada quedaba en mí de las risueñas imágenes de gozo y vendimia que esperaba disfrutar al atravesar aquella feliz región de Francia. Al acercarme a las puertas de la aflicción, mi alma cerró las de la risa: en el fondo de todos los cuadros alegres me parecía ver la sombra de María, pensativa bajo su álamo. Hasta llegar a Lyon no pude borrarla de mi mente.

¡Oh, dulce sensibilidad! ¡Fuente inexhausta de cuanto hay en la alegría de precioso, y de costoso en la aflicción! Tú encadenas a tus mártires sobre un lecho de paja, y tú también lo transportas al cielo. ¡Fuente eterna del sentimiento! Eres tú la que aquí me inspira y me hace hablar. No es verdad que en horas de lamentable desfallecimiento "mi alma se estremezca y se asombre ante la destrucción", no; ¡esto es vana pompa de palabras!

Sino que siento brotar de mí unos goces generosos y unas aflicciones generosas. Y todo procede de ti, gran Sensorio del mundo, que vibras cuando cae sobre la yerba del suelo uno sólo de nuestros cabellos, aun en los más remotos desiertos de tu creación. Bajo tu inspiración, Eugenio descorre las cortinas de mi lecho cuando sabe que estoy enfermo, oye el relato de mis males y síntomas y maldice al mal tiempo, causa del desorden de mis nervios. A veces comunicas un toque de sensibilidad al más rudo pastor que frecuenta la montaña más ruda, y entonces lo vemos enternecerse, cuando, por ejemplo, encuentra degollado un cordero del ganado ajeno. Ahora mismo me parece verlo: ¡Oh, sí, mirad! Apoya la barba en el cayado y contempla al cordero con infinita lástima... ¡Oh, que no haya yo llegado un minuto antes! El animalito se desangra irremediablemente... Su tierno corazoncito se queda sin sangre...

¡La paz sea contigo, generoso pastor! Ya veo que te vas lleno de pena; pero yo sé que hallarás el pago en tus alegrías, porque tu cabaña es feliz, y feliz la que la comparte contigo, y felices los corderillos que saltan en torno a vuestra vida!

LA CENA

Al caballo se le soltó una herradura de la mano al comenzar a subir el monte Tarare. El postillón hizo alto, se bajó a arrancársela y se la guardó en el bolsillo. Como la cuesta es de unas cinco o seis millas, y aquel caballo era todo lo que teníamos, yo dije que había que ponerle la herradura

cuanto antes. Pero el postillón había tirado los clavos, y sin ellos el martillo que venía en la caja del coche no era de gran utilidad. Consentí, pues, en seguir el viaje.

No habríamos subido media milla cuando, en un trecho muy pedregoso, la pobre bestia perdió la herradura de la otra mano. Entonces me bajé resueltamente, y viendo que había una casa a un cuarto de milla, a mano izquierda, logré convencer al postillón de que había que ir allá. Pronto la apariencia de la casa y de sus alrededores me reconcilió con mi desgracia. Era una pequeña granja rodeada de unos veinte acres, plantados de viñas y de trigo. A un lado de la casa había una huerta, donde se encontraba cuanto puede hacer la riqueza de un campesino francés. Al otro lado había un bosquecillo, que daba cuanto hacía falta para amueblar la casa. Serían las ocho de la noche cuando llegué. Dejé que el postillón se las arreglara como pudiera, y entré derechamente en la casa.

La familia estaba compuesta de un canoso anciano, su mujer, cinco o seis hijos y yernos, las respectivas mujeres y toda la risueña descendencia.

Acababan de sentarse a la mesa, donde la sopa de lentejas les esperaba y se veía una enorme hogaza. En cada cabecera había una botella de vino que prometía una alegre comida: era una fiesta del amor.

El anciano se levantó a mi encuentro, y con respetuosa cordialidad me invitó a ocupar un sitio en la mesa; ya estaba allí mi corazón, de modo

que no vacilé en sentarme como un hijo más de la familia. Y para hacerme a la situación, le pedí al instante el cuchillo al viejo y me corté un buen trozo de pan. A mi actitud contestó una mirada de bienvenida y hasta de agradecimiento por la confianza que aquella hospitalidad me había inspirado.

Dime, pues, oh, madre naturaleza, ¿cuál otra pudo ser la causa de que aquel pan me fuera tan agradable? ¿Cuál el poder mágico que me hizo tan delicioso aquel vino? El resabio perdura aún en mi paladar, para mayor honra de la rústica mesa.

Y si la cena fué de mi gusto, mucho más la acción de gracias que la sucedió.

LA ACCION DE GRACIAS

Cuando acabamos de cenar, el viejo dió un golpe sobre la mesa con el mango del cuchillo, y todos se prepararon para bailar: al punto las mujeres y las niñas se fueron a arreglar los cabellos al cuarto próximo; y los jóvenes salieron a lavarse la cara y quitarse los zuecos. A los tres minutos todos estábamos preparados en la explanada que hay frente a la casa. El viejo y su mujer salieron los últimos, se sentaron sobre un banco de junco que está al lado de la puerta, y me hicieron sitio entre los dos.

El viejo había sido, cincuenta años antes, un verdadero virtuoso de la viola, y todavía la tocaba bastante bien. Su mujer lo acompañaba de tiempo en tiempo con una tonadilla, luego calla-

ba, y a poco volvía a comenzar. Frente a nosotros, sus hijos y sus nietos bailaban. A la mitad del segundo baile, empecé a comprender, por ciertas pausas y movimientos que todos hacían, que aquello era algo más que una simple diversión: en suma, creí percibir cierto ánimo religioso. Creí que era error de mi imaginación, siempre a vueltas conmigo, por no haber visto nunca cosa parecida. Pero el viejo me explicó, al acabar la danza, que aquella era una costumbre establecida, y que era regla en su casa el reunir a la familia y regocijarse después de cenar: él pensaba que un corazón contento era la mejor acción de gracias de parte de unos ignorantes campesinos.

—Y aun del más culto prelado—le dije.

UN CASO DELICADO

Una vez en lo alto del monte Tarare, la carretera desciende rápidamente hacia Lyon. No esperemos ya caminar de prisa. Es un viaje peligroso, y aun los sentimientos del viajero en aquella comarca exigen cierta lentitud. Así, hice el trato con un cochero de que me llevara lentamente en mi silla de postas, tirada por un par de mulas, por toda Saboya hasta Turín.

¡Oh, pueblo pobre, paciente, tranquilo, honrado! No temas: el mundo no envidiará tu pobreza, que es el tesoro de tu virtud, ni envidiará nunca tus anchos valles. ¡Oh, Naturaleza! Entre tus desórdenes, has sabido conservarte amable para con tus propias escaseces. En medio de tu

abundancia, poco te ha quedado para darlo a la guadaña y la hoz; pero a ese poco le das tu protección y seguro. ¡Dichosas mil veces las moradas de los que viven al amparo de tu secreto!

Pero deja que el fatigado viajero se queje de la aspereza y peligros de tus caminos, tus rocas, tus precipicios, tu difícil acceso y los horrores de tu cuesta abajo, tus impracticables montañas, cataratas que arrastran piedras y las amontonan en las carreteras... Precisamente los campesinos habían estado todo el día componiendo un trecho entre St. Michel y Madane, y todavía tuvimos que esperar un par de horas antes de poder seguir adelante. ¡Paciencia! La noche era húmeda y tempestuosa. Esto, y el retraso, obligaron a mi cochero a detenerse cinco millas antes de la posada, en un pequeño y decente albergue que hallamos al paso.

Me instalé en mi alcoba; hice encender fuego, pedí la cena. Y daba gracias a Dios de que en esto hubiera parado todo, cuando llegó un coche en que venía una señora con su criada.

Como no había más alcoba en la casa, la huéspeda las trajo a la mía, sin muchos miramientos, y les dijo que no había nadie más que un caballero inglés, que la alcoba tenía dos camas y, al lado, un gabinetito cerrado con otra cama. El tono con que se refirió a esta cama no era muy edificante. En todo caso, declaró que había tres camas y sólo tres personas, y que seguramente aquel caballero haría lo posible por no estorbar. No quise que la dama dudara un solo instante de mí, y me apresu-

ré a manifestarle que estaba dispuesto a complacerla.

Esto no quería decir que le abandonara yo totalmente el dominio de la alcoba: yo me sentía propietario de ella, y quise hacer los honores a la visita. Invité, pues, a la dama a tomar asiento, la puse cerca del fuego, pedí más leña, le dije a la huéspeda que aumentara la ración de la cena y que hiciera el favor de servirnos el mejor vino que tuviera.

En cuanto la dama entró en calor, comenzó a contemplar las camas con inquietud. Más las veía, y más perpleja se ponía la pobre señora. Yo lo lamentaba por ella y por mí mismo. Y al poco rato, sea por lo embarazoso del caso, sea por la pena que me daba verla, estaba yo tan confuso como ella.

Y había razón: las camas en que teníamos que dormir estaban en el mismo cuarto. Pero había más: y es que estaban puestas paralelamente, y tan cerca que apenas dejaban lugar a una sillita intermedia; y esto era espantoso. Además, estaban cerca del fuego, y la chimenea misma por un lado, y por el otro una viga que cruzaba el cuarto, formaban una especie de rinconcillo para las camas, nada grato a la delicadeza de nuestras emociones.

¿Hay más que decir? Sí; aun hay más: que ambas camas eran tan pequeñas que ni pensar en que la señora y la criada se acostaran juntas en una. Y el que yo me acostara al lado de una de las dos, a haber sido posible—aunque nadie pen-

saba en eso—, hubiera sido, sin embargo de ser terrible, algo menos cruel.

En cuanto al gabinetito de al lado, no resolvía nada: era un agujero frío y húmedo, con un postigo desvencijado, y en vez de vidriera, el hueco vivo, donde no había más que una hoja de papel aceitado por único abrigo contra la tempestad que silbaba afuera. Ni siquiera intenté reprimir mi tos, cuando la dama abrió la puerta para examinar el famoso gabinete. Así, pues, no quedaba más que una alternativa: que la dama sacrificara su salud a su decencia y apechugara con el gabinete, cediendo la cama compañera de la mía a su criada, o que la criada se instalara en el gabinete, etcétera, etc.

La dama era una píamontesa de unos treinta años, con una cara que derramaba salud. La criada, una lionesa de veinte, buena hija de Francia, lo más vivaracha y movida que pueda imaginarse. El caso estaba, pues, erizado de dificultades. Los mismos obstáculos del camino—causantes de nuestra desgracia—, aunque nos habían parecido enormes cuando los campesinos trataban de removerlos, resultaban insignificantes junto a éstos. Aún debo añadir que ambos éramos demasiado finos para comunicarnos nuestra angustia, y que no por esto aligerábamos en nada el peso de la situación.

Nos pusimos a cenar. A no haber tenido mejor vino que el que la triste posada de Saboya podía proporcionarnos, creo que habríamos continuado mudos hasta que la necesidad no nos desatara la

lengua. Por fortuna, la dama traía en su coche unas cuantas botellas de buen Borgoña, y mandó a la *fille de chambre* por un par. Cuando acabamos la cena y nos quedamos solos, ya teníamos ánimo bastante para abordar la situación, aunque entre prudentes reservas. Le dimos vueltas, la consideramos bajo todos sus aspectos durante dos largas horas de negociaciones. Finalmente, logramos ponernos de acuerdo sobre los artículos del convenio, y los estipulamos en la forma y manera de un tratado de paz. Creo que es el tratado en que más buena fe y más religiosidad han puesto las partes desde que el mundo es mundo.

He aquí los artículos:

Primero. Como el derecho de la alcoba corresponde a monsieur, primer ocupante, y él cree que la cama más bien calentada es la que está más cerca del fuego, insiste en hacer a la señora concesión de dicha cama.

Madame lo acepta, con una condición: que como las cortinas de dicha cama son de un tejido de algodón muy transparente, y también parece que no ajustan ni cierran bien, la *fille de chambre* las cerrará con alfileres o aguja e hilo, de modo que formen una barrera suficiente del lado de monsieur.

Segundo. Madame exige que monsieur conserve durante toda la noche su bata.

Rechazado: porque monsieur no trae ninguna bata consigo, sino sólo seis camisas y unos pantalones de seda negra.

La mención de los pantalones determinó una

transformación completa del artículo anterior, porque se consideró que los pantalones eran un equivalente de la bata. Y así se estipuló y acordó que me pasara yo la noche con mis pantalones de seda negra.

Tercero. La señora exige y establece que, en cuanto monsieur se haya acostado y se extinga el fuego y la luz se apague, monsieur no pronunciará una palabra en toda la noche.

Concedido, siempre que no se considere infracción el hecho de que monsieur rece sus oraciones habituales.

Sólo un punto se olvidó en el tratado, y fué el cómo y de qué manera habíamos de desnudarnos y acostarnos. No había más que un medio, y dejo el adivinarlo a la perspicacia del lector; aunque, desde aquí protesto que, si no es cosa delicada, será por culpa de su imaginación, de que no es ésta la primera queja que tengo.

Así, pues, nos acostamos. Y sea la novedad de la situación o lo que fuere, ello es que no pude cerrar los ojos. Ya me volvía para acá, ya para allá, y así incesantemente. Hasta que, al fin, ya pasada la media noche, agotada la paciencia, exclamé:

—¡Oh, Dios mío!

Y al punto, la dama, que tampoco había logrado pegar los ojos, me reclamó:

—Caballero, ha violado usted el pacto.

Le pedí mil perdones, asegurándole que había sido una jaculatoria. Pero ella insistió en que era la violación completa del pacto. Yo añadí que el

caso estaba previsto en la cláusula sobre las oraciones del artículo tercero.

La dama no quiso ceder, aunque de paso debilitó un poco su barrera; porque, en el calor de la disputa, yo oí caer al suelo dos o tres alfileres de los que sujetaban la cortina.

—¡Madame, por mi honor, se lo juro a usted!— le dije sacando los brazos como por vía de aseveración.

(E iba yo a añadir que no sería yo quien salvara, por nada del mundo, el límite estricto de las conveniencias.)

... Pero la camarera, oyéndonos discutir, y temiendo el resultado de las hostilidades, había salido silenciosamente de su reducto y, a merced de la oscuridad, se había deslizado hasta nuestras camas, metiéndose por el espacio que las separaba y colocándose entre su ama y yo...

De suerte que cuando yo, triste, alargué los brazos, cogí entre ellos a la camarera.

FIN



INDIC

ÍNDICE

Págs.

La **Colección Universal** publicará las obras en su ABSOLUTA INTEGRIDAD, sin supresiones ni adiciones de ninguna especie.

■ ■

La **Colección Universal** cuidará con extremado celo de que las traducciones sean siempre fidelísimas y correctas; no publicará traducciones anónimas; encargará sus traducciones a reputados escritores.

■ ■

La **Colección Universal** cuenta, para las ediciones de autores españoles, con el consejo y la colaboración de eminentes filólogos.

■ ■

La **Colección Universal** se vende a 0,30 el número. La extensión de un número es, aproximadamente, de 100 páginas. Las obras

que tengan mayor extensión irán publicadas en volúmenes de 200, 300, 400 y más páginas, valuándose cada volumen como 2, 3, 4 y más números.

■ ■

La **Colección Universal,** por su extraordinaria baratura, representa un esfuerzo editorial, nunca realizado en España.

■ ■

La **Colección Universal** publicará todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas en ocho o diez tomos de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números anuales de la **Colección Universal** constituirán una copiosa y elegida biblioteca de unos 100 tomos.

Colección Universal

OBRAS PUBLICADAS

N.° 1, 2, 3 y 4.—**Poema del Cid.** Texto y traducción.—La traducción ha sido hecha por Alfonso Reyes, del Centro de Estudios Históricos.

N.° 5 y 6.— LOPE DE VEGA: **Fuente Ovejuna.** Comedia. — Edición revisada por Américo Castro.

N.° 7.—M. KANT: **La paz perpetua.** Ensayo filosófico.—La traducción ha sido hecha por F. Rivera Pastor.

N.° 8, 9 y 10.—O. GOLDSMITH: **El vicario de Wakefield.** Novela.—La traducción ha sido hecha por Felipe Villaverde.

N.° 11, 12 y 13.—LA ROCHEFOUCAULD: **Memorias.**—La traducción ha

sido hecha por Cipriano Rivas Cherif.

N.° 14 y 15.—J. ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas.**

N.° 16.—P. MERIMÉE: **Doble error.** Novela. La traducción ha sido hecha por A. Sánchez Rivero.

N.° 17, 18, 19 y 20.—STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo I.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

N.° 21, 22, 23 y 24.—STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo II.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

N.° 25 y 26.—J. W GOETHE: **Las cuitas de Werther.** Novela.—La traducción, de D. José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente revisada y corregida.

N.° 27.—ANTONIO MACHADO: **Soledades, galerías y otros poemas.**—Segunda edición.

N.° 28 y 29.—CERVANTES: **Novelas**

ejemplares. Tomo I. «La gitanilla» y «El amante liberal».

N.° 30, 31, 32 y 33.—L. ANDREIEV: **Sachka Yegulev.** Novela.—La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.

N.° 34 y 35.—C. CASTELLO-BRANCO: **Novelas del Miño.**—La traducción del portugués ha sido hecha por P. Blanco Suárez.

N.° 36 y 37.—CICERON: **Cuestiones académicas.** — La traducción del latín ha sido hecha por A. Millares.

N.° 38, 39 y 40.—VILLALON: **Viaje de Turquía.** Tomo I.—La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.

N.° 41, 42 y 43.—VILLALON: **Viaje de Turquía.** Tomo II. — La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.

N.° 44 y 45.—V. KOROLENKO: **El día del juicio.** Novelas.—Traducción del ruso por N. Tasin.

N.° 46 y 47.—S. ESTEBANEZ CALDERON: **Novelas y cuentos.**

N.° 48. — G. W. LEIBNITZ: **Opúsculos filosóficos.** — Traducción de Manuel G. Morente.

N.° 49, 50 y 51.—PLUTARCO: **Vidas paralelas.** Tomo I. — Traducción de D. Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida.

N.° 52, 53 y 54.— ABATE PREVOST: **Manon Lescaut.** Novela. — Traducción del francés, por Enrique de Mesa.

N.° 55 y 56.—RUIZ DE ALARCON: **Los pechos privilegiados.** Comedia. Edición preparada por Alfonso Reyes.

N.° 57.— L. VELEZ DE GUEVARA: **El Diablo Cojuelo.** Novela.

N.° 58, 59 y 60.— GEORGE ELIOT: **Silas Marner.** Novela.


CoLibrì
COVER SYSTEM ®


06-15 MIN
8 032919 991362